

Karl Boxler, Rector

**Madre Caridad Brader**

**MADRE CARIDAD BRADER**

UNA GRAN MISIONERA SUIZA

POR

KARL BOXLER, RECTOR

UNIVERSIDAD CATOLICA DE FRIBURGO, SUIZA

PUBLICADO E IMPRESO EN UZNACH, SAN GALL, SUIZA

POR

EDICIONES HERMANOS OBERHOLZER

1951

TRADUCIDO AL INGLES POR LA HERMANA PROTASIA HOFSTETTER, FMI

CONVENTO SAN FRANCISCO, AMARILLO TEXAS

2010

Imprimatur

Ad S. Gallum, die 12. Novembris 1949

Dr. A. Zöllig, Vic. Gen.

1951

Ediciones Hermanos Oberholzer, Uznach



Madre Caridad Brader en el día de sus Bodas de Oro

## PRÓLOGO

El trabajo misionero descrito en este libro dio comienzo con la bendición del Señor Obispo de San Gall, Suiza, el cual continua con la adhesión a la Diócesis de dicho lugar. Es por eso que se me han pedido unas palabras de introducción que acompañen este libro.

El espíritu que inspiró a las Hermanas para tomar en manos esta difícil tarea y perseverar en ella, vino del Convento María Auxiliadora, Alstätten, San Gall. Aunque en ese tiempo (1888), hubo un grande número de Hermanas en el convento, fue muy penoso dejar que siete de sus valientes mujeres se alejaran hacia una misión desconocida. Sin embargo, aun ahora, se puede detectar que el Instituto Misionero en América preserva el espíritu del convento en Rheintal (MaríaAuxiliadora).

Después de cinco años de presencia en América, una segunda comunidad se inició en Sudamérica. Cada grupo tuvo que actuar independiente debido a la dificultad de comunicación causada por las amenazas y persecuciones anticlericales las cuales hacían el contacto imposible.

Uno de los grupos fue encausado por la Madre Bernarda Bütler. El otro, por la Madre Caridad Brader. El primero hizo de Cartagena su sede, mientras que el segundo se ubicó en Túquerres trasladándose después a Pasto, Colombia.

La Madre Bernarda fundó una casa para las nuevas candidatas en Gaissau, Voralberg. Es por esto que la gente del pueblo llamaba a este grupo misionero las "*Hermanas de Gaissau*". La primera casa que recibió candidatas para las misiones de la Madre Caridad se abrió en Tübach. A estas Hermanas popularmente se les conocía como las "*Hermanas de Tübach*". No se deben confundir con las Hermanas de Santa Escolástica en Tübach.

La vida y la misión de la Madre Bernarda (fallecida en 1924) han sido escritos por un sacerdote Capuchino, el Padre Beda Mayer en sus libros: "*EineOpferseele*" (Una Victima Oblativa), y "*Verborgen in Gott*" (Perdida en Dios), los cuales fueron editados por Publicaciones Seeverlag, St. Margreten, en 1939 y 1934. Monseñor Karl Boxler, rector de la universidad en Friburgo, describe la vida y la misión de la Madre Caridad (fallecida en 1943), a la cual llama "Una Gran Misionera Suiza" subtítulo del presente libro. Ambos libros se complementan. El lector descubrirá que la Madre Caridad observa la misma regla que la Madre Bernarda. Sin embargo, existe una gran diferencia en las cualidades humanas de las dos misioneras.

En Suiza se podría hablar de una fundación de San Gall ya que de las siete primeras misioneras cinco pertenecen al grupo de la Madre Caridad mientras que en Sur América generalmente se le considera como una fundación suiza. Además, en la Congregación (1936), más de la mitad de sus miembros procedían del Cantón de San Gall. Es de admirar cómo muchas de las jóvenes de este lugar se entusiasmaban por ir a las misiones. En ningún momento quisiera despreciar los méritos de muchas otras vocaciones suizas y de otros países. Incluso, muchos de los sacerdotes de San Gall han ayudado en el desarrollo de esta Congregación ya sea en las misiones donde trabajan las Hermanas o en las diferentes casas de formación en Tübach y

Wartensee. La Diócesis fue bendecida con otras congregaciones de religiosas durante décadas. Sin negar las características de San Gall, nuestras misioneras se pudieron inculturar en América. El hecho de que la Congregación haya situado la casa madre en América, y no en Europa, fue algo de admirar.

Desde el comienzo, el método de Celestino Benz usado por las Hermanas en María Auxiliadora fue adaptado por las misioneras en las diferentes escuelas de sus misiones. Fue quizás por esta razón, que el buen trabajo realizado por las hermanas maestras mereció el reconocimiento de las altas autoridades. Sin embargo, lo más importante fue que cada comunidad en sus principios era no solo un centro educativo sino también social. Sus actividades fueron una oportunidad para abrir las puertas a nuevas candidatas y novicias. La Madre Caridad era una verdadera franciscana. A través de la vivencia de la pobreza evangélica y el celo apostólico que manifestaban, la Madre Caridad y sus Hermanas llenas de confianza se ganaban el aplauso y el aprecio de la gente. El espíritu franciscano, el cual muchas de las congregaciones religiosas en Suiza trataban de redescubrir, tuvo gran éxito en América, especialmente entre los jóvenes con quienes hoy se cuenta para continuar esta labor. La Madre Caridad reconoció públicamente que ella, con su teoría educacional y servicios sociales, no solo servía a la Iglesia sino también al estado. Incluso el estado contaba con su ayuda para las necesidades sociales.

La Iglesia históricamente ha pedido la colaboración entre sacerdotes y religiosos(as), entre obispos y sacerdotes para realizar su labor apostólica. También ha pedido a las Hermanas franciscana su valiosa ayuda en los territorios de misión no solo apoyo espiritual sino también la ayuda directa a través la educación, las obras sociales y culturales.

Una joven que busca obrar en el campo de misiones no tiene ninguna razón para quejarse de no tener posibilidades de realización. ¿Una mujer, fortalecida por el Espíritu Santo, de qué no será capaz de realizar en un campo de misión? A veces se oye decir que las actividades misioneras realizadas por las Hermanas Franciscanas son mejores y más exitosas que las de los sacerdotes misioneros. Sin embargo, las Hermanas en su sencillez son conscientes y reconocen que el trabajo que realizan los sacerdotes es de suma importancia. Era maravilloso ver como las Hermanas en Sur América pagaban por los estudios teológicos de muchos seminaristas. La Madre Caridad se merece muchas bendiciones por su devoción y apoyo a la dignidad del sacerdote.

Esta biografía demuestra que la actividad misionera de la Madre Caridad no era meramente un activismo. Sin duda un misionero tiene que estar activo y enérgico. Ella siempre enseñaba sobre la práctica de las virtudes. Los escritos de su vida son valiosos ya que ofrece al lector, preocupado por su perfección, muchas luces espirituales y ánimo para continuar con su búsqueda. Las prácticas heroicas de virtud pronto se agotarían si no fueran acompañadas de una profunda vida espiritual. Misioneros como la Madre Caridad siempre escogían para ellos las tareas más desagradables y difíciles. Un gran apostolado no se puede realizar sino va acompañado de mucho sufrimiento y si es que se espera recibir las bendiciones de Dios. A

través del sacrificio y los buenos ejemplos, se toca el corazón antes de abrirse a la verdad. Muchas veces la Madre Caridad recurrió al cielo en sus oraciones! Su lema fue, "...Como Dios lo quiere." Su confianza extraordinaria en Dios fue siempre recompensada, uno podía visualizar cómo la Divina Providencia la guiaba.

La belleza de esta biografía se aumenta por el hecho que Monseñor Boxler en persona conoció las misiones y sus condiciones. Por varios años trabajó junto con la Madre Caridad realizando varios viajes de misión e investigación para conocer y familiarizarse con el trabajo misionero de las Hermanas. Es por esta razón que el autor logró escribir concreta y realísticamente todos los eventos aquí descritos. Aun mas, es un escritor muy conocido que solo su nombre llama la atención de muchos hacia el presente libro.

Que la Virgen María y San José, quienes con su protección lo protegieron, también envíen, con su bendición, esta biografía a todo el mundo.

San Gall, Noviembre 9, 1949

Señor Obispo Josephus Meile

## PARTE I

# La Fundadora de Muchos Conventos

## EL LLAMADO DE DIOS



“Nadie tiene una hija peor que la mía,” la mamá de la Madre Caridad solía decir cuando su hija cometía alguna falta. Bromeaba al decirlo, ya que la pequeña Carolina se esforzaba por complacer a su madre en todo. Aunque era una niña jovial y con mucho espíritu, poseía un corazón grande e inocente.

Nació del matrimonio formado por el Señor Sebastián Brader y la Señora Carolina Zahner en la vigilia de la Fiesta de la Asunción, el año 1860, en su pueblo natal, Kaltbrunn, Cantón de San Gall. Al perder a su padre a temprana edad, Carolina, como hija única, fue educada por su madre quien se ganaba la vida en la venta de legumbres. Su madre, mujer inteligente, enérgica y piadosa comprendió su tarea de educar a su hija, no solo para este mundo sino para la vida eterna. Entendió que, como madre de familia no se educa a los hijos concediéndoles todo o permitirles todas las libertades, sino más bien enseñándoles disciplina, renunciación, simplicidad, modestia, seriedad, obediencia y puntualidad en el trabajo.

Sobre todo la Señora Brader trató de inculcar en Carolina un amor genuino a Jesús y María. Oraba con su hija y le contaba sobre el cielo, los ángeles y los santos. A temprana edad, se la llevaba a la iglesia ubicada frente su casa. Al presente, esta casa el “Dorfbrücke,” localizada al centro del pueblo, está habitada por los parientes cercanos, de la familia del Señor Joseph Zahner.

Una noche la pequeña salió de la cama, tomó la colcha de plumas y se acostó en el suelo. Cuando la madre la visitó, como lo hacía cada noche, se sorprendió al ver la escena y le preguntó, “¿Qué haces?”

Carolina le respondió, “He escuchado hoy que los santos, de vez en cuando, dormían en el suelo, y quiero imitarlos; quiero ser santa.”

“Si este es el caso, duerme en el piso y no me ensucies la colcha.”

Y tomando la colcha la colocó en la cama; la pequeña Carolina siguiéndola se acostó dándose cuenta que no era fácil acostarse en el suelo.

Sería solo después que Carolina aprendería a imitar a los santos, una práctica que fue para ella un anhelo constante tanto que, su proyecto de vida llegó a ser, “Ser santo como tu Padre celestial es Santo”. Mientras tanto Carolina vivió una feliz niñez en su rico pueblo Kaltbrunn. Un pequeño pueblo situado entre el bosque formado por ricos árboles frutales a la orilla del valle de Linth, rodeado de bellas montañas y habitado por familias trabajadoras y profundamente católicas. Su madre, quien procedía de una familia de buenos recursos económicos y consciente de la importancia de una buena educación, envió a su hija, una vez terminada la primaria, al instituto de las Hermanas en María Auxiliadora, Altstätten, después a la escuela benedictina de San Andrés en Sarnen y posteriormente a la Universidad de la Visitación en Friburgo con el propósito de que su hija obtuviera una educación completa de mente y corazón. Finalmente, la envió a Francia con el mismo propósito.

Carolina conscientemente ponía en práctica los bellos dones que Dios le había regalado. Amaba tanto a su madre que jamás se permitió presentarle malas notas de las materias. Una vez terminados sus estudios, el mundo la esperaba con los brazos abiertos. Era bella y talentosa, alegre, rica y le esperaba un futuro lleno de éxitos.

Sin embargo, en su interior, el Espíritu Santo le invitaba, le llamaba a dejar todos los placeres, las felicidades terrenales, la estima humana y la animaba a vivir una bella vida de amor. El Espíritu deseaba hacerla una esposa de Cristo y ofrecerle la recompensa del gozo eterno, de los honores eternos y de la felicidad eterna.

Sensible al llamado divino, la joven virgen respondió a esta invitación con un corazón puro e inocente. Ya durante sus últimos años de estudio, Carolina reconoció la llamada de Dios y empezó a visitar varios conventos. Allí, encontraba mucha virtud, pero su ideal, especialmente la pobreza, lo encontró en el convento de las Franciscanas en Altstätten. Después de mucha oración y discernimiento pidió ser admitida.

No le fue fácil el contar con la aprobación de su madre ya que la Señora Brader estaba tan apegada a su hija. Siendo Carolina su única hija era para su madre la alegría y la esperanza para el futuro. Sin embargo, un buen día Carolina se armó de valor y habló con su madre acerca de su vocación a la vida religiosa.

“Esta es mi oportunidad,” pensó, “Mamá parece estar de buen humor hoy. Le hablaré del tema de mi inquietud vocacional.”

“Mamá,” dijo Carolina, “Me gustaría...”  
Le tembló la voz.

“¿Qué quieres?”  
“Quisiera entrar al convento...a María Auxiliadora...!y pronto!”

Esto sorprendió a la Señora Brader ya que muchas veces escucha a su hija decir, “Al convento, ¡jamás!”

Esta nueva decisión sorprendió a su madre tanto que dejó de hablar con su hija por tres semanas. ¿Sería solo para poner a prueba a Carolina? o ¿porque no encontraba las palabras precisas al solo pensar del dolor que causaría la separación? De cualquier modo, las tres semanas de silencio fueron suficiente sufrimiento para madre e hija.

Un incidente gracioso sirvió para terminar con el ambiente opresivo y el largo silencio. Era domingo. Las dos estaban sentadas a la mesa y frente a ellas una deliciosa salchicha. Después de un movimiento brusco causado por la Señora Brader, la salchicha y el plato cayeron al suelo. “¡ Qué gran oportunidad!,” pensó el gato quien olfateaba alrededor de la mesa. Con un gran salto tomó el deseado botín y desapareció; Carolina no pudo detener una gran carcajada al igual que su madre. El encanto del largo silencio se rompió y se desataron las lenguas. La Señora Brader habló y se mostró como la buena madre de siempre. Después de tantos intensos ruegos Carolina recibió el tan esperado “Sí” para entrar al convento.

Era el 1 de octubre, de 1880 cuando Carolina, a la edad de 20 años, se alejó de su madre, sus parientes y amigos. Por última vez entró a la bella iglesia con sus altas torres que sobre pasaban las casas y árboles de su pueblo natal y se dirigió al convento de María Auxiliadora.

Al principio, Carolina pasó por pruebas severas. Nostalgia del hogar quemaba su alma. Sufría al pensar que su madre se encontraba sola y abandonada. Un día, se encontró con un pie

fuera del convento para regresar a su casa. Tan pronto como se dio cuenta, sintió vergüenza de su cobardía, corrió a la capilla, se postró ante el tabernáculo y pidió perdón por su infidelidad. Cuando su mamá la visitó, ella le comentó que estaba feliz sin embargo, la nostalgia inundó su corazón una vez que su mamá hubiera partido. Rogaba incesantemente a Dios al reconocer que lo que ella sentía era una tentación del enemigo y optó por entregarse generosamente a la Divina Providencia.

El 1 de Marzo, de 1881, Carolina recibió el hábito de san Francisco y su nuevo nombre María Caridad del Amor del Espíritu Santo. El significado de este nombre llegaría a ser su programa y meta durante toda su vida el cual se realizó a plenitud. La novicia Caridad fue fiel en la observancia de todas las reglas del convento. Detestaba la mediocridad. Se esforzó constantemente por comprender el espíritu de su Orden y el ponerlo en práctica en su vida diaria.

E

La Madre Bernarda, quien el 18 de Octubre, de 1880, había sido elegida superiora y a quien se le admiraba por su santidad, fue su maestra de novicias.

Ella introdujo a sus novicias y Hermanas Junioras a la vida religiosa y les enseñó, a través la palabra y ejemplo, a adquirir el verdadero espíritu franciscano y la práctica de la virtud.

Sus semillas cayeron en tierra fértil. La Madre Caridad testimonió de esto hasta el fin de su vida. Frecuentemente recordaba a sus hijas espirituales de las enseñanzas que ella misma había recibido en el convento de María Auxiliadora durante los primeros años. Con gusto confesaba que estaba muy agradecida por la educación franciscana recibida de la Madre Bernarda.

Sus Hermanas, por su parte, comentaban que la Madre Caridad era remarcable en la práctica de las virtudes religiosas y su debido respeto y celo por adquirirlas. Su gran amor era Jesús en el Santísimo Sacramento. Amaba el Oficio Divino y rezaba con gran devoción en alta y clara voz, tanto que llegaron a llamarla “La campana del coro.”

Se esforzó por perfeccionar sus conocimientos educativos añadiendo a su carrera un diploma de trabajos manuales. De esta manera, la Madre Caridad fue preparada, por la Divina Providencia, para fundar y dirigir una congregación religiosa de Hermanas educadoras. Ella guardaba en su corazón el principio de que una religiosa como maestra debería siempre prepararse en los campos correspondientes para la Gloria y honra de Dios y el bien de la Iglesia. Este principio lo repetía frecuentemente a sus Hermanas y lo vivía a diario.

Además de las obligaciones espirituales y del trabajo en la escuela, la Madre Caridad no rehusaba los trabajos manuales de la casa. Todas las Hermanas estaban entrenadas en esto. No existían privilegios entre ellas. Prácticas y reglas que la Madre Caridad después inculcó y practicó con sus propias Hermanas.

Después de su primera profesión el 22 de agosto, de 1882, durante la octava de la Fiesta de la Asunción, esposándose a Cristo crucificado, fue asignada a la enseñanza por seis años en el monasterio.

## RUMBO A LAS MISIONES DEL MUNDO

Al principio del mes de Marzo de 1887, el Padre Buenaventura Frey (proveniente de Herden, Thurgau), Provincial Capuchino de Norte América, visitó el Convento de María Auxiliadora en Altstätten. Habló de las dificultades presentes en América para la evangelización, de la escasez de trabajadores en la viña del Señor y del trabajo que las Hermanas podrían realizar allí.

El entusiasmado misionero terminó su intervención haciendo una invitación a sus oyentes para que se aventuraran hacia las misiones del mundo en Norte América. Sus palabras iluminaron el corazón de las Hermanas.

La Madre Bernarda decidió seguir el Nuevo llamado de Dios. Presentó su propósito al Señor Obispo de San Gall, el Doctor Agustín Egger, pidiendo su permiso para tomar el primer paso para realizarlo.

Como veremos, el plan de Dios las llevó hacia América del Sur, y no a los Estados Unidos. Ya que el sacerdote Lazarista, Pedro Schumacher, quien fundó seminarios en París y Chile, en Montpellier y Quito, fue consagrado Obispo de Portoviejo y Manabí, Ecuador en el año 1885.

Situada cerca del Océano Pacífico, esta diócesis era más grande que el país de Suiza mismo y contaba con una población 125,000 almas. Indígenas, Negros, Blancos y matrimonios mixtos vivían por toda la tierra cultivable y las tierras vírgenes. Para el cuidado espiritual de todo este pueblo, el Señor Obispo solo contaba con seis sacerdotes. No existía para entonces ningún convento; de vez en cuando se divisaba algún edificio en ruinas que servía como escuela, eso era todo.

La gente sabía poco de religión y muchos de ellos habían sido bautizados con algunas excepciones. Sin la presencia de maestros y sacerdotes la mayoría vivían como paganos. Los domingos se lo pasaban en el baile; las Iglesias permanecían abandonadas.

El pastor miraba a su rebaño sin esperanzas. Veía sólo una tierra desértica, y por ningún lado, se veía un oasis. Si su deseo era volver esta tierra sin vida en un fértil jardín, tendría que regresar a Europa en busca de sacerdotes y religiosas.

Por esta razón, regresó a Alemania y a otras tierras, con excepción de Suiza. Hasta ese entonces no había oído hablar del convento de María Auxiliadora en Altstätten; ni se imaginaba que allí se encontrara un ardiente entusiasmo por las misiones.

De regreso, vía Norte América, tocó a la puerta del convento de los Capuchinos en Nueva York. Guiado por la Divina Providencia, se encontró con el superior, el Padre Buenaventura, con quien compartió su preocupación por su diócesis. El padre Buenaventura le habló de las Hermanas en Altstätten, quiénes estaban deseosas de dedicar sus vidas a las misiones. Lleno de alegría, Monseñor Schumacher le escribió a la Madre Bernarda pidiéndole misioneras.

Al recibir la carta, muchas de las Hermanas generosamente se pusieron a disposición de su superiora. Entre ellas, la Madre Caridad. Su corazón latía fuertemente ante la idea de ayudar a tantas almas a encontrar a Dios. La Madre Bernarda contestó la carta al Señor Obispo prometiéndole siete Hermanas para la misión. Mientras tanto, Monseñor Egger pidió a Roma los necesarios poderes para dispensar de la clausura a las futuras misioneras. Así, la petición de la

familia religiosa en Altstätten sería legalmente concedida y aprobada por la Iglesia, para alegría de las Hermanas.

De entre las Hermanas que tan generosamente se habían ofrecido para las misiones, la Madre Bernarda escogió seis compañeras quiénes dejaron su querido convento el 19 de Junio de 1888.

Sus queridas compañeras fueron:

Hermana M. Caridad Brader de Kaltbrunn  
Hermana M. Isabel Huber de Tuggen  
Novicia Laurencia Sutter de Mouthatal  
Novicia Dominica Spirig de Widnau  
Novicia Othmara Haltmeier de Klaus, (Voralberg)  
Candidata Micaela Rhomberg de Dornbirn, (Voralberg)

La Hermana Caridad fue elegida vicaria quien fue el apoyo y la mano derecha de la Madre Bernarda su superiora. Ciertamente que, para entonces, nadie se imaginaba que del pequeño convento de María Auxiliadora nacerían dos nuevas congregaciones misioneras.

Después que el pequeño grupo se había despedido de sus seres queridos y valientemente hecho el sacrificio de la separación de su bella patria, tomaron el tren de Basel rumbo a París hasta llegar a Le Havre. Una vez allí, tomaron el barco el “Labrador”, cruzaron el Océano Atlántico, y atravesando el canal de Panamá, prosiguieron sobre el Océano Pacífico hasta llegar a la costa del Ecuador.

Llegaron y se instalaron en Chone, un pueblo pequeño de aproximadamente 13,000 almas. La región, con su clima caliente y ricas fuentes de agua es muy bella. Los fructuosos árboles cítricos, las palmeras, bananos y plantaciones de café, son una clara prueba de esto. Fue aquí donde Monseñor Schumacher construyó una pequeña casa para las misioneras, quienes vivieron allí en total y libre pobreza a ejemplo de san Francisco y santa Clara en auténtica imitación de la vida franciscana vivida en la Porciúncula y en la capilla de san Damián.

El gozo interior era la recompensa de sus sacrificios exteriores. La gente sencilla, quien las llamaba “Madres”, tenía en ellas una gran confianza. Aceptaban con gozo la enseñanza religiosa que ellas les ofrecían. Buscaban de ellas sus consejos, ayudas, consuelos, como hijos buscándolo de su madre. Estaban muy agradecidos por la disponibilidad de las Hermanas. Les traían pequeños regalos diariamente: bananos, naranjas, caña, huevos, pollos o cualquier otra cosa que tenían para compartir con ellas.

Al principio, las Hermanas impartían sus clases de manera muy rudimentaria en las escuelas públicas. Pero después, se hizo necesario instruir a los adultos en las verdades básicas de nuestra fe y prepararlos para la recepción de los sacramentos. Necesitaban mucha paciencia para hacerles entender las enseñanzas de las Hermanas y la importancia de la oración y las prácticas religiosas en su vida diaria, pero su cansado trabajo sería inmensamente recompensado.

¡Qué alegría para las Hermanas el día en que por primera vez presentaron a los niños y los adultos a la mesa del Señor! Y grande todavía era su gozo cuando estas buenas personas, que vivían a grandes distancias, regresaban para festejar juntos la Pascua y recibir de nuevo los sacramentos. En estas ocasiones, la gente pobre no desaprovechaba la oportunidad para

agradecer a las “Madres” por sus instrucciones y las mantenían informadas del progreso en su vida espiritual.

Las gentes de los pueblos vecinos no tardaron en contactar a las Hermanas para rogarles que fueran también a hacer presencia entre ellos dando lugar para que nuevas misiones fueran fundadas. La Madre Bernarda por su parte, escribió una carta al convento de María Auxiliadora pidiendo la ayuda de más Hermanas la cual se le otorgó. El pequeño convento de Chone recibió el 28 de Julio, de 1889 siete Hermanas jóvenes para apoyar en las nuevas misiones: Novicias Gabriela, Rosa, Clara, Serafina, Francisca, Josefa y Antonia, la cuales fueron acompañadas por la Hermana Rafaela Benz.

Ya que el trabajo de las misiones se volvía cada vez más exigente, la Madre Bernarda envió a su vicaria, la Hermana Caridad, a Suiza a finales de 1891 para reclutar más misioneras. Al igual, le dio órdenes para que se fijara por una nueva fundación en Norte América ya que aumentaban los peligros causados por la situación política en el Ecuador. En Octubre de 1892, la Hermana Caridad dejó el convento de María Auxiliadora acompañada por nueve novicias: Ana, Colette, Catherine, Buenaventura, Agatha, Paula, Teresa, Agnes y Perta embarcándose rumbo a Nueva York.

Durante las cuatro semanas de estadía en El Hogar de san León, la Hermana Caridad buscaba, acompañada por el Padre Buenaventura, un lugar dónde establecer la nueva fundación pedida por la Madre Bernarda. Pareciera que esta nueva fundación en América del Norte no estuviera en los planes de Dios. La búsqueda de un lugar apropiado y la posibilidad de adquirirlo fueron inútiles. También otro impedimento que se presentaba era el idioma del inglés. Sólo una de ellas conocía un poco.

Por consiguiente, la Hermana Caridad decidió seguir su viaje a Chone junto con las novicias solo para encontrarse con otro obstáculo a su llegada a Panamá, donde tuvo que esperar durante tres semanas para encontrar la conexión que las llevaría en barco hasta Bahía. Una vez en el Puerto, tenía que seguir su viaje por río hasta llegar al pueblo de Dos Aguas. Allí, el Padre Gaspar de Cebrones, Capuchino, las esperaba con los caballos ensillados para luego continuar su viaje por tierra. Estas Hermanas jóvenes realizaron su primer viaje de misión a caballo durante la noche, afortunadamente el viaje duró solo tres horas. Finalmente en la media noche del 2 de Enero de 1893 la comitiva de Hermanas jóvenes, acompañadas por la Hermana Caridad, llegó al convento de Chone.

Allí, la Hermana Caridad expresó a su superiora la pena de no haber podido realizar la fundación en Norte América quién humildemente, atribuía el fracaso a sus pecados, pero la Madre Bernarda la consoló diciendo, “¡Gracias a Dios!” He pedido que se celebraran 90 Misas con la intención de que no encontraras un lugar propicio ya que he prometido una fundación en Túquerres, Colombia. Y tú Hermana Caridad, tomarás en manos esta fundación.”

## EN LOS ALTOS DE LOS ANDES

El ambiente anticlerical se intensificaba y se notaba aún más entre los círculos influyentes del Ecuador. Los que se mantenían alertos, notaban como los masones se preparaban para un ataque masivo contra la Iglesia Católica. Los medios de comunicación del odio ya habían desparramado el veneno contra la religión desde hacía mucho tiempo y demandaban sin piedad que todos los sacerdotes y los religiosos salieran del país. El Señor Obispo Schumacher comprendió los signos de los tiempos y veía el futuro con temor. Así que recibió con agrado y alegría las noticias que las Hermanas Franciscanas habían sido invitadas para fundar en Túquerres y dedicarse a la educación de las niñas.

Túquerres está situada en un ambiente sano y fresco en los Andes de la parte sur del vecino país de la República de Colombia, el cual es guiado por un gobierno Católico. Allí, las Hermanas estarán protegidas contra la eminente persecución religiosa. Una vez desatada la persecución en el Ecuador, las Hermanas en Chone tendrán un lugar en Colombia para refugiarse y estar fuera de peligro y podrán continuar con su apostolado.

La Madre Bernarda escuchó el consejo del Señor Obispo y aceptó la invitación del Obispo de Pasto. Su intención era mandar a la vicaría de 33 años, la Hermana Caridad, junto con seis compañeras a la nueva viña. Esto se lo comentó a la Hermana Caridad a su llegada de Suiza junto con el primer grupo de novicias.

La Hermana Caridad se sentía ambivalente ante la decisión de su superiora. En Chone, ella había sembrado muchas buenas semillas y esperaba una gran cosecha entre los indígenas nativos. Pero ahora tendría que abandonar todo y empezar de nuevo en condiciones distintas, en un lugar extranjero sin saber lo que le esperaba. Sin dudarlo, dejó su amado campo de apostolado viendo en la decisión de su superiora la voluntad de Dios; y cuando Dios llama, uno sigue.

Dejaron Chone, casi por necesidad a ejemplo del Evangelio: “no lleven oro ni plata ni dinero en su bolsillo, ni sandalia, ni zapatos, ni bolso, ni dos túnicas, ni bastón.” La superiora entregó a las Hermanas solo lo necesario para el largo viaje.

Bajo la guía celosa del capuchino, el Padre Gaspar de Cebrones, la Hermana Caridad y sus compañeras llegaron a Túquerres el 31 de marzo, de 1893. Sus compañeras fueron:

Hermana Dominica Spirig de Widnau,  
Hermana Francisca Bilgerig de Allenwinden, Zug,  
Novicia Agnes Danner de Balgach (futura Sup. General, 1922-1928)  
Agatha Zünd de Altstätten,  
Colette Hollenstein de Liebingen,  
Buenaventura Beck de Münich.

Hoy Túquerres, una bella y grande ciudad comercial con edificios modernos, está situada a 3,100 metros sobre el nivel del mar en un valle rodeado de montañas con sus verdes praderas, sus sembrados de patatas y sus majestuosos bosques. Hasta el año pasado, los indígenas y los

mestizos vivían en casas de carrizo (bambú) mientras que los pocos blancos vivían en casas mejor acondicionadas.

La llegada de las Franciscanas fue una fiesta. Todo mundo estaba de pie. Hasta de los lugares más remotos llegaron para festejar y a acoger a las “Madres.”

El edificio de la recepción era sencillo y humilde contaba solo con las paredes y su piso de tierra: ¡verdaderamente franciscano! El amueblado, la mesa, sillas, bancas y los utensilios de cocina habían sido prestados y tenían que regresarlos a sus dueños lo más pronto posible. Las misioneras habían traído consigo desde Chone, aparte de lo que vestían, algunos materiales educativos y lo más necesario para las celebraciones eucarísticas. Arreglaron el mejor de los cuartos como Capilla, allí encontraron su mejor consuelo para sus sacrificios y su pobreza.

Estaban tan agradecidas con un bienhechor quién les había regalo unos sacos llenos de pajas; también lo estaban por las capas, recibidas de los Capuchinos, las cuales les servían de cobijas. La Pobreza se hizo sentir especialmente por la ausencia del vestuario necesario. Las Hermanas, que venían de un clima caliente de la costa del Pacífico, a un clima fresco en los altos de los Andes, sufrían mucho de frio por falta de vestuario apropiado.

Las celdas eran pequeñas y angostas por tanto, las Hermanas se veían obligadas a utilizar el pasillo como dormitorio. Aunque ellas trataban de protegerse sin embargo, se exponían a las calamidades del clima y casi no dormían por el frio.

Sus comidas también eran muy franciscanas. Durante toda la semana sus almuerzos y comidas consistían de sopa de papas, la carne casi ausente. Sólo en días festivos le agregaban un poco de crema de queso al plato de papas.

A cualquiera que presenciara la escena durante las comidas de las Hermanas se reiría. Las mesas y sillas estaban ausentes. Las Hermanas se sentaban en el suelo y como solo contaban con tres platos, tres cucharas y tres tazas, tenían que turnarse para comer. Unas esperaban pacientemente mientras que las otras comían.

Las Hermanas, en plena juventud y con una buena salud, no consideraban estas circunstancias como trágicas, sino que vivían esta pobreza con verdadero humor franciscano. Bromeaban diciendo, “Estamos sanas y redonditas”. Se regocijaban en sus necesidades, lo que hacía que se aumentara el lazo de amor mutuo entre ellas. Estaban felices y gozaban de una paz indestructible. Mucho tiempo después, recordarían con gozo todo lo vivido durante los primeros años considerándolos como los tiempos más felices de sus vidas.

Como no habían traído dinero, tres mujeres nobles colectaron alguna donación en total 227 pesos (586 francos). Esto tendría que mantenerlas con vida durante medio año. Una vez que la escuela se iniciara, sus salarios costearían sus necesidades. Esta situación causaba a la Hermana Caridad mucha ansiedad que se le reflejaba en su rostro. Sin embargo, sus compañeras trataban de consolarla con bromas y cantos, especialmente durante las recreaciones después de las comidas. Durante varios años las Hermanas se prestaban sus zapatos, especialmente cuando tenían que acompañar a los niños a los paseos o a las actividades de la Iglesia ya que no tenían suficiente zapatos para cada Hermana. En la casa calzaban sandalias como las que los pobres usaban.



El 1 de septiembre de 1893, las Hermanas abrieron el instituto privado para niñas. Ingresaron cuarenta internas y el número del resto de los estudiantes que pedían matrícula era muy prometedor. Las Hermanas, para contar con suficiente espacio, se vieron obligadas a rentar algunos locales cerca del convento.

El 21 de septiembre, la escuela pública también abrió sus puertas. Eran tantos los estudiantes, que fue necesario rentar otro edificio para el año siguiente. Este edificio estaba situado lejos de la escuela privada, al otro extremo del pueblo, y no estaba amueblado. Para las Hermanas, este diario caminar era un gran sacrificio y sentían no estar cumpliendo con su clausura, la cual la habían mantenido fielmente hasta entonces.

En Suiza, la gente no tenía ni idea de cómo educar en situaciones como estas. Contaban con una gran sala, 90 niños y una banca. Los niños más pequeños se sentaban en el suelo. En lugar de escribir en sus tabletas, utilizaban ciertas hojas de cactus donde escribir sus conocimientos.

La Hermana Caridad supervisaba todo. Aun siendo superiora no rehusaba ayudar con las tareas de la casa. Los lunes, considerados días para lavar, se le veía temprano en el lavadero. Deseaba ocuparse de los trabajos más duros y así proteger a la Hermana más débil de su fraternidad.

Después, se le encontraba en el aula de clases, donde se esforzaba por presentar y explicar, a sus estudiantes, de manera muy clara, todo el material educativo. Por doquier, la Hermana Caridad era el alma de la pequeña familia religiosa. Ella estaba allí cuando, por la tarde, de regreso de la escuela, el resto de las Hermanas llegaban para colgar sus ropas y ella les alumbraba con un trozo de vela.

El trabajo sobre pasaba el número de las misioneras. Deseaban la ayuda de otras Hermanas. Para su alegría, el 24 de Abril llegaron tres candidatas provenientes de María Auxiliadora. Sin embargo, las esperanzas puestas en las jóvenes se desvanecieron ya que ninguna tenía vocación para la vida religiosa. Dos de ellas se regresaron, para desilusión de la comunidad. La tercera, Christine Hoffman, de Rapperswil, permaneció con la comunidad trabajando como laica. Ella, con su celo apostólico, brindó a las Hermanas un servicio inestimable durante muchos años, también ayudó como ama de casa al autor de este libro durante todo su trabajo apostólico en Túquerres.

Apenas terminaba el primer año escolar cuando el 12 de Julio, de 1893 la Hermana Caridad acompañada por la Hermana Buenaventura, por segunda vez, viajan a Europa para buscar más Hermanas para la misión. Tuvo la dicha de traer consigo doce misioneras. Ellas eran:

Hermana Galusina Rohner de Altstätten  
Novicia Salesia Reidhaar de Bar  
Novicia Augustina Hiebeler de Lauterach  
Novicia Hyacintha Spettler de Langenegg  
Novicia Rufina Frei de Au (Superiora General del 1919 al 1922)  
Novicia Margaritha Glosser de Eitensheim  
Novicia Aegidia Stieger de Oberriet  
Novicia Herminia Nothaft de Michaelsbuch

Novicia Celestina Auer de Munich  
Novicia Philamena Winter de Weiden  
Novicia Josefa Schmidt de Munich  
Postulante Beatrix María Theresia Zanolari de Brusio

Las fuerzas necesarias para los innumerables sacrificios y renunciaciones de parte de estas jóvenes misioneras procedían de la celebración de la Eucaristía y de la Santa Comunión. A pesar de la magnitud del trabajo el cual podría haber ahogado el buen espíritu de las Hermanas, su vida religiosa no sufrió. La Hermana Caridad como buena maestra también fue muy fiel y celosa para mantener la Santa Regla y la observancia puntual de los ejercicios espirituales. Ella, dio a sus hijas una fuerte formación y se esmeraba por educarlas en la vida espiritual así como en su profesión de maestras. Su secreto era su fe sólida la cual no permitía ninguna mediocridad. Ella inspiraba una fuerte confianza en Dios la cual mantenía durante las grandes pruebas.

Un año después de su llegada a Túquerres, las Hermanas Franciscanas recibieron de parte de los capuchinos una capilla de la cual ya no se servían. Una vez, estando en Chone, la Hermana Caridad tuvo un sueño en el que se veía orando ante un altar desconocido. Un sacerdote pasaba por un pequeño pasillo para llegar a la capilla y celebrar la Santa Misa. Cuando la Hermana Caridad, ya en Túquerres, entró por primera vez a la capilla para la celebración de la Santa Misa, reconoció el altar como el mismo que había visto en su sueño. Sintió en su corazón que Dios le confirmaba que era allí donde Él la guiaría en su trabajo.

En el otoño de 1894, el Señor Obispo Caicedo de Pasto visitó el pequeño convento en Túquerres. Se sorprendió al ver la pobreza en la que vivían las Hermanas. Las animaba a perseverar con valentía y les prometió su ayuda. La fundadora, sin embargo, no pidió cosas materiales ni dinero, sino el permiso para reservar el Santísimo Sacramento en la capilla. Hasta ese entonces acudían a la Misa diaria pero el sagrario permanecía vacío. Hacía ya mucho tiempo que la Hermana Caridad deseaba ardientemente tener cerca de ella y vivir junto a su Divino Esposo. Para su mayor consuelo y alegría, su petición fue concedida, el mismo Señor Obispo después de la Misa colocó al Santísimo Sacramento en el tabernáculo.

Al principio, las Hermanas rezaban el Santo Oficio de los Capuchinos en comunidad levantándose a media noche para rezar Maitines y Laudes hasta finales de año 1896 cuando el santo Señor Obispo Ezequiel Moreno les prohibió el rezo de la media noche.

Después, varios de los Obispos de las diócesis donde las Hermanas hacían presencia, ordenaron a las misioneras que cambiaran el Santo Oficio a una versión más corta, el de la Santa Virgen, pues sentían que la ardua educación de los grados mayores era muy pesada para las Hermanas más aun cuando tenía la obligación de despertarse a media noche para el rezo de Maitines. Solo después de tanta insistencia, la Hermana Caridad introdujo el Pequeño Oficio el 23 de Mayo de 1916. Aunque ella siempre añoró el Santo Oficio especialmente durante las grandes fiestas de la Iglesia.

En el mes de Julio de 1897, el Señor Obispo Moreno de Pasto, realizó su visita canónica en Túquerres. Después de la Misa, hizo una pequeña reflexión sobre “Jesús y Yo.” Después prosiguió a la elección de la superiora, en la cual la Madre Caridad fue unánimemente elegida. Durante el desayuno, ella comentó, “Con Jesús en el corazón, se realizó la elección. Jesús nos ayudará en el futuro.”

La Madre Caridad aprovecho la visita del Señor Obispo para pedir el permiso de poder rezar los Maitines y Laudes, y esto, sólo durante el tiempo de las vacaciones. El Señor Obispo rápidamente dijo, “sí” pero con una condición, esto causó tristeza en las Hermanas ya que él no permitiría que las Hermanas que trabajaban en la escuela se levantaran también. Lo triste es que prácticamente todas ellas estaban activas en la escuela y las tres Hermanas que quedaban en la casa tenían ya suficiente trabajo, así es que el objetivo siguió sin cumplirse.

Cuando el Señor Obispo paseó por toda la casa al pasar por el ropero preguntó, “¿Cuántos camisones tiene cada Hermana?” a lo que la Madre Caridad contestó, “tres.” “Suficientes; por mucho tiempo yo sólo tuve dos.”

Antes que el Señor Obispo partiera, expresó su admiración hacia las Hermanas. Comentó que se veían buenas y sanas a pesar de su pobreza y vida penitencial. Las felicitó y les animó a mantener entre sí la paz que se sentía en el convento.

La Madre Caridad dio a su convento el título de, “María Constante Auxilio” en memoria de su hogar espiritual en Altstätten. Puso bajo la protección de la Santísima Virgen todos sus trabajos y le confió todas las futuras necesidades, peligros y tormentas. Necesitaba esta ayuda de lo alto ya que grandes preocupaciones referentes a la comunidad pesaban sobre sus hombros por muchos años. Muchas veces después de que todas se retiraban para dormir sobre las colchonetas de pajas, la Madre Caridad permanecía ante el Santísimo Sacramento bajo la media luz de la vela perpetua. Allí, lloraba y rogaba a Dios por la fortaleza y perseverancia de sus queridas hijas que parecían como una pequeña caravana perdida en el desierto.

## GOLPEADAS POR LA TORMENTA

Bajo el poder del gobierno del implacable presidente Alfaro del Ecuador, un masón sin escrúpulos, una fuerte lucha se desató contra la Iglesia. “*Tengo que terminar con el Reino de Dios en la tierra,*” era el grito blasfemo que el mestizo analfabeta gritaba al entrar en la ciudad costeña de Guayaquil. Con el grito, “¡Abajo con las monjas, abajo con Cristo!” los revolucionarios se expandieron por todo el país. También en Chone se podía escuchar el grito a través de los disparos. La Madre Bernarda junto con sus Hermanas pasaba sus días y sus noches enteras en temor. Los comerciantes de Chone prometieron una recompensa de varios miles de Sucre al hombre que asesinara a Monseñor Schumacher. Con un grito asesino, los radicales avanzaron hacia Portoviejo, donde residía el Señor Obispo Schumacher a quien odiaban por su valiente lucha por Cristo y contra la Masonería.

Un grupo de enemigos atacó el Convento Benedictino en Calceta. Asaltaron la casa, entraron a la escuela, se introdujeron a la capilla y con machete en mano de un fuerte golpe destruyeron el tabernáculo pero no pudieron cometer sacrilegio contra el Santísimo Sacramento pues Monseñor Schumacher había consumido todas las hostias unas horas antes.

Con odio, los revolucionarios destruyeron el crucifijo con sus machetes, rompieron las vestimentas y buscaban, desesperados, los vasos sagrados sin encontrarlos ya que las Hermanas los habían guardado fuera del convento. Esto los violentaba más y vociferaban blasfemias y maltrataban a las Hermanas robándoles todo lo que tenían de valor.

Para entonces, tres de los sacerdotes refugiados en el edificio de la escuela: Padres Reinaldo Herbrand, Pedro Hecker y el Fraile Capuchino Padre Ángel de Avinonet junto con uno de los sirvientes del obispo, Eduardo Hecker se preparaban para su muerte. Cuando los enemigos de la Iglesia forzaron la última puerta, ellos se arrodillaron dándose la absolución. “¡Muerte a los sacerdotes!” gritaban los intrusos. Uno de ellos apuntaba su rifle al padre Herbrand para matarlo, pero en el último instante una de las Hermanas empujó el arma previniendo la muerte del sacerdote. Otro ya tenía su cuchillo en el cuello de otro sacerdote pero la Hermana Genoveva, superiora del convento, se lanzó valientemente entre los dos salvando la vida del sacerdote mediante este acto de valentía.

El Padre Herbrand preguntó a uno de ellos, “¿Que mal te he hecho? ¿Por qué quieres matarme? Ni siquiera me conoces.” “Cierto, no te conozco,” contestó el agresor, “pero es suficiente para mi saber que eres un sacerdote de Cristo, para destruirte.”

El Padre Hecker, párroco de Calceta, fue colgado por los pies. Lo arrastraron por las gradas golpeándose la cabeza en cada escalón. A Eduardo Hecker lo maltrataron de la misma manera y los dos sangraban por las grandes heridas en sus cabezas.

Después de torturarlos, los arrastraron cuesta arriba hasta llegar al cementerio. Como les faltaba un lazo para amarrar al Padre Herbrand se lo llevaron como a un animal tras los demás. Llegados a la cima del cerro encerraron a los prisioneros en una choza y, tan pronto atrancaron la puerta, se desató sobre ellos una lluvia de balas. “Al suelo,” susurro el Padre Herbrand. Las balas zumbaban por todos lados y sobre sus cabezas. Una de ellas alcanzó al Padre Ángel. Los enemigos, al no escuchar ruido al interior de la choza se alejaron, dándolos por muertos.

Pasado un rato, llegaron algunos soldados católicos, liberaron a los prisioneros, y los llevaron al lugar donde se encontraban bajo escondite las monjas Benedictinas. Ellas habían sido llevadas al cerro al igual que los sacerdotes para ser ejecutadas pero, los soldados al sentirse avergonzados por sus actos las liberaron. Ambas víctimas y el Padre Herbrand me contaron de sus experiencias el día que nos conocimos.

Monseñor Schumacher, también, se refugió en este lugar después de su escape. Fue posible para él llegar a Chone bajo la protección de 300 soldados católicos. Allí, la Madre Bernarda le llevaba algún alimento exponiendo su propia vida mientras las balas le pasaban sobre su cabeza. Después, el Señor Obispo acompañado por su fiel clero y soldados, huyo hacia las montañas. Pasaron por grandes peligros, a veces casi se ahogaban, a través tierras vírgenes, miserables caminos, densos bosques y montañas. Después de 30 días el grupo llegó a Quito, la capital protegida entonces por el partido conservador. Allí pudieron descansar durante varios días.

Las Hermanas Franciscanas en Chone también se vieron obligadas a dejar su amada misión en la primavera del año 1895. Huyeron en un barco río abajo. A su llegada al último Puerto de Ecuador, en Esmeraldas, un sacerdote Salvatoriano, el Padre Macarius, junto con cuatro Hermanas Salvatorianas subieron al mismo barco. Estos, al igual, tuvieron que escapar de la persecución en el Ecuador. El Padre Macarius tenía la intención de huir a Cartagena para trabajar en las misiones allí. La Madre Bernarda, quien había sido aconsejada y animada de ir a esa misma diócesis con sus Hermanas por la falta de religiosas, vio en este encuentro una señal de Dios. Se dirigió con sus Hermanas a Panamá y de allí a Cartagena por el Atlántico convencida que había escuchado el llamado de Dios y confirmada por un telegrama enviado por el Señor Obispo Biffi de Cartagena. Ellas se situaron en la ciudad de san Pedro Claver donde murió el año 1924 en olores de santidad. El proceso para su canonización empezó en 1948. Mientras que las Hermanas de la Madre Bernarda fundaban su congregación en Cartagena al norte de Colombia, el grupo de Hermanas, bajo la Madre Caridad, crecía y florecía como una congregación independiente al sur, con su Casa Madre en Túquerres.

Mientras tanto, Monseñor Schumacher también huyó de Quito pues aumentaba el peligro. Dudoso, antes de salir de la capital preguntó a sus sacerdotes, “¿Hacia dónde iremos?” y después de haber reflexionado un rato, se contestó a sí mismo y dijo: “¡Vayamos a Túquerres, con la Madre Caridad!”

Una vez que habían cruzado el Puente de Rumichaca, la frontera Colombiana, Monseñor cayó de rodillas y con mucho fervor rezo el Magníficat. Agradecía a la Divina Providencia por salvar su vida y lloraba amargamente por la ceguera de los de su diócesis.

El 28 de Agosto de 1895, después haber pasado tres meses en fuga, el Señor Obispo junto con seis de sus sacerdotes y cuatro seminaristas llegaron a Túquerres. Las Hermanas y los padres Capuchinos los recibieron con gran alegría y trataban, según sus posibilidades, de ayudarles físicamente y materialmente compartiendo con ellos lo que tenían.

Monseñor Schumacher, obispo exiliado, permaneció en Túquerres durante medio año. Sufrió terriblemente por la separación de su grey, la cual se le había confiado y por no contar con un campo de apostolado. Monseñor Moreno, Obispo de Pasto, quien había seguido a Monseñor Caicedo, trató de ayudarlo permitiendo que se instalara en algún lugar de su diócesis donde él

podría ejercer como párroco y pastorea a su grey, según sus deseos, y actualmente ser consagrado obispo de esa región.

Agradecido por tanta generosidad, el Señor Obispo escogió como hogar el gran pueblo de Samaniego. El clima cálido de esa región favorecía su salud. Tan pronto como pudo, se trasladó allí y escogiendo de entre sus sacerdotes asignó al Padre Kleinschmidt como párroco de Samaniego y a los Padres Hecker y Pfeiffer como pastores espirituales de los pueblos vecinos. La Madre Caridad se mostró como una verdadera madre al cuidar generosamente de ellos. Cada semana les mandaba, en mulas, mercado y otras cosas necesarias. Se preocupó porque todos tuvieran suficiente ropa personal y todos los ornamentos litúrgicos necesarios para el culto divino. Es por esto que el pobre obispo tuvo para con ella, hasta su muerte, una santa devoción.

Para el pueblo de Samaniego, el recién llegado no solo era el pastor de las almas sino también doctor para los enfermos. No dejaba de visitar a los enfermos más marginados entraba en sus miserables chozas y les brindaba medicina para el cuerpo y el alma. En poco tiempo se ganó el corazón y el respeto de grandes y chicos. En una de sus visitas, llegó a una choza donde se encontraban cuatro personas enfermas y moribundas por la fiebre tifoidea. Los confesó, y por este acto de amor contrajo la fiebre de la cual murió el 15 de julio de 1902.

Tan pronto supo de su enfermedad la Madre Caridad mandó tres de sus Hermanas: Rufina, Margarita y Celestina, para cuidar de él. Día y noche cuidaban de él sin poder prevenir su muerte. Sus últimas palabras fueron una expresión de gratitud y alabanza a las Hermanas Franciscanas y una bendición para la Madre Caridad.

El gran servicio que dio el Señor Obispo Schumacher a las Hermanas en Túquerres fue de asignar como capellán al Padre Reinaldo Herbrand. La naciente congregación tuvo sus dificultades en sus comienzos. Las nuevas candidatas que ingresaban no eran maestras, tenía que educárseles. Es por eso que las Hermanas agradecían a la Divina Providencia por haber inspirado a Monseñor Schumacher de dejar al Padre Herbrand como capellán. Fue él un hombre de virtud y excelente maestro capaz de educar a la congregación naciente y dirigirle hacia el camino correcto. Él fue la mano derecha y sabio consejero de la Madre Caridad, como también, el gran maestro de las Hermanas destinadas a ser las futuras formadoras de la juventud.

Monseñor Schumacher fue muy sabio al asignar a la congregación este sacerdote, ya que el Padre Herbrand era dotado de inteligencia, de sabiduría, firmeza masculina y habilidad pedagógica. Fue un maestro en Colonia, Alemania y después de la guerra adquirió un título de educación mayor. Fue en el Ecuador donde realizó sus estudios de teología. Conocía los métodos modernos para la enseñanza y jamás se cansó de educar a las Hermanas en Túquerres para hacer de ellas unas educadoras competentes e incansables guías de la educación. Es increíble todo lo que este gran maestro y celoso sacerdote hizo por la formación pedagógica y espiritual de la congregación. Desde su llegada a Túquerres uno podía notar un visible florecer en la virtud y un bello progreso en el celo religioso.

Uno de sus principios importantes que repetía constantemente en sus presentaciones y reflexiones a las Hermanas fue: “Ante todo, ustedes deberán llegar a ser unas buenas religiosas y esforzarse en obtener la santidad personal para honor y gloria de Dios; solo en segundo término, trabajaran para convertirse en buenas educadoras; nunca deberán omitir el trabajo de la escuela.”

Este fue el mismo principio que nuestra fundadora incluyó en nuestras Constituciones. Si la Madre Caridad no hubiera contado con el Padre Herbrand su trabajo no hubiera sido el mismo. Llena de confianza, le confiaba a él todas sus dudas y dificultades porque sabía que el juzgaría todas las cosas con sinceridad, sin egoísmos y claramente para el bien de la congregación. Veraz a sus principios, el consideró todo lo referente a la congregación como suyo.

El Padre Herbrand era como un sol radiante para la congregación que nacía en medio de tantas dificultades. Era de carácter jovial, ecuánime y de buen humor. También poseía una pureza de corazón y una gran disponibilidad para todos. Animaba a los más débiles, levantaba a los caídos y sabía cómo trabajar con los rebeldes, con mano firme.

Asistió a las Hermanas durante 30 años sin ninguna distinción de lengua, raza ni nación. Contribuyó mucho en el crecimiento de la alegría franciscana en toda la congregación como lo hacía la Madre Caridad. Durante todo el tiempo que permaneció en Túquerres siempre mantuvo una relación santa y pura con la Madre Caridad, una relación que une a todos los santos pues está basada en un fundamento sobrenatural y protegida por un sincero y mutuo respeto. La muerte del Padre Herbrand el 29 de diciembre de 1925 fue para nuestra fundadora y para toda la congregación una pena muy dolorosa.

## CON LOS NEGROS EN BARBACOAS

En Túquerres la escuela de las Hermanas pronto fue muy reconocida. Los padres de los estudiantes estaban más que satisfechos. Los estudiantes sobrepasaban las expectativas de los concursos en los exámenes públicos por eso el pueblo y las autoridades civiles alababan el trabajo de las Hermanas.

Muy pronto otros pueblos del Departamento de Nariño pedían a las Hermanas Franciscanas para que fueran sus educadoras. El Doctor Enrique Muñoz, prefecto de Barbacoas, pidió alguna Hermana para que tomara la responsabilidad de la sede de su provincia. Con la aprobación del Señor Obispo, la Madre Caridad mandó cuatro Hermanas a Barbacoas. Para llegar al pueblo sobre poblado de Barbacoas se requerían cuatro días de viaje por el río Telembí en dirección hacia la costa del Océano Pacífico. Allí la mayoría de los habitantes de esa región eran Negros aunque había entre ellos algunas familias de Blancos. Una gran área de bosques vírgenes dividía a Barbacoas de la Isla Tumaco.

Fue el mes de octubre de 1895, cuando finalmente, llegaron las Hermanas Franciscanas a ese lugar. Su capellán, el Padre Hecker, quien el mes de agosto de ese año había llegado a Túquerres como fugitivo junto con el Señor Obispo Schumacher desde el Ecuador, las acompañaba. En lugar de recibir una alegre bienvenida una dolorosa sorpresa les esperaba. Las autoridades, que pedían la presencia de las Hermanas nunca mencionaron la cantidad. Ellos esperaban cuando menos dos, tanto fue su descontento al ver que era doble número de Hermanas hubiera llegado.

El primer saludo fue: “¿Y las otras dos?;Quizás continuaran a Tumaco!” Les mostraron un cuarto pequeño con dos camas lugar donde ellas vivirían. Constantemente repetían que ellos solo se quedarían con dos de las Hermanas. Esta gente no tenía ni idea de lo que requiere una escuela y de cómo viven las Hermanas su vida religiosa.

A pesar de las condiciones de pobreza y aunque recibieran comida solo para dos, todas las Hermanas permanecieron. Sufrían la escasez de todo. La Hermana más joven nos comentó después, “Yo deseaba que, para mi ventaja, alguna de las Hermanas perdiera el apetito y así poder yo comer lo suficiente.”

Después de medio año, en un clima caliente y mal sano, una de las Hermanas se enfermó y se le tuvo que trasladar a Túquerres. Siendo remplazada por la Hermana Isabel, primera Hermana Colombiana que se profesaba como Francisca de María Inmaculada. Cuando la Madre Caridad llegó para llevarse a la enferma, se le informó de la situación difícil en la que se encontraban las Hermanas, pero les dijo, “Tengan paciencia. Por su celo apostólico, buenas obras y ejemplo misericordioso pronto ganaran el corazón de todos.” Nunca dejó de enviar a las Hermanas lo que ella podía. Su profecía pronto se hizo realidad. No tardó; era obvio que las Hermanas fueran las favoritas de la gente. Al ver la gente la calidad de la enseñanza de las Hermanas el número de estudiantes aumentó y el Señor prefecto les ofreció un edificio grande en lugar de la pequeña aula. Las niñas morenas, fiel y celosamente, acudían a las instrucciones religiosas que las Hermanas ofrecían a los adultos todos los domingos. Pronto se hizo necesaria



la ayuda de una quinta Hermana ya que cuatro Hermanas no podían con todo el trabajo. Las Hermanas libremente podían ejercer como misioneras lo que les agradaba inmensamente. Instruían a hombres y mujeres, niños y niñas en las verdades más importantes de nuestra fe.

Cuando el Señor Obispo Moreno junto con varios sacerdotes llegó para conducir una misión, se les pidió a las Hermanas Franciscanas que prepararan a la gente para la recepción de los Sacramentos. Los sacerdotes, a causa de tanta exigencias y trabajo, solo confesaban a las personas que les presentaran una boleta como prueba de haber sido instruidos y preparados propiamente por las Hermanas.

Durante esos días de gracia, una mujer de color presentó a su sobrino de 17 años a la superiora de la fraternidad para que lo confesara. Naturalmente, la Hermana Francisca se negó, explicándole que ella no podía absolver a nadie. Tendría que llevarlo con uno de los sacerdotes.

El joven contestó, “¡No, no! ¡Ella! ¡Ella!”

“Joven, yo no puedo hacer esto, solo un sacerdote tiene el poder para perdonar los pecados.”

“¡Imposible! ¡Ella y solo ella escuchara la confesión de mi Martino!”

Solo después de un buen rato, la anciana pudo entender y aceptar la respuesta. La Hermana Francisca misma preparó al joven para la confesión y finalmente lo llevó al sacerdote.

Las pobres madres Negras deseaban entregar a sus hijas, a quien amaban tanto, a las Hermanas. Un día, una de estas madres vino a ver a la superiora junto con su bella hijita de cuatro años y le dijo, “Por favor cómpreme a mi pequeña Juviana; quiero que esté solo en sus manos.” Pero a pesar de su fervorosa petición las Hermanas no podían comprarle a la encantadora Juviana de pelo enrizado y ojos melancólicos.

Fue después que la Madre Caridad adoptó a la atractiva Pastora Palacio a quien llevó, consigo en su siguiente viaje, a Europa dejándola en el convento de María Auxiliadora donde recibió una buena educación y formación que la prepararon para una mejor vida en el mundo.

La fundación en Barbacoas no duró mucho. Fundada en 1895, tuvo que cerrarse en 1899 a causa de una Guerra religiosa que se desató en el sur de Colombia la cual imposibilitaba la comunicación entre la costa y las planicies. La mayor parte de las provisiones eran enviadas a los soldados en los campos de Tumaco; haciendo imposible que las necesarias provisiones llegaran a las gentes de los pueblos vecinos. Ellos estaban completamente aislados y sus necesidades aumentaban día con día.

La Madre Caridad vivía en Túquerres y sufría inmensamente por sus Hermanas en Barbacoas. Ella sabía muy bien lo tanto que sufrían en ese clima malsano y como estaban necesitadas de lo más indispensable. No podía enviarles nada, ni siquiera una carta para consolarlas y aconsejarlas.

La Madre Agnes, co-fundadora de la misión en Barbacoas y superiora de la fraternidad comentaba esto durante la clausura de la casa: “Tres semanas antes del ataque, sospechábamos el peligro, pero seguimos trabajando como siempre en la escuela. Sin embargo, preparamos tres

baúles para luego colocar allí las cosas más necesarias, mientras que los ornamentos y los vasos sagrados los guardamos en una maleta especial.”

Pocos días antes que se desatara la persecución, cuatro sacerdotes Capuchinos llegaron a nuestro convento en Túquerres y permanecieron allí hasta encontrar una oportunidad para continuar su viaje hacia Nicaragua. Una mañana mientras comían el desayuno junto con el Padre Silvestre Suva, quien había seguido a Monseñor Schumacher en su huida a través bosques vírgenes y quien había permanecido en Túquerres para remplazar al capellán de las Hermanas, entró al comedor el inspector de la escuela el Señor José María Salazar, padre del gobernador de Pasto, y se dirigió a hacia los sacerdotes.

"Nosotras, las tres Hermanas, pensando que el inspector venía a inspeccionar la escuela, sin haber desayunado, nos dirigimos a la escuela para preparar a los niños y esperar, pero el Señor inspector nunca llegó. Pasada una hora, los sacerdotes junto con el inspector se fueron".

El capellán me llamó a la consejería y me dijo con voz decisiva, “Tenemos que huir, inmediatamente. ¡En todo caso hoy mismo! El enemigo se encuentra al otro lado del río listo para tomar el pueblo. Tenemos a nuestra disposición solo 25 soldados, pocos para todo este peligro.” Despedimos a los niños con la excusa de que la tarde la tenían libre.

Empacamos lo necesario en los tres baúles y los dejamos al cuidado de una buena familia. Al medio día, las primeras tres Hermanas dejaron el convento a pie, lo que no fue fácil en ese clima tropical. La Hermana Josefa y yo nos quedamos para empacar el resto de las cosas y preparar algunos alimentos para los refugiados. Nuestro capellán se encargó de terminar de cerrar las maletas y entregárselas a la familia ya mencionada una vez que hubiera consumido todas las hostias consagradas; esto a la vez no llamaría tanto la atención. Eran las tres de la tarde cuando nosotras también dejábamos nuestro querido convento. Cada una cargaba un pequeño bulto con comida y algo de dinero.

El dejar la casa en Barbacoas fue algo muy triste y doloroso. La gente del pueblo casi ni se enteró de lo que sucedía. Los adultos junto con los niños rodearon el convento y lamentaban la partida de las Hermanas. Tuvimos que ser firmes con ellos y mandarlos a sus casas.

Al atardecer, al pasar por la casa de una señora, generosamente no ofreció cinco huevos los recibimos con gran gusto fue entonces que nos dimos cuenta que no habíamos comido nada en todo el día.

Era ya de noche cuando nos encontramos con las Hermanas que nos habían precedido. Llegamos a tiempo para testimoniar una gran tragedia. Los guardias del partido conservador no reconocieron a las Hermanas en la oscuridad y las Hermanas de su parte no tenían idea de que fuera el ejército y no dieron respuesta al llamado insistente de los guardias; entonces uno de los soldados gritó, “¡Fuego!” “¡Fuego!” En ese momento una de las Hermanas con voz fuerte grito, “¡Somos unas madrecitas!” Los soldados bajaron entonces sus rifles, estupefactos al considerar el accidente que hubieran causado.

Los dueños de una pequeña choza recibieron a los sacerdotes y Hermanas. Momentos después llegaron también el inspector de la escuela, el prefecto y los 25 soldados.

Durante la noche, el enemigo entró a Barbacoas y tomó posesión de la plaza. A las 5:00 de la mañana se escuchaban los disparos. ‘¡Llegan los radicales!’ era el grito que se escuchaba por todas partes. En momentos de segundos todos, sacerdotes, Hermanas, autoridades y soldados, confundidos y llenos de temor, empezamos de nuevo nuestra huida. Este trecho duro cinco horas, subiendo hasta el pequeño pueblo de Buenavista. Aquí permanecieron los soldados, los sacerdotes y las autoridades para esperar la ayuda de los soldados que habían pedido en Túquerres.

Los padres Capuchinos prestaron a las Hermanas dos de sus caballos para que cabalgaran parte del camino. Al cuarto día se encontraron con el Padre Hecker, capellán de las Hermanas en Túquerres, quien había sido enviado por la Madre Caridad con provisiones, comida y caballos, para las Hermanas. Al día siguiente, muertas del cansancio a causa de la angustia y las tribulaciones, llegaron a la planicie de Túquerres, y pronto se encontraron frente a la puerta de su querida Casa Madre llenas de alegría.

Los soldados del partido conservador retomaron a Barbacoas pero el enemigo regresó con más fuerza privando al pueblo de todo tipo de provisiones. Muchos murieron de hambre y disentería, finalmente incendiaron todo el pueblo.

La Madre Caridad agradecía a Dios constantemente por haber salvado a las Hermanas de tan grave peligro, ellas hubieran perecido en Barbacoas.

## ENTRE LA LLUVIA DE BALAS

Al sur de Túquerres, a una distancia de siete horas, a la orilla de su planicie, se encuentra, el pueblo de Ipiales, un pueblo de habitantes activamente espiritual. De allí la frontera con Ecuador está muy cerca. Fue en este lugar que en el año 1897 las Hermanas Franciscanas abrieron un instituto para niñas, también, a petición del párroco, ellas enseñaban en la escuela pública. Sin embargo, la instrucción religiosa tuvo que ser descontinuada ya que la guerra civil amenazaba también en esta región.

La Madre Caridad, siempre dispuesta a prevenir el mal, puso a las Hermanas a la disposición del gobierno para cuidar a todos los soldados heridos en Ipiales al igual que en Túquerres. En estos dos lugares las escuelas y los conventos se convirtieron en hospitales militares en los cuales en lugar de encontrar niños alegres se encontraban soldados heridos. Aunque por el momento el convento en Túquerres contara con pocas Hermanas, la Madre Caridad, en su celo por ayudar, mandó algunas Hermanas para Ipiales, donde la necesidad era mayor. Mandó con ellas a la mejor enfermera, la Hermana Josefa, quien serviría como guía.

Los heridos que se recogían de los campos sangrientos de ambos grupos Conservadores y Liberales se los llevaban a las Hermanas. Ellas aceptaban a todos con el mismo amor y hacían por ellos todo lo que podían. Ya que el gobierno no estaba en condiciones para proveer lo más necesario, las Hermanas cedieron sus colchonetas de paja, algunos de sus vestuarios y hasta sus alimentos. De sus mandiles cosían camisas para los soldados y de sus pañuelos, vendas para los heridos. Ellas permanecían con sus pacientes día y noche para dar alivio a sus cuerpos y consuelo a sus almas. Ya fuera que los cañones retumbaran, que las balas zumbaban sobre sus cabezas, a veces agujerando sus hábitos, los ángeles de la misericordia permanecían valientemente en sus puestos.

En Túquerres, también, las misioneras mostraban el mismo amor a los soldados durante los tres años que duró la Guerra civil. Aunque allí no se hubiera desatado ninguna batalla.

La Madre Caridad comentó de un soldado que llegó al hospital diciendo, “Traía un escapulario en su pecho lleno de agujeros causados por las balas. Con entusiasmo, como si estuviera todavía en la batalla el relataba como una bala traidora se escuchó en el aire y chocó contra su pecho. El creía que la hora de su muerte había llegado, “pero vea, solo hizo un agujero en mi escapulario y a mí no me hizo ningún daño.”

Los soldados estaban profundamente agradecidos por la bondad de las Hermanas. Ya que habían aprendido a conocerla por su caridad heroica y su constante dedicación se dejaban instruir, como niños, en la práctica de la virtud. Todos los que fallecían allí, pedían la recepción de los sacramentos y deseaban morir en paz con Dios, aun los que había pertenecido al grupo de los Liberales y luchado contra la Iglesia. Solo uno, que venía de la Isla de Corsica y odiaba a los cristianos, rehusó aceptar la gracia de Dios y los sacramentos de la Iglesia.

A finales del Segundo año, los revolucionarios decidieron atacar al pueblo de Ipiales. Al escuchar de lo que se aproximaba, las Hermanas prepararon a los enfermos para la huida. Empezaron la huida a la 1:00 de la mañana en dirección a Túquerres. Era una triste y larga caravana. Unos viajaban a caballo o en mula; otros en camillas o a pie. Llegaron a su destino después de tres días de viaje. La primera tarde llegaron a Pupiales, donde deseaban pasar la noche para descansar. Pero esa misma tarde se desató la guerra entre los dos partidos. Una de las Hermanas que compartía la misma angustia de la gente participo en la lucha. Un testigo que presenció este incidente nos relató lo siguiente:

“El partido Conservador ya se retiraba cuando algo inesperado pasó. Las mujeres de Pupiales se habían reunido en el pueblo. Sus vestidos, a la distancia, parecían uniformes. Los niños con banderas en las manos caminaban al lado. Las mujeres cargaban con lo que encontraban como armas: palos, piedras, u otros utensilios y gritaban a una voz, “Viva Cristo.” El enemigo pensando que un nuevo ejército se acercaba empezó a huir. Muchos murieron en los pantanos situados en las afueras del pueblo. Así fue que las mujeres creadoras y valientes junto con los niños de Pupiales ganaron la victoria contra los enemigos de la Iglesia.”

Dos semanas después Ipiales obtuvo su libertad y los refugiados regresaron por donde habían huido siendo acogidos con gran alegría. Las Hermanas por su parte, encontraron el convento en ruinas. Todo lo que habían dejado se lo habían llevado y el resto destruido.

El cuidado de los soldados no solo exigía mucho trabajo sino también vidas. Se desató una epidemia de fiebre tifoidea y de varicela entre los soldados. Tan pronto supo la Madre Caridad de la situación, se apresuró a Ipiales. Encontró a sus Hermanas con altas fiebre y a otras inconscientes. El resto de las Hermanas que se mantenían en pie, tuvieron que multiplicar sus esfuerzos para cuidar no solo a los soldados sino también a sus Hermanas.

La Madre Caridad cuidaba de todos, proveía alimento y vestido a sanos y enfermos sin poder prevenir la muerte. Pronto las Hermanas enfermas fueron entregando su vida una tras otra: las Hermanas Coleta, Josefa, y Filomena. Cuatro de las otras Hermanas quienes durante varios meses se debatían entre la vida y la muerte finalmente se recuperaron. Los soldados se lamentaban de la muerte de las Hermanas diciendo: “Hemos perdido en ellas a nuestras verdaderas madres.”

Mientras que nuestra fundadora cuidaba y consolaba a sus hijas en Ipiales, otras Hermanas en Túquerres cayeron víctimas de la epidemia. Contactaron a su superiora por telegrama, el alejarse de sus Hermanas enfermas fue para ella muy difícil. Suplicaba a Dios que no se llevara a todas sus hijas. “Dios mío,” repetía, “Ya te has llevado a tres; ¡ten piedad de mí!” y cargaba con admirable resignación la cruz que Dios Todopoderoso le permitía llevar.

Pronto ante su puerta se presentó otra gran pérdida. El Padre Herbrand, quien había servido como capellán en el ejército del gobierno, ahora yacía al borde de la muerte víctima también de la fiebre tifoidea. Esta nueva tribulación fue para la Madre Caridad como un mar de angustia y temor ya que sabía lo importante que era para la nueva y creciente congregación este director espiritual. En agonía, se postró bajo los pies de la estatua de san José en la capilla, y prometió, con el acuerdo de sus Hermanas, rezar para siempre en todas las fraternidades la “Coronilla de los dolores y gozos de san José” en favor de la salud de su Padre espiritual. Una de las Hermanas relató lo siguiente:

El Padre Herbrand ya se encontraba en agonía. El Señor Obispo Schumacher y los otros sacerdotes que habían llegado del Ecuador, lo asistían. Entristecida, la Madre Caridad se retiró de la cama donde yacía el enfermo. Cuando la necesitábamos urgentemente la busqué por toda la casa y finalmente la encontré en la capilla. En mi ansiedad en alta voz la llamé por su nombre pero no recibí ninguna respuesta. Fue entonces que la vi arrodillada frente al altar de san José, en profunda oración. La llamé repetidas veces pero no se movía. Esperé un poco, lo que pareció una eternidad. Una vez que hubo vuelto en sí, se movió, se puso de pie y seriamente dijo, “Vamos.” Y avanzamos en silencio. Cuando entró a la recámara donde se encontraba el sacerdote moribundo se dirigió hacia Monseñor Schumacher y le pidió que aprobara la promesa que acababa de hacerle al padre putativo de Jesús. Monseñor Schumacher la aprobó después de haber escuchado la explicación de la Madre Caridad. Desde ese momento la muerte se alejó del Padre Reinaldo y empezó a mejorar. El cielo había escuchado su petición y su promesa; promesa que hasta el día de hoy se realiza en todo la Congregación.

Veinte años más tarde, algunas de las Hermanas en Ipiales fueron al cementerio a visitar y a limpiar las tumbas de las Hermanas difuntas en ocasión de la Fiesta de todos los Fieles Difuntos. Para su sorpresa, ellas encontraron las tumbas limpias y adornadas con flores frescas. Dos soldados en silencio permanecían cerca de las tumbas. Ellos notaron el asombro de las Hermanas, se acercaron y les dijeron, “Queridas Madrecitas, hace 20 años nos encontrábamos heridos en Lazaret y fuimos asistidos por las Hermanas. Nosotros nos recuperamos pero ellas murieron, por eso es que venimos a adornar su lugar de reposo. Esto es solo una pequeña expresión de nuestra gratitud.”

La guerra civil en Colombia no fue la única situación en la cual la Madre Caridad dispuso de las Hermanas para ayudar al gobierno. Durante la Segunda Guerra Mundial, cuando Panamá y los Estados Unidos estaban en peligro de ser invadidos, las Hermanas de la casa principal en Panamá preguntaron a su fundadora que hacer en caso de que se presentara alguna necesidad. Ella contestó:

Ofrezcan sus casas al gobierno para el cuidado de los soldados heridos. Tenemos que estar siempre preparadas y disponibles para ayudar al pueblo que nos ha acogido; ayudarles en sus necesidades y en el desarrollo de sus intereses como los hicieron nuestras Hermanas en una de tantas noches tristes del año 1899 cuando tuvieron que huir de Ipiales a Túquerres, junto con todos los soldados heridos pasando la noche en el pueblo de Ipiales.

## PUPIALES

Este pueblo está situado entre Ipiales y Túquerres. La gente del pueblo de Pupiales las recibió y las dejó hacer uso de un gran edificio. Nadie pensaría entonces que esa casa sería nuestro convento cuando el 22 de octubre de 1905, abríamos una escuela para niñas en ese lugar.

El ideal de Madre Caridad para cada fundación fue la educación cristiana de la juventud, la formación religiosa y moral para hacerlos fuertes y firmes para contrarrestar a los enemigos de la Iglesia quienes estaban determinados a ganarse a los jóvenes. La Madre Caridad luchaba para mantener a los jóvenes puros; para protegerlos y guiarlos; para incorporarlos en el Reino de Dios y hacer de ellos miembros activos y alegres en este mundo y en la eternidad. Se preocupaba por las necesidades de cada fundación y les mandaba ayuda para el convento y la escuela. Con frecuencia escribía a las Hermanas dándoles su consejo maternal y sabias instrucciones para la buena administración de la escuela y para la vida espiritual de cada una. Muchas veces, cuando las Hermanas menos lo esperaban, la Madre Caridad aparecía como una buena madre entre ellas.

Esto pasó poco meses después de la fundación en Pupiales. Mientras que la Madre Caridad saludaba al párroco, la alegría de las Hermanas, quienes se regocijaban por la visita inesperada, se hizo sentir en el piso superior de la casa olvidándose totalmente de la presencia del sacerdote quien se encontraba en el piso de abajo.

El sacerdote por su parte le comentó a la Madre Caridad, “Me sorprende que las Hermanas reciban a su superiora con gran alegría.” Este comentario desarmó a la apenada Madre quien ya tenía la intención de corregir a las Hermanas por su ruidoso comportamiento. No pudo contener el impulso de compartir con sus Hermanas el gozo franciscano. La misión de Pupiales fue destruida por un terremoto, pero fue reconstruida con la generosidad de tanta gente.

## LAS LAJAS

Desde Ipiales, a casi dos horas de viaje, se encuentra, incrustado en la montaña y al lado del turbulento Rio Guaitara, el famoso Santuario Mariano de América del Sur. Cada año miles de piadoso peregrinos llegan a honrar a la Santísima Virgen y pedirle su ayuda y protección.

En la cima de la montaña se encuentra el pequeño pueblo de las Lajas. Allí, la Madre Caridad fundó una misión en el año 1906, en primer lugar, en honor a la Santísima Virgen y en segundo, por el bien de los pobres de la región montañosa, quienes son considerados totalmente como ignorantes. Poco después de la apertura de la escuela algunos pobres campesinos vinieron y dijeron a las Hermanas, “Su escuela no sirve para nada; queremos llevarnos a nuestros hijos. Ya llevan tres días, y algunos casi ocho y todavía no saben ni leer ni escribir.”

A las Hermanas les costó muchos esfuerzos para hacerles entender que el aprendizaje se toma mucho tiempo y el progreso aún más.

Las Hermanas en Las Lajas cuentan con una oficina para dedicarse al cuidado del santuario. La Madre Caridad asignó a una Hermana y a su ayudante solo para esta tarea. También ofrecen hospedaje y alimento a los pobres peregrinos. Un día, llegó la Madre Caridad a Las Lajas y después del caluroso saludo dijo a sus Hermanas, “Esta vez no vengo a verlas a ustedes; he venido para estar con la Santísima Virgen. Quiero permanecer a sus pies como el

amigo necio en el Evangelio. Tengo muchas cosas que pedirle e implorarle que me conceda lo que le pido.”

Permaneció al pie del altar durante todo el tiempo rezando mil Ave Marías, lo que suele hacer cada vez que viene a implorar a la Reina del Cielo.



## ENTRE SEMBRADOS DE NARANJOS Y BANANOS

Cuando uno viaja hacia el noreste desde Túquerres, se encuentra con la ciudad de Samaniego a unas nueve horas de tiempo. Está situada en un hermoso valle rodeado de altas montañas.

Aquí la naturaleza se encuentra entre uno de los lugares más bellos creados por Dios. Pequeños bosques de árboles de naranjo y grandes plantas de bananos crecen al lado de las plantaciones de caña de azúcar; de hermosos campos y bosques oscuros sembrados por la misma naturaleza.

Con frecuencia uno encuentra lugares donde se procesa la caña. Un par de bueyes continuamente circulan alrededor de las maquinas, mientras que los trabajadores que dirigen el trabajo cantan alegremente. Miles de abejas vuelan sobre el dulce jugo. Pájaros tricolores se regocijan entre los árboles y arbustos.

Por aquí y por allá se asoman sobre los árboles y arbustos los techos de las casitas del campo. Pequeños senderos llevan hacia donde trabajan los mestizos con sus caballos y mulas. Columnas de humo se levantan por los campos durante la época que se preparan las tierras para los sembradíos.

En lo profundo del valle corre una riachuelo en el cual un sin número de peces se regocijan alegremente.

La casa donde vivía el Señor Obispo Schumacher se encuentra a un lado del pueblo, en medio de un bello jardín, en donde abundantemente crecen los arboles de limón, naranjos, bananos y café y en donde se maduran las jugosas brevas y los ajís. Allí también florecen el algodón y el tabaco. Y donde miles de narcisos y rosas de muchos colores intoxican el aire.

En este paraíso el Señor Obispo había destinado un pequeño edificio a la Madre Caridad. El deseaba que las Hermanas vivieran allí para hacer florecer su misión instruyendo a la gente y cuidando de los enfermos. Lugar donde, durante las vacaciones, la Madre Caridad podría mandar a las Hermanas maestras a recobrar nuevas fuerzas y prepararse para el siguiente año escolar.

Sin embargo, al principio, este paraíso no estaba exento de persecuciones. Durante la guerra religiosa del año 1899, un grupo de Liberales llegó a Samaniego con el fin de asesinar al Señor Obispo Schumacher. El enemigo abrió fuego a toda la casa. En ese tiempo solo dos Hermanas vivían allí. Mientras que los rifles disparaban y por doquier las balas volaban, la Hermana Celestina corrió hacia la capilla, abrió respetuosamente el sagrario, y tomando las hostias consagradas en el copón las escondió junto con los cálices para evitar que fueran profanadas; después corrió hacia su compañera, quien se encontraba enferma, y escaparon mientras que la valiente población ahuyentaba al enemigo.

Después de la muerte del Señor Obispo Schumacher, la Madre Caridad adquirió la casa para las Hermanas y asignó la escuela de niñas a ellas. Destinando a una Hermana para continuar las obras de caridad del Señor Obispo y cuidar de los enfermos.

Desde entonces hasta ahora, los enfermos llegan a esta casa de la misericordia cristiana. Llegan enfermos de malaria u otras enfermedades tropicales; obreros que hayan sufrido un accidente en las máquinas de la caña; otros mordidos por una serpiente o un escorpión o que sufre cualquier aflicción física. Todos ellos encuentran alivio a sus males por el cuidado amoroso que se les brindaba en la ausencia del médico.

Además del trabajo de cada día de las Hermanas Franciscanas en Samaniego, también se dedicaban a la apicultura. Tiempos antes cultivaban el gusano de seda. La introducción de ambas industrias en la región se le acreditó a la Madre Caridad. Ella trajo consigo la primera colmena de abejas desde Cartago hasta el norte de Colombia. ¡Imagínese! un viaje de tres semanas a caballo entre montañas y valles en medio de caminos ásperos y estrechos cargando con la colmena de abejas.

Ella no pensó hacer negocio con la miel sino que le interesaba la esperma para su Amado Redentor presente en el sagrario.

Ella también trajo desde Cartago el gusano de seda y dio instrucciones exactas para el cultivo de los árboles de mora, los cuales les servían de alimento. Aunque este tipo de industria era muy primitiva en esta región, las Hermanas adquirieron una buena calidad de seda para hacer las casullas y otros ornamentos litúrgicos. La Madre Caridad jamás pensó en la fabricación de telas finas más bienle preocupaba que los servicios religiosos fueran digno para Dios.

Cuando llegaba la Madre Caridad a visitar a las Hermanas en Samaniego toda la población se daba enteraba de su llegada. Sus amigos venían de lejos y de cercas, hasta de las montañas, para saludarla. Ellos nunca llegaban con las manos vacías. Algunos traían papas; otros bananos. Las señoras traían granos de azúcar y canastos llenos de naranjas, deliciosas brevas y hermosas piñas. Todos se regocijaban cuando sus regalos eran bien recibidos.

La Madre Caridad, como buena madre, por su parte no se dejaba ganar en generosidad. Habría pocas familias en Samaniego que no recibieron de ella algún escapulario, un rosario, una tarjetita de un santo o algún otro recuerdo.

Ella, también tuvo la gran alegría de haber inspirado a algunas jóvenes deseosas de ingresar a nuestra comunidad en Túquerres.

Una de ellas era la hija de un mártir que en el año 1899 dio su vida en defensa del Señor Obispo Schumacher. El Señor Obispo pudo huir del pueblo antes de que llegara el enemigo y se refugió durante tres días y tres noches en la choza de un pobre campesino entre las montañas. La choza estaba escondida bajo un sembradío de árboles de naranja. Al deleitarse uno entre los cantos de los pájaros y las piruetas de los colibríes que brincaban de flor en flor, nadie sospecharía que debajo del techo de pajas de aquella choza se escondiera un obispo que temía por su vida.

Después de un tiempo, tres mujeres que vivían en esa choza ingresaron a la comunidad religiosa en Túquerres y fueron incorporadas, por la Madre Caridad, a nuestra familia franciscana. ¿No es de maravillarse como el cielo recompensó a este pobre campesino por los tres días que protegió al Señor Obispo haciendo que tres de sus hijas recibieran la gracia de la santa vocación a la vida religiosa?

## AL PIE DEL VOLCÁN

Desde Túquerres a unos dos días y medio de viaje se encuentra Pasto, la capital del departamento de Nariño, sede del Señor Obispo de la diócesis. Ciudad que se encuentra al pie del volcán Galeras y el cual se eleva a 4,000 metros sobre el nivel del mar un volcán que en tiempos anteriores fue muy activo. Ya no eructa lava sino que de vez en cuando emite ardiente cenizas desde su cráter. Frecuentemente se sombrea de gruesas nubes negras revistiéndose luego con blanca nieve. A veces se violenta haciendo que los cimientos de las casas tiemblen peligrosamente.

Antes de entrar a la ciudad de Pasto uno encuentra anchos campos de tierra junto con sus caseríos protegidos por las cordilleras de los Andes. La población de Pasto es muy piadosa. Es una ciudad con bellas Iglesias, capillas y monasterios. Está situada a 2,800 metros al nivel del mar y goza de un clima saludable.

Fue aquí que la Madre Caridad fundó, como respuesta al deseo del Señor Obispo Moreno, el Liceo de la Merced el 29 de abril de 1905. Es aquí que las hijas de Pasto son educadas; es aquí que, quien lo desee, puede obtener un diploma para la educación o para la administración.

El Señor Obispo Moreno, quien es honrado por la gente como santo y cuyo proceso de beatificación se ha iniciado, bendijo el colegio y asigno para las Hermanas al Doctor Rosero como su maestro de religión y capellán. La última homilía dada por Monseñor Moreno fue dirigida a las Hermanas en la capilla de la Merced. En la homilía, Monseñor comparó la vida religiosa de las Hermanas con el estigmatizado San Francisco de Asís. Después, viajó a España por motivos de salud donde recibió una peligrosa cirugía que le causó la muerte. Cuando la noticia de su muerte llegó a oídos de todos en Pasto (Agosto 19 de 1906), una grande tristeza inundó el corazón de la Madre Caridad y de todos en el Liceo ya que para ellas el Señor Obispo Moreno había sido un verdadero líder y un amigo muy fraterno.

Un personaje muy respetado del departamento, el Dr. Ignacio Rodríguez Guerrero, alabo las actividades del Liceo con las siguientes palabras:

Los éxitos que el Liceo de la Merced ha adquirido son obvios para todos; y no soy el único que alaba sus grandes actividades. Todos ustedes, en especial aquellos que han enviado a sus hijos a este instituto, han sido inmensamente enriquecidos, tanto así que su generosidad jamás podrá pagar los beneficios recibidos, o su gratitud jamás los podrá eximir de sus obligaciones por el aprecio que tienen hacia este instituto.

Es aquí donde encontraremos ejemplos de virtudes heroicas, virtudes que ayudan a renunciar libremente a todos los placeres de la vida para dedicarse al servicio de su prójimo, como lo hacen estas Hermanas.

Es aquí donde se educa en la escuela de la voluntad; es aquí donde uno encuentra el amor y los ojos celosos y vigilantes de una madre. Es aquí donde cada uno de los estudiantes recibe, a diario, verdaderas lecciones de obras de caridad.

Aquí uno encuentra la gozosa sonrisa de la juventud, esa santa alegría que marca el convento como colmenas de abejas que cantan un himno de alabanza, diligencia y esperanza para el futuro...

Era exactamente en estos centros educativos donde la Madre Caridad insistía en la ejecución de su principio, “Todas las Hermanas deberán perfeccionarse en las ciencias de la Gloria de Dios y el bien de la Iglesia.” Mucho de lo que se introdujo en sus institutos para el crecimiento de la educación y de las virtudes tiene sus raíces en el espíritu de su iniciativa. Es por esta razón que ella animó para que se abrieran museos en sus escuelas logrando que de esta manera la enseñanza fuera más interesante y realista. Algunos de estos museos son los mejores en Colombia ellos contienen alguno de los artículos más valiosos y antiguos que datan desde los primeros colonizadores llegados a América

En el año de 1928, la Madre Caridad cambió la Casa Madre en Túquerres a Pasto por razones que se mencionaran luego. A solo 15 minutos del Liceo de la Merced a las orillas de la ciudad, Maridíaz, la nueva Casa Madre se construyó progresivamente en medio de un bosque de verdes arboles de eucalipto que competían con el verde oscuro de los campos. En este gran edificio se pueden hospedar hasta 200 Hermanas durante el tiempo de las vacaciones y los retiros anuales. Es aquí donde el gobierno general de la congregación tiene su sede.

En otro lado del edificio se forma a las novicias para la vida religiosa y se les prepara como futuras educadoras. Aquí las Hermanas ancianas y enfermas, muchas de las cuales han sacrificado sus fuerzas y su salud en tierras calientes y de misión, encuentran un hogar placentero en sus últimos días de vida.

Algunos años después de la fundación de Maridíaz, el colegio para las educadoras en el Liceo de la Merced fue ubicado en una parte adicional del edificio de la Casa Madre pues se necesitaba más espacio para el Liceo ya que el número de los estudiantes había aumentado. Aun más, se inició una escuela primaria en donde las futuras educadoras pudieran realizar sus prácticas. Esta escuela recibía a los niños pobres de la región la cual estaba completamente financiada por el convento. Hasta 200 estudiantes recibían la educación gratis.

También en este edificio las Hermanas ofrecen a diez grupos las clases de religión cada domingo. Para animar la constante presencia de los niños, las Hermanas preparaban vestidos y otras cositas como regalos de Navidad. Las Hermanas preparaban grupos numerosos de niños para la Primera Comunión proveyéndoles el vestuario sencillo para la ocasión. Es aquí donde muchos pobres reciben su alimento diario. En la mañana se les ofrece café y pan; al medio día reciben una sopa muy substancial. Este es un trabajo social según el espíritu de la Madre Caridad como lo veremos más tarde.

## A ORILLAS DEL LAGO CONSTANCIO (BODENSEE)

A las candidatas suizas deseosas de ir a Sur América como misioneras, se les recibía en el Convento de María Auxiliadora. Allí, se les probaba su vocación y eran introducidas a la vida religiosa. Pero como las vocaciones de Suiza, Alemania y Austria aumentaban, la Madre Caridad no consideraba propicio que las Hermanas de María Auxiliadora cargaran con la responsabilidad de hospedarlas. Y como las postulantes tenían que ser introducidas al idioma español, a las costumbres y a las culturas sudamericanas, se presentó la necesidad de abrir un convento misionero.

En 1905, el capellán de las Hermanas en Túquerres, el Padre Herbrand, viajó a Suiza. Un día estando en el recibidor del convento María Auxiliadora, se encontró con el Señor Joseph Federer, un laico con un gran celo apostólico. Durante la conversación, el Padre Herbrand mencionó que la razón de su viaje a Europa era para abrir una casa donde se situaría el futuro postulante para las Hermanas de Túquerres, y a la vez expresó su preocupación por la falta de dinero para realizar dicho proyecto, y también su inmensa confianza en san José.

El hombre aconsejó sabiamente al misionero de contactar al santo párroco de Tübach, el Padre Killan Bächtiger, a quien, en muchas ocasiones, de diferentes partes del mundo se le pedía la ayuda física, material y espiritual. El padre Herbrand se dirigió a Tübach, no lejos de Altstätten. El pequeño pueblo de Tübach se encuentra a la sombra de bellos campos de árboles frutales. Al pasar por la iglesia, vio una estatua de san José entre un nicho de la casa de enfrente. En ese momento pensó para sus adentros diciendo, “Esta es la casa para las postulantes.” Estaba convencido que el poderoso padre putativo de Jesús lo ayudaría y fervorosamente le pedía su ayuda.

En la casa parroquial, el Padre Herbrand fue cordialmente recibido. Al escuchar el motivo de la visita y considerar la preocupación del Padre Herbrand el Señor Párroco dijo, “Casualmente la casa de enfrente esta de venta y yo tenía la intención de comprarla para hospedar a muchos de los que vienen a buscar mi ayuda, pero creo que también se podría comprar para el propósito que usted tiene en mente.”

El Padre Bächtiger había recibido un préstamo de 10,000 francos de una anciana devota con el cual compró la casa de san José. Poco después, inesperadamente, la mujer reclamaba el dinero. Preocupado, el Padre Bächtiger fue a buscar una oportunidad para conseguirlo. En la estación del tren en Horn, se encontró con el antes mencionado, el Señor Federer, quien notando el rostro angustiado del sacerdote le preguntó la razón de su angustia:

“¿Cuánto necesitaría?” Preguntó el Señor Federer.

“Diez mil francos.”

“Qué raro...tenía en mente depositar algún dinero en el banco para una buena causa. Ahora ya lo sé. Aquí lo tiene, tómelo.”

Con estas palabras, introdujo su mano en el bolsillo y sacó un rollo de billetes. Profundamente sorprendido, el Padre Bächtiger lo recibió. Eran exactamente los 10,000 francos que él necesitaba.

Mientras tanto, en la lejana Colombia, la Madre Caridad, junto con sus Hermanas rezaba constantemente por el buen éxito de la importante tarea de su capellán. Acababa de terminar una novena en honor a san José cuando recibió la alegre noticia de la donación. No lo podía creer, así lo escribió en la carta a las Hermanas en Altstätten, “Me dirigí hacia el Santísimo Sacramento y lloré de alegría. Agradecemos, no solo a nuestro Señor, sino también a nuestro intercesor san José por este gran favor.”

La Madre Caridad viajó luego a Europa. Llegó a Tübach el 9 de Abril de 1908 para organizar la casa de san José. Ya en ese mismo año, el 1 de Noviembre, viajó hacia América con 12 candidatas quienes habían sido formadas y examinadas en esta casa. La Madre dejó como directora y superiora a la Hermana Agnes Danner de Balgach con quien había viajado desde Túquerres. Le encargó la tarea de introducir a las jóvenes candidatas en la vida religiosa misionera y a la vez probar su vocación. Ya que las Hermanas no tenían apostolados en Europa, todas las candidatas tenían que ser formadas como misioneras para luego viajar a Colombia.

En poco tiempo, la casa de san José se hizo muy pequeña. En 1933 las Hermanas Franciscanas, con la ayuda del Señor Obispo Scheiwiler y los sacerdotes Höfliger y Oesch, adquirieron el inmenso y antiguo Castillo de Wartensee que se remonta al siglo 13 y está situado en la colina de Rorschacherberg. En tiempos pasados, a este castillo se le relacionó con el monasterio Benedictino de san Gall. Ahora está al uso de la parroquia. Es aquí donde las Hermanas Franciscanas abrieron el noviciado.

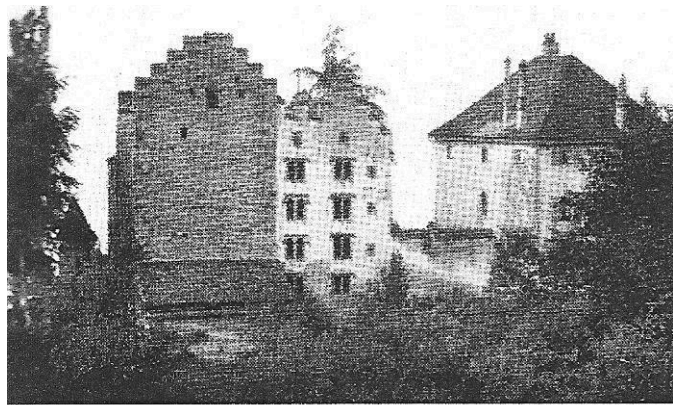
Desde la cima de las Montañas Rorschacher, se divisan los campos llenos de árboles frutales entorno al lago Bodensee (Lago Constancio), donde los barcos de vapor y las canoas flotan como semillas sobre sus aguas azules; donde los pescadores en sus grandes lanchas tiran sus redes para la pesca. Con admiración, los ojos se deleitan con los bellos pueblos de Rorschach y Arbon. También a través el lago se divisan los pueblos de Lindau y Friedrichshafen y demás pueblitos que adornan las costas del lago hasta Alemania. En especial, en las mañanas y los atardeceres de días hermosos, uno no se cansa de contemplar esta galería hermosa que reflejan el poder y bondad de Dios.

El Castillo de Wartensee, ahora dedicado a Santa Teresita del Niño Jesús, es el lugar donde se prueba la vocación de las futuras misioneras y donde se les enseña el idioma y otras materias. La mayoría de las jóvenes postulantes esperan ansiosas el día de gracia en que dejarán su querido país y todo lo demás para ir en pos de su esposo celestial hacia Colombia sacrificándose completamente a Él, conscientes de sus palabras, “Quien quiera que deje padre o madre, hermano o hermana, casa y hogar por amor a mí se le restituirá el ciento por uno y la vida eterna.” Por lo regula, las candidatas pasan uno o dos años de preparación en Wartensee para luego continuar con su noviciado en Pasto, donde profesarán sus votos.

Al frente del antiguo Castillo se levanta un gran árbol de cedro con sus profundas raíces que desafían cualquier tormenta y sus majestuosas ramas. Aunque haya visto pasar siglos, no ha perdido sus finas y delgadas agujas y sigue dando sus bellos frutos; los conos de cedros.

Este pino es el símbolo de la Madre Caridad, quien pasó por aquí en el año 1935. Como fundadora de una congregación misionera, ella permanece en pie como este pino, con sus profundas raíces descansando sobre el suelo de la fe y el cual ninguna tormenta puede derribar. Sus ramas de virtud llegan muy alto las cuales producen ricos frutos. Su congregación,

al igual, se asemeja a este cedro que brotó de una pequeña semilla, y sigue desarrollándose. Sus Hermanas y estudiantes se han expandido para producir frutos que agradan a Dios.



Missionsschule Wartensee  
Rorschacherberg (St. Gallen)

---

Escuela Misionera en Wartensee  
(Casa del Postulantado)

## AL CENTRO DE COLOMBIA

Al centro de Colombia, el Río Cauca divide a lo largo la inmensidad de una tierra plana. A sus lados se divisan las cordilleras de los Andes. Se sitúa en la zona del clima templado y es conocido por sus frutos. Se pueden ver inmensas tierras ganaderas, plantaciones de café, azúcar, piñas, naranjos, bananos y algodón, al igual que sembrados de tabaco, intercalados por altas palmeras. Entre los sembrados se encuentran los pueblos y rancherías. De todos estos solo mencionaremos a Cartago.

De este pueblo salió el Señor Obispo Perea, llamado el “Sabio” obispo de Pasto. Allí aprendió a conocer a las Franciscanas suizas. El deseaba tener a las hermanas en su pueblo natal y se dirigió a la Madre Caridad con este propósito.

En el año 1910 la Madre Caridad decidió considerar la petición del obispo, aunque distara de más de tres semanas de viaje en caballo. La población de Cartago era sencilla y abierta y el temperamento de sus jóvenes, como la tierra en que vivían, fácilmente se les podía motivar y trabajar para descubrir lo bello y lo bueno de la vida. No sería difícil llevarlos a Cristo a través una buena educación y catequesis. Considerando todo esto, la Madre Caridad gozosa aceptó y respondió positivamente a la petición del Señor Obispo. Pensó bautizar la nueva fundación bajo la advocación de “María Auxiliadora.” Aunque tuvo que pelear por este nombre.

Las autoridades de la ciudad mandaron a una comitiva con la Madre Caridad para arreglar el proceso del traspaso de la escuela. Entre muchas otras cosas, los miembros discutieron el nombre que le darían a dicha escuela. Ellos no querían ninguna afiliación con un nombre religioso y penados sugirieron, “Nosotros solo queremos nombrarla, *Colegio de María*.” La Madre Caridad se dio cuenta que ellos solo buscaban un título literario, y no el nombre de la Santísima Virgen; pues sabía que un cierto escritor famoso había hecho de una tal María la heroína de uno de sus libros, sin embargo, no comentó algo al respecto. Contestando modestamente dijo, “Cierto, María está bien, pero debería llevar un título especial bajo el cual podríamos rezar, por ejemplo, “María Auxiliadora.”

Los hombres avergonzados consideraron el nombre como una falta de conocimiento literario. Se miraron uno al otro, se burlaron y dijeron, “No, nosotros solo queremos llamarlo, Colegio de María.”

La Madre Caridad manteniendo su puesto dijo, “Sí, a mí también, me gusta el nombre de María,” contestó ella, “pero deberíamos agregar, Auxiliadora porque todas nuestras casas están bajo la protección de nuestra patrona celestial.” De esta manera, la comitiva peleaba por el nombre literario de María mientras que la Madre Caridad por la Reina Celestial. Después de mucha discusión, la Madre Caridad salió ganando. La nueva fundación recibió el nombre de ‘María Auxiliadora’ y fue puesta bajo la protección de María, socorro de los cristianos.

La Madre Caridad tenía muchas esperanzas puestas en esta fundación y no fue decepcionada. Pronto los padres de familia, de la ciudad y de los alrededores, especialmente de las clases altas, empezaron a matricular a sus hijos, para kínder y primaria al igual que para la educación superior: administración, comercio y educación. Era un placer ver trabajar a los estudiantes y dejarse guiar por las Hermanas. Hoy, la mayoría de la maestras en los colegios



para niñas, son ex alumnas del Colegio María Auxiliadora. Desde la ciudad, ellas llevan el fuego de la sabiduría y virtud hacia las zonas rurales, de tal manera que la formación del carácter y la educación de las Hermanas suizas se desparramó en estas tierras como el sol vierte sobre todos y todo su luz.

La Madre Caridad había determinado solo tener buenas maestras en la escuela. Ella exigía que todas aquellas que enseñaban en la escuela primaria y en los colegios públicos siguieran a la letra el plan educativo del gobierno. Más aun, se les animaba para que se perfeccionaran en el conocimiento de las reformas y los cambios de metodología que introducían los pedagogos modernos. Ella consideraba las ciencias como el principio para guiar a las personas jóvenes al cielo. Cuando ella se ocupaba en cosas de este mundo no lo hacía por razones egoístas. Las usaba tal vez como se usa un pequeño gusano para la pesca. Tenía como fin, preocuparse por las cosas de Dios y la salvación eterna.

Es por esta razón que las Hermanas educadoras en el colegio de Cartago no solo se preocupaban por las materias de la educación, sino que también añadieron a las actividades curriculares actividades misioneras y trabajos sociales. Cada sábado las jóvenes empleadas como sirvientas o en fábricas se congregaban en el colegio donde las Hermanas Franciscanas las instruían en la religión y les enseñaban a leer y a escribir. Otro grupo de Hermanas, acompañadas por algunas estudiantes de la clase alta, catequizaban a la población en áreas rurales. Preparaban a los niños para la recepción de los sacramentos y a la vez trabajaban entre los pobres, de tal manera que, cambiaban su carácter religioso y moral facilitando el trabajo de los sacerdotes, que para ese entonces eran muy pocos.

Durante los primeros años en Cartago se desató una plaga de abejas por toda la escuela quienes, aplicadas en su trabajo zumbaban alrededor de las maestras y estudiantes durante las horas de clase. Construían sus colmenas en cada fisura o hueco que encontraban en las paredes y el cielo raso de las casas. El mismo autor de este libro experimentó esta realidad durante su estadía en Cartago en el año 1925. Sucedió que durante una de las clases la miel empezó a gotear del cielo raso del aula. ¿No fue esto un bello símbolo del fruto de la enseñanza de las Hermanas?

Requirió muchos esfuerzos para remover de los edificios a estas pequeñas criaturas de Dios y acostumarlas a trabajar en sus propias colmenas. La Hermana Blanca como buena y excelente cultivadora trató de dar solución al problema. En pocos años, tenía 200 colonias de abejas en cajas de Madera. También dentro de varios años, llenaría barriles con miel y enviaría a Pasto varias centenas de libras de cera, blanqueada por el sol, que sería utilizada en el altar para la adoración perpetua.

## TIMBIO

La fundación en Timbio fue algo dramático. En el año 1928 la Madre Caridad tuvo que viajar a Popayan para pedirle al Arzobispo Crespo la última recomendación necesaria para la aprobación de la Congregación en Roma. El Arzobispo gustosamente le entregó la carta diciendo, “Como recompensa de este favor, yo también le pido un favor.” A lo que ella contestó, “Con mucho gusto, si es posible. ¿Cómo puedo ayudarle, su Excelencia?” “Quisiera que las Hermanas suizas también expandieran sus benditas actividades en esta porción de mi diócesis aceptando la escuela para niñas en Timbio” respondió el Arzobispo, a lo cual la Madre asintió.

Sin embargo, esta fundación se encontró ante grandes dificultades. El gobernador de ese lugar negó su voto. Como se resistía, la población de Timbio quien, sobre todo, deseaba la presencia de las Franciscanas decidió tomar el asunto en sus manos para terminar con la oposición.

Uno de tantos días 40 hombres influyente acompañados de sus oficiales formaron una impresionante caravana a Popayan y se introdujeron en el palacio gubernamental. Allí una calurosa discusión surgió entre los dos partidos, “Queremos a las Franciscanas para nuestros niños,” demandaban los intrusos. “Nadie tiene derecho a negarnos esto. Otórguenos el permiso para la escuela.” Mientras que el Señor Gobernador presentaba varias excusas contra la petición, ellos le rebatían con razones convincentes. Después de una larga discusión y sin llegar a una solución, la gente presentó su último argumento, el cual nadie le podía negar. Se sentaron en la entrada y declararon, “No nos iremos de aquí hasta que recibamos un decreto firmado que nos permita tener a las Franciscanas en nuestra escuela.” Esa misma tarde el decreto fue firmado permitiendo la fundación en Timbio.

En esa misma región de Timbio se encuentra el acogedor pueblo de Silvia, el cual está situado en la región montañosa a más de 2,000 metros sobre el nivel del mar. Como las Hermanas Franciscanas tenían la escuela en un clima sano, la población del valle del Cauca, gustosamente enviaban a sus hijos como internos.

Un sacerdote suizo, El Padre Linus Looser, originario de Alt Sankt Johan, San Gall, llegó como misionero a Colombia en el año 1946 y trabajó activamente como capellán de las Hermanas y los estudiantes. En 1948 se mudó para la gran parroquia de La Vega, en la misma diócesis de Popayán para trabajar con los indígenas junto con otros sacerdotes amigos: los Padres, Wilhelm Fillinger, de Dulliko; Olten y Theo Tuor de Truns, Graubünden. Estos valientes sacerdotes se unieron a otros dos celosos misioneros de su país, el Padre Joseph Leber de Zürich y el Padre Joseph Meier de Gerliswil. No muy distante de ellos, se encontraba el Padre Alois Boos de San Gall quien por más de 20 años residía en Colombia y trabajaba incesantemente con los indígenas. El Señor Arzobispo de Popayán estaba agradecido y alababa a estas almas generosas que como pastores suizos trabajaban sin descanso.

La Madre Caridad fundó varias misiones en estos pueblos, pero sería muy monótono describirlas todas.

En una ocasión la Madre Caridad en compañía de dos Hermanas Colombianas viajaban hacia el norte deteniéndose a las orillas del Río Patía, que se encuentra entre dos de sus fundaciones La Unión y El Bordo, para descansar. Al mismo tiempo dos turistas provenientes de Bogotá también llegaban. Cuando uno de ellos se percató que una de las Hermanas colombiana se sentía mal a causa del calor se le acercó y le ofreció un medicamento que le había servido a él para el mismo malestar. La Hermana no quería aceptar la ayuda pero la Madre Caridad le pidió que la aceptara y le agradeciera al extranjero por su atención.

Después de una corta conversación el joven dijo a la Madre Caridad, “Usted no es Colombiana.”

“Ella vino de Suiza,” contestó una de las Hermanas.

“Escucha,” interrumpió la Madre Caridad con una sonrisa, “Soy más colombiana que tú.”

“¿Cómo puede ser posible?” preguntó el turista.

“Muy simple. He vivido en Colombia por más de 40 años. Y tú, no tienes 40 años de edad.”

“Es cierto; tengo casi la mitad, pero...”

La Madre Caridad cortó la conversación y bromeando dijo, “Yo sabía que estarías de acuerdo conmigo porque he tenido más tiempo de amar y disfrutar este país.”

“Y hacer mucho bien por Colombia” añadió una de las Hermanas colombianas “porque ha gastado muchas energías de su vida para el bienestar de nuestra patria.”

Brevemente explicó su trabajo al interesado turista. Ellos se entusiasmaron y siguieron preguntando. Cuando se enteraron que esta pequeña religiosa era la fundadora de la Congregación y de muchas fundaciones y que la Casa Madre estaba en Pasto, su admiración era tal que uno de ellos exclamó, “Como es esto posible,” casi todos los conventos en este país tienen su Casa Madre en Europa y aquí vemos lo contrario. Su Casa Madre está aquí en Colombia y las casas en Suiza son sus afiliadas. ¡Esto sí me gusta! Sí, Reverenda Madre, estamos de acuerdo con usted. Usted, como extranjera, ha hecho más por Colombia que muchos de sus propios habitantes. ¡El espíritu y el trabajo de su comunidad son asombrosos! ¿Y cuándo piensa fundar en nuestra capital, Bogotá?”

“Cuando Dios lo quiera” modestamente contestó nuestra fundadora.

Los turistas se despidieron de las Hermanas con palabras de agradecimiento.

Uno de ellos dijo, “Que Dios le dé una larga vida y la sostenga para el bien de Colombia.”

“Y a ti, también.” Contestó la Madre Caridad mientras se despedía.

## EN LA COSTA ENTRE DOS OCEANOS

A veces, cuando la Madre Caridad viajaba para Europa, tenía que esperar la llegada de un barco en Panamá ya que las conexiones del Atlántico al Pacífico no estaban programadas. Estas esperas le salían caras especialmente cuando 10 o más candidatas suizas viajaban con ella a Colombia. Como consecuencia, tuvo la idea de establecer una fundación en este país que utilizaría como lugar de paso. Esta idea se hacía más intensa al ver que la gente del puerto estaba muy ignorante y de las cosas de Dios y de la religión y como la juventud buscaba los placeres del mundo. Deseaba llenar a los jóvenes y niños de un espíritu religioso y de llevarlos hacia el Divino Amigo de los niños.

Sin embargo, considerando la situación política en Panamá, no se podía contar con el apoyo del gobierno para las escuelas dirigidas por las Hermanas. Pero se animó al encontrarse con algunas mujeres piadosas quienes le prometieron su apoyo para la fundación de una escuela.

La Madre Caridad tomó entonces la decisión de fundar. Así, el 19 de abril de 1920 la Madre Caridad dejó Túquerres y viajó hacia Panamá vía Tumaco y Barbacoas junto con un grupo de sus Hermanas educadoras. En Tumaco tuvo que esperar durante seis semanas la llegada de un barco que la llevaría a Panamá llegando finalmente en esa ciudad el 28 de mayo. Si la larga espera en Tumaco sirvió para poner en prueba su paciencia, otra prueba mayor le espera en la gran ciudad metropolitana. En su optimismo, la Franciscana en su simplicidad, contaba con las promesas hechas por las piadosas mujeres, sin embargo, toda promesa parecía haberse quedado en el olvido. Lo que lastimó a las Hermanas fue la manera, la frialdad, la falta de atención e interés con las que fueron recibidas.

Esto para la Madre Caridad fue una gran decepción. Lloró ante la inconsistencia de la naturaleza humana y llegó a la convicción que la fundación de su trabajo solo se basaría en Dios y en su colaboración.

En esta miseria, una mujer misericordiosa, María Arias, recibió a la Madre Caridad y a sus compañeras en su casa. Día tras día, la Madre Caridad buscaba incesantemente, en medio del ardiente sol, un edificio apropiado para su fundación. Por las tardes, regresaba cansada y afligida.

La situación se empeoraba cada día que pasaba, especialmente por la falta de dinero ya que hasta por las casas que no servirían para su propósito, exigían alto precio para arrendar. ¿Cuántas noches en vela se pasaría la Madre Caridad torturada por las preocupaciones que pasaban por su mente sin poder encontrarles solución?

Finalmente encontró una casa, pero ¡qué casa! Parecía como el pesebre de Belén. Eran las ruinas del antiguo convento de San Domingo que habían rentado. Por aquí y por allá pedazos de madera cubrían los agujeros en las paredes. Una pequeña casa en medio de las ruinas llegaría a ser el instituto para las niñas en el futuro. Lo único que escondía tal pobreza era la entrada artística frecuentemente admirada por los turistas

A pesar de todo, Panamá era una ciudad llena de hermosura y encanto que brotaba del clima tropical. Las entrañas del Atlántico rumbaban en sus costas. Las reales palmeras extendían sus majestuosas ramas y bailaban con el movimiento de la brisa. Desde la mañana

hasta la noche sus calles y estacionamientos estaban llenos de personas y vehículos. Los edificios modernos mezclados con los antiguos orgullosamente anunciaban el progreso de las técnicas modernas. El turista, sin embargo, se queda con la impresión de que todas las personas corren, hambrientos, tras los placeres mundanos.

El situar a las Hermanas y la escuela en un lugar de gran bullicioso y en medio de una ciudad mundana representaba un gran reto. La Madre Caridad lo sabía, no obstante, no quería retraerse en sus planes. Consideraba todo con una visión sobrenatural sin olvidar lo que el Señor Obispo Rojas de Panamá le dijera en alguna de sus visitas. “¡Mientras más pobre y miserables sean los comienzos, más grande serán las obras!” Estas palabras correspondían exactamente con su convicción: “A pesar de las dificultades y desilusiones, uno tiene que seguir confiando en Dios; entonces todo saldrá bien.”

El Obispo de Panamá, el superior de los Jesuitas, al igual que otras personas simpatizaban con la pobreza de las Hermanas suizas y las animaban a perseverar. La Señora María Arias les ofreció 1,000 colones. Y después de algunas semanas en busca de un lugar y de terminar con todos los procedimientos se inició el trabajo.

Lo primero que las Hermanas tuvieron que hacer fue limpiar toda la suciedad en que se encontraban aquellas ruinas. Fue tan difícil, que en momentos la sacrificada Madre Caridad se sentía tentada a desistir, se preguntaba si no sería mejor regresar a Colombia junto con sus Hermanas. Pero conquistando valientemente las tentaciones, animaba a sus hijas. Con su lema, “Todo por amor a Dios y como Él lo quiere,” y regresando a los trabajos diarios, daba a sus compañeras valor a través su ejemplo personal limpiando y restregando.

“O, mis Hermanas,” repetía con frecuencia cuando se tocaba el tema de esta fundación, “Imagínense cuan amargas fueron aquellos días, en especial al momento de la despedida cuando tuve que dejar a mis Hermanas en aquella situación. Se me partía el corazón.” Una compañera que viajaba con ella a Túquerres comentó que en el barco los dolores emocionales de la Madre eran tales que parecieran haber estallado sus entrañas derramando un mar de lágrimas amargas.

En medio de las penas y preocupaciones, las Hermanas experimentaron un episodio cómico que terminó dándoles nuevo valor: por entonces, las Hermanas no disponían de una capilla tenían que caminar a cierta distancia hacia la Iglesia Franciscana todos los días a las cinco de mañana. Una mañana la Madre Caridad despertó a sus compañeras como de costumbre. Las bellas estrellas brillaban en el cielo. Las Hermanas, en silencio y toda reverencia, se pusieron en camino en dirección hacia la Iglesia de San Francisco como se esperaba de las esposas de Cristo. La ciudad se encontraba toda iluminada mientras que la población dormía bajo el manto de la noche

Las Hermanas atravesaban el parque que estaba todo iluminado con luces fantásticas y las altas palmeras derramaban sus oscuras sombras sobre el suelo blanco. Las Hermanas en silencio caminaban firmes. Las personas que las encontraban las veían sorprendidas. Finalmente llegaron a la iglesia pero la encontraron cerrada. Las Hermanas esperaron y esperaron tanto que se apretaban en se abrazaban a sus capas para protegerse del viento fresco que procedía del océano. De vez en cuando se escuchaban las olas en el mar. ¡Qué extraño! Algunos celadores se acercaron al ver las extrañas figuras que se encontraban al frente de la iglesia. Las mujeres que salían del teatro observaban a las Hermanas con un cierto aire de burla luego desaparecían como

temiendo algo. Se escuchó luego el gran reloj que sonaba lenta y solemnemente 1...2...3...11...12... ¡Medianoche! ¡La hora de los fantasmas!

La Madre Caridad irrumpió sorprendida en una gran risa y sus compañeras se unieron. Rápidamente regresaron a las ruinas tomando de regreso el camino de la playa para no encontrarse con nadie. Días después, algunas jóvenes dijeron a las Hermanas que los celadores y algunas personas habían visto a las Hermanas de Santa Clara, quienes en el pasado habían sido echadas de su monasterio, y ahora regresaban para reclamar lo que les pertenecía ya que su convento lo había tomado el gobierno como palacio nacional. Se comentaba que ellas usaban un hábito similar al de las franciscanas con la diferencia de la inmensa capa. La población estaba asustada y afirmaban que Dios había dado a las Hermanas Clarisas permiso para regresar a la tierra y rectificar las injusticias cometidas contra ellas. La Madre Caridad y sus Hermanas escuchaban atentas y aparentaban estar muy asombradas del incidente.

Aunque la fundación en Panamá empezó en medio de grandes sacrificios y desánimos, su desarrollo fue muy exitoso y agradable al igual que otras fundaciones. Después del primer año, las Hermanas se vieron forzadas a buscar un edificio más grande para acomodar a todas las estudiantes. Hoy, este instituto, después de haber crecido y tenido que mudarse varias veces, está ubicado en un bello y grande edificio con su inscripción: “Colegio Internacional de María Inmaculada. Las ruinas se han transformado ahora en el palacio nacional. Miles de estudiantes han pasado por este centro educativo. Sinceramente, la original pobreza franciscana ha tenido que pasar por un sencillo refinamiento ya que el institutose encuentra en la ciudad internacional de Panamá, donde asisten los hijos de la gente más influyente y a la vez era necesario ajustarse a la exigencias de las escuelas modernas.

Los niveles de educación son: kínder, grados primarios y superiores. Es aquí donde se forma a los educadores para cada uno de los niveles. También aquí se puede obtener un diplomado de administración y el certificado para la universidad los cuales son reconocidos en Panamá y los Estados Unidos.

Para satisfacción de la Madre Caridad, la activa e inteligente directora, la Hermana Theodisia Schilling de Bischofszell, introdujo “La Acción Católica” en la escuela. A través la cual las estudiantes ayudarían a los niños pobres y abandonados de Panamá que viven en la periferia enseñándoles el catecismo para ganarlos para Dios. Las estudiantes, a quienes se les enseñaba a ser grandes maestras, se dedicaban con gran empeño y entusiasmo a esta noble causa catequizaban en la ciudad y por los poblados cercanos.

Cuando las estudiantes entraban por primera vez en estas áreas pobres marginadas sentían repulsión por lo que veían y desilusionadas regresaban a sus hogares. Sin embargo, las Hermanas, conscientes de su ideal, no permitían esto. En su sabiduría educacional convencían a las jóvenes de no cerrar sus ojos a la realidad de la miseria de los pobres. Poco a poco, la compasión creció en sus corazones. La generosidad obtuvo su triunfo y de este apostolado social y religioso brotaron bellos frutos. Hasta el día de hoy, para continuar con este apostolado, estas discípulas, después de los estudios, dedican dos días de la semana a esta noble tarea.

Algo particularmente impresionante es ver el grupo compuesto por mil estudiantes que, vestidas de blanco en las festividades públicas, marchan detrás de la banda dirigida por las pobres franciscanas. El Colegio María Inmaculada es el orgullo de la Ciudad Cosmopolita el cual tiene una gran influencia moral en sus habitantes.

El gobierno estatal también reconoce esto. El 13 de Noviembre de 1948, el gobierno de Panamá honró a la directora del instituto, la Hermana Theodosia Schilling, con los más altos honores que ofrece la república, “La Orden Vasco-Núñez-de Balboa,” el cual rara vez se entrega y esto solo a las altas personalidades.

Durante esta gran fiesta, el Ministro de Justicia, el Doctor Crespo, director de la Universidad; el Dr. Pereira, el Dr. Miro, miembro de la Suma Corte de Justicia; el Señor Cónsul de Suiza, J. Blau y otros oficiales estaban presentes. Don Pedro Díaz, quien entregó a las pobres franciscanas la “Orden”, introdujo la presentación con estas palabras:

Con gran gusto cumplo con el cometido de entregara la reverenda Hermana Theodosia, Superiora de nuestro Colegio Internacional de María Inmaculadala “Orden” decretada por nuestro Gobierno. Este acto de reconocimiento de parte de nuestro Gobierno es un agradecimiento por tantos años de esmeradas actividades que generosamente han ejercido las Hermanas y por la educación intelectual y religiosa de un sin número de hijas de Panamá. La Hermana Theodosia ha dedicado gran parte de su vida al trabajo de la educación en Panamá. Sus estudiantes y los hijos de estas han recibido de ellas herramientas y guías para sus vidas. Ellas son gran parte de nuestra sociedad. Si quisiéramos escribir sobre el noble, ejemplar y maravilloso trabajo de la Hermana Theodosia, tendríamos que escribir muchas páginas. Solo pensemos en la extraordinaria ganancia espiritual que ha recibido esta legión de estudiantes. Recibieron de sus enseñanzas la inspiración y la formación para enfrentar las batallas de su existencia diaria y la hicieron fructificar.

El Señor Cónsul, tomando la palabra dijo:

La Hermana Theodosia se ha dedicado a la enseñanza por más de 25 años. Proclamó la Buena Nueva a una juventud que añoraba la verdad cristiana. Hoy, ve con obvia emoción que sus incansables esfuerzos fueron fructíferos, aunque en su humildad y en su trabajo desinteresado nunca se imaginó que sería ella el recipiente de tal reconocimiento. Su trabajo silencioso y desinteresado es más valioso que los bienes terrenales. En sus largos años en la educación, ella siempre enseñó que la gran recompensa consistía en alcanzar la plenitud moral y los bienes espirituales.

La Hermana Theodosia recibió, en nombre de su comunidad de la Orden de San Francisco y de sus colaboradores, el inesperado honor.

Otro importante reconocimiento que recibió la escuela fue en el año 1949 cuando el legado Papal, el Cardenal Clemens Micara y toda su comitiva, pasaron por Colombia en la ocasión del Congreso Eucarístico. Hicieron una visita solemne a la escuela quedando admirados de la institución.

Cuando la Madre Caridad visitó la escuela por primera vez, sus ojos se llenaron de lágrimas. Agradeció a Dios por sus bendiciones y a las Hermanas por todo su trabajo. Esta vez todo era muy diferente nada se comparaba a los primeros años antes cuando se fundó entre aquellas ruinas.

Las estudiantes en su último año de preparación para los exámenes finales editaron la ANFORA, un libro escolar que se consideraba el más bello en el mundo. Cuando la Madre Caridad leyó el libro ANFORA, se emocionó mucho al leer la parte donde se hablaba de todos los centros catequéticos y dijo, “Esta es la mejor página del libro. Es mi consuelo.” Luego escribió una carta comunicándose con las Hermanas en Panamá en la cual expresaba su inmenso gozo por este bello apostolado.

Las estudiantes que se graduaban en el año 1939 preservaron, como una preciosa reliquia la carta escrita por la Madre Caridad. Entre otras cosas, ella les dijo:

Al leer el ANFORA, constaté con alegría el orden y disciplina al igual que los triunfos que ustedes han ganado con sus constantes esfuerzos. Han vivido durante muchos años bajo la protección de la Inmaculada Concepción. Han experimentado innumerables alegrías y seguramente se han sacrificado mucho sin olvidar que esto forma parte de la existencia humana.

Ruego que de las muchas semillas que se repartieron en su corazón receptivo broten ricos frutos con la ayuda de Dios y de nuestra querida Reina del Cielo. Y que sus familias, sociedad y todo su país se enriquezca de estos frutos. El olvidarse de sus propias inclinaciones y necesidades y sacrificarse por las necesidades de los demás, son obras nobles de una mujer que debe llegar a ser un ángel, un consuelo y una bendición para todos.

Sean ángeles que sepan cómo consolar en el dolor y aliviaren la miseria y la necesidad. Sean ángeles que no se dejan arrastrar por la corriente del placer; ángeles que no se dejan absorber por las atracciones que, de mil maneras, ofrece el mundo con la intención de ahogar la buena semilla sembrada en sus corazones para dar paso a todo tipo de cizaña.

Cultiven el buen espíritu y sean fieles a la promesas que han hecho al dejar esta bendita institución y yo, de mi parte, les prometo un futuro feliz y una eternidad segura donde espero nos volvamos a reunir. Esto será la mejor recompensa por todo el sudor y trabajo de todas sus maestras y de ustedes.

Para que obtengan esto, las recordaré en mi oración ante el Santísimo Sacramento en las horas de adoración. Allí oraré por todas ustedes individualmente para que nuestro Salvador las bendiga.

Este es mi ardiente deseo en el amor.

Su devota,

Madre Caridad.

La fundadora de la escuela en Panamá también experimentó otros gozos. Cada año las estudiantes colectaban considerable sumas de dinero para la educación de los seminaristas pobres. Muchas veces un niño traía dinero y decía, “Hermana, este dinero es para el seminario de los sacerdotes.” El Colegio de María Inmaculada frecuentemente pagaba en su totalidad la matrícula del estudio teológico de estudiantes en varias partes del país. Actualmente uno de estos estudiantes se encuentra en la Universidad Católica en Friburgo, Suiza.

Es agradable ver como los niños y las Hermanas de este colegio tienen una santa devoción por los sacerdotes, una devoción que les permite hacer grandes sacrificios. Otros de los colegios de las Hermanas Franciscanas compiten por esta intención, por ejemplo Pasto



compite con Panamá. Juntos, pagan por más de 20 jóvenes estudiando para el sacerdocio. De verdad, ¡es una gran obra, según el espíritu de la Madre Caridad!

Tampoco los pobres de la ciudad son olvidados por el instituto de las Hermanas Franciscanas en Panamá. Durante todo el año manos trabajadoras obran por los pobres. En Navidad las Hermanas y las estudiantes preparan paquetes llenos de sorpresas para los necesitados. Para el 24 de diciembre, muchos regalos salen de este centro educativo hacia los barrios más pobres llevando el espíritu y el gozo de la Navidad a muchos hogares. Este colegio es más que una escuela. Esto significa una verdadera educación, educar el corazón, despertar la compasión por el dolor y las necesidades de los demás. No se trata solo de llenar la mente de conocimiento terrenal, sino de alimentar el corazón. Significa despertar el espíritu social y espiritual de la Iglesia...

Así es que, la semilla plantada con muchos esfuerzos y angustias por la Madre Caridad en medio de las ruinas ha crecido hasta llegar a ser un inmenso cedro. De acuerdo a sus deseos, se esperaba que cada fundación practicara alguna obra de caridad a parte de la enseñanza escolar.

Balboa es otro ejemplo de esto. Balboa esa situada a un lado de la ciudad de Panamá en un valle rodeado de pequeñas montañas. Ha crecido y hoy es una ciudad independiente de Panamá. Pertenece a la Zona del Canal y está bajo el gobierno de Norte América. Su idioma oficial es el inglés. Mientras que el de Panamá es el Español. Esta acogedora ciudad esta situada entre pinos verdes y sus limpias calles están adornadas por palmeras.

Las Hermanas Franciscanas que enseñan allí, colectan artículos para los leprosos de Palo Seco, los asilos de ancianos y los orfanatos. A través sus cartas y su persona la Madre Caridad felicitaba a los maestros y estudiantes por esta bella obra de caridad. Con gusto los bendecía.

En una ocasión les escribió diciendo, “Mientras más ayuden a los pobres e infelices, más agradaran a Dios y el bendecirá sus hogares y trabajos.”

Ella se alegraba de haber fundado tres misiones más en la República de Panamá: dos en Colón y una en David, aquí solo hablaremos del colegio de las Hermanas en Colón.

## COLON

En esta ciudad las Hermanas educaban a más de mil niños a Blancos y Negros. Es un colegio que tiene un rango alto en las actividades religiosas y sociales.

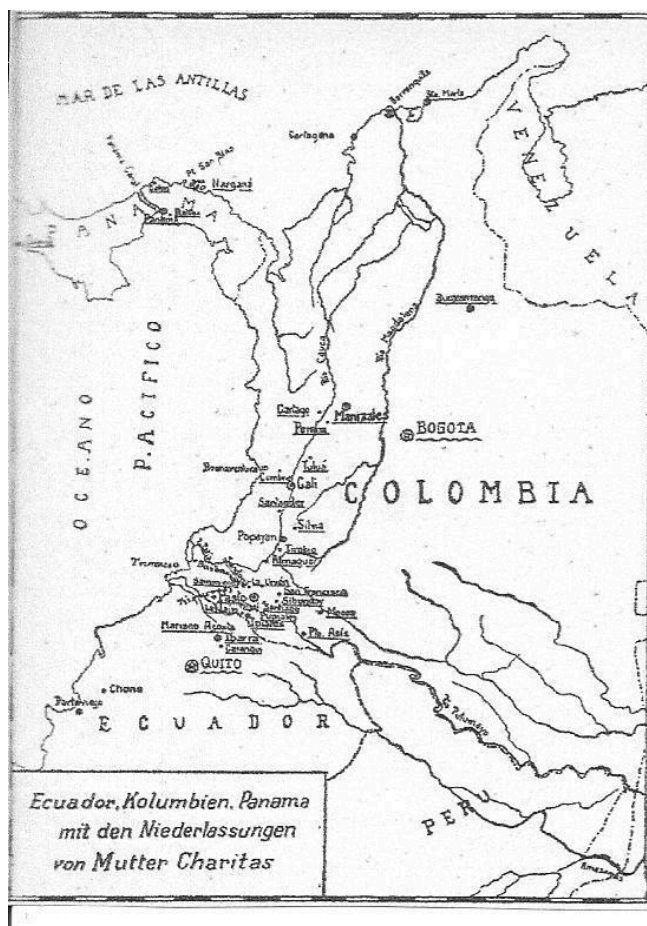
Panamá y Colón son como dos ciudades gemelas, una en la costa pacífica y la otra en la costa atlántica. Las dos son puertos para el comercio y las comunicaciones. Ellas se conectan vía el ferrocarril y a través el Canal de Panamá. En ambas ciudades las Iglesia lucha contra el paganismo que es algo común en los puertos modernos. Por lo general, son los niños quienes están expuestos a la influencia del mal. De manera que es de gran mérito el ganarlos para Cristo, y esto se logra a través una buena educación cristiana.

La educación de la juventud en Colón exige de las Hermanas gran paciencia y firmeza, especialmente por parte de los niños Negros quienes por su temperamento frecuentemente demuestran reacciones incontrolables cuando se enojan. Entre los niños son contadas las veces

que no pelean. Pleitos que muchas veces terminan en heridas mortales. Se necesita mucha supervisión y sabiduría pedagógica para controlar estos arranques violentos. Ellos a su vez, respondían con carcajadas ante las correcciones que se les hacían.

A pesar de estas dificultades, la Madre Caridad aceptó la escuela con gozo por la misma razón que ante estas situaciones mucho bien se podría hacer. Nunca fue su intención educar solo a los niños buenos. Al contrario, deseaba formar a los niños pobres y marginados educándolos para que llegaran a ser adultos responsables e hijos de Dios. Tampoco fue su principio trabajar solo donde el gobierno o los padres de familia pudieran pagar el costo de la matrícula. Su ideal era que para cada colegio privilegiado hubiera otro para los niños pobres donde los ex alumnos fueran los maestros, siempre guiados y asesorados por las Hermanas.

Mientras que el idioma de Panamá era el español la enseñanza en Colón tenía que hacerse en inglés. Para cumplir con los requisitos, la Madre Caridad envió a algunas Hermanas al colegio en los Estados Unidos para que aprendieran el inglés y el método educativo americano. Esto fue una magnífica idea, ya que en 1940, una de entre las enviadas, la Hermana Aquilina Wernle, fue elegida Superiora General de la Congregación y para este oficio era muy importante dominar el idioma alemán, inglés y español al igual que conocer los sistemas educativos de los tres.



## EXILIADAS EN UNA ISLA

A 88 millas de Colón, se encuentra un grupo de islas en el Océano Atlántico pertenecientes a Panamá. Existen actualmente 400 de ellas pero pocas son habitadas por indígenas que hasta hace poco fueron civilizados. En el siglo 15 algunos misioneros fueron rechazados. En 1740 algunos padres Jesuitas trataron de evangelizarlos y convertirlos a la fe pero al verse en peligro prefirieron salir. En 1907 otro padre Jesuita trató de evangelizar de nuevo logrando bautizar algunos, la mayoría eran moribundos, pero su vida corría peligro y al haberse escondido por dos días dentro del agua contractó una fiebre incurable que lo obligó a regresar a España. La pequeña Iglesia que, en su celo por las almas, había construido fue destruida, y el material fue utilizado para construir casas; los vasos sagrados fueron robados y las imágenes tiradas al océano.

En 1926 el Señor Obispo Maiztegui de Colón mandó a dos misioneros del Sagrado Corazón de María a Narganá, la isla principal. También pidió a la Madre Caridad la colaboración de algunas Hermanas misioneras. La fundadora no dio una pronta respuesta pensando en la situación peligrosa que allí existía; después de un rato, no pudiendo resistir la petición del prelado, aceptó mandar a la Hermana Gertrudis Hager junto con cuatro compañeras a Narganá. El 18 de Septiembre de 1928 las valientes misioneras embarcaron un barco que salía de Colón para arribar a su destino el día siguiente. A su llegada, toda la población de la isla las esperaba: hombres, mujeres y niños; las mujeres vestían sus faldas anchas y blusas típicas hechas con artísticos diseños. Todos portaban grandes aretes dorados; las mujeres también portaban aretes en su nariz.

(Añadido por la traductora) Las Hermanas fueron dirigidas hacia la “Casa del Congreso” el lugar de encuentro en Narganá. Allí las Hermanas tenían que pasar por el rito que les ayudaría a ganar la confianza de la gente. Tenían que permitir que los hombres levantaran las capas que vestían, quizás, para asegurarse que las extranjeras no escondían alguna arma peligrosa. Tenían que lograr ponerse en posición de cuclillas como ellos lo hacían en la ausencia de las sillas. Tenían que tomar la “chicha” servida en la concha de coco que se pasaba de persona en persona – todo esto para llegar a formar parte de la comunidad. Uno se imagina la repugnancia que sintieron al darse cuenta de cómo la preparaban. Un grupo de mujeres se sentaba en el suelo, masticaban el grano de maíz y lo escupían en un barril donde se le guardaba hasta fermentar. (Esta información fue dada por nuestras Hermanas ya mayores).

La pequeña casa que se les dio a las Hermanas estaba ubicada a la orilla del océano. De allí se divisaban las aguas azules y las palmeras que crecían en las islas vecinas. De lejos, en tierra firme, también se divisaba la grande cordillera.

Al principio, las Hermanas enseñaban en las islas, Narganá y Corazón de Jesús las cuales se comunicaban a través un puente colgante hecho de madera que tenía una distancia de 200 metros. Las Hermanas que enseñaban en la isla Corazón de Jesús cruzaban este puente a diario.

El inicio de esta misión fue muy difícil. Los Indígenas no entendían el español o el inglés. Tenían su propio idioma – el Kuna- el cual las Hermanas tenían que aprender.

El clima era caliente y húmedo, pero la brisa que venía del océano las refrescaba. Para abastecerse de agua potable, las Hermanas tenían que hacer diariamente un viaje de hora y media

en canoa. Al principio, los habitantes de las otras islas no eran tan acogedores y, para visitarlos, las Hermanas arriesgaban su vida.

A causa del clima malsano, insuficiente alimentación, duro trabajo y la vida constante de sacrificio, varias Hermanas murieron a temprana edad, entre ellas; la Hermana Cresencia Beck, Valeria Amman, Felipa Kist y Brigida Sprenghart. Ellas sacrificaron gozosamente su joven vida por la conversión de estos indios.

Sin embargo, esta misión fue coronada con éxito. Dentro de muy poco tiempo, las Hermanas ganaron la confianza de la población. Los niños llegaban y trabajaban con entusiasmo en la escuela y progresaban en el estudio y en la vivencia de la virtud. Hoy muchos de los ex alumnos son maestros y enseñan en otras islas; otros han continuado estudios superiores en Panamá y otros cuantos manifiestan inquietudes vocacionales hacia la vida religiosa. Aun fuera del tiempo de las clases, las Hermanas reciben niños y les imparten clases de manualidades, pintura y dibujo, para lo cual tienen mucho talento.

Cuando habían terminado algunos de los proyectos, las Hermanas, junto con la banda de la escuela, fueron a Panamá a presentarse en conciertos y a vender algunos de sus productos, frutos de sus manos. Una vez se presentaron en un concierto en el teatro del colegio de los Jesuitas. Los espectadores estaban sorprendidos al ver como las Hermanas habían logrado cambiar a una gente salvaje que en tiempos pasados habían rechazado todo tipo de educación y civilización. Hasta el gobierno expresaba su agradecimiento por el trabajo realizado por las Hermanas.

Obviamente este éxito se obtuvo a base de muchos sacrificios. Las misioneras están restringidas a una isla en medio del océano. Un cayuco a motor llega cada mes con el correo, alimentos y otros productos que a su regreso va lleno de cocos. Si por casualidad el cayuco no llega las Hermanas quedan sin alimentos durante semanas comiendo solo lo que se encuentra en la isla; cocos y bananos, lo demás les llega de Colón. Los comestibles se echan a perder en medio de las tormentas tropicales.

Este cayuco era el único medio de transporte para las Hermanas en ocasiones cuando tenía que viajar para Panamá. Un viaje incómodo que duraba todo el día.

A pesar de la edad avanzada (72 años) de la Madre Caridad y las dificultades del viaje, ella deseaba personalmente visitar las islas para dar alegría y ánimo a las Hermanas que, voluntariamente se encontraban exiliadas, para bendecirlas y convencerse ella misma del valor de las obras que realizaban en medio de tantos sacrificios. La Hermana Catalina, secretaria general, quien acompañaba a la Madre Caridad, nos comentó sobre la visita:

Tuvimos que hacer un viaje tan incómodo en una barca sin techo sentadas sobre una montaña de cocos (quizás habla aquí en su viaje de regreso) que nos impedía caminar. El viaje duró 24 horas. Sin quejarse, la Madre Caridad me animaba diciendo, “Mañana veremos a las Hermanas en San Blas; que gozo tendrán al vernos.”

Al estar cerca de nuestra meta, aparecieron algunas islas perdidas en el océano. A lo lejos se divisaban algunas chozas y una iglesia con palmeras que las adornaban. La Madre Caridad contemplaba el paisaje sin poder esconder sus emociones.

“Pobres Hermanas,” murmuró. “Cuanto sacrificios tendrán que sufrir,” su voz se acertaba mientras que las lágrimas rodaban por sus mejillas.

La llegada a Narganá fue una celebración pública. Cuando las viajeras se prepararon para descender de la barca y caminar sobre el puente colgante, la compañera de la Madre Caridad, temerosa, se detuvo, mientras que la Madre, tomando la delantera, avanzó valientemente y dijo, “¡No, no!, caminemos sobre el puente. No queramos que esta pobre gente tenga que cargarnos junto con los cocos.”

Mientras que los Indígenas admiraban su valentía, la Hermana Catalina se sobrepuso y cruzó el puente.

Entre tantas visitas realizadas por la Madre Caridad esta era una de sus preferidas. Solía decir, “Que contenta me siento. Hasta me parece que Dios está más cerca aquí.

Lo que complacía más a la Madre Caridad era el trabajo que las Hermanas realizaban con tantos sacrificios. Los jóvenes amaban a las Hermanas. Ya todos conocían la doctrina principal de nuestra fe; venían gozosos a la Santa Misa y cantaban con entusiasmo los cantos litúrgicos a la Virgen María. La Madre Caridad veía con alegría como los pobres y enfermos llegaban buscando comida, alimentos o medicamentos al convento. Todos los que allí llegaban, recibían la ayuda que buscaban y a la vez unas palabras de consuelo en Kuna, su idioma natal.

Con mucha satisfacción, La Madre Caridad escuchaba a sus Hermanas cuando contaban de las experiencias vividas al visitar, consolar o al cuidar de los enfermos y prepararlos para su muerte. Durante las visitas que realizaban, ellas trataban de evangelizar para erradicar las costumbres paganas que todavía se practicaban. Cuando una persona está moribunda se tiene la costumbre de quemar hierbas aromáticas debajo de su lecho. El cuarto se llena de humo hasta el punto de causar un sofocamiento al moribundo mientras que el curandero canta cantos de muerte hasta que el enfermo muere.

La Madre Caridad deseaba visitar la tumba de la Hermana Crescencia que se encontraba en medio de las tumbas paganas. Su tumba era la única adornada con una cruz mientras que en las tumbas de los paganos se veía cocos y bananos, comida que en vida gustaba al difunto. Al verla tumba, la Madre Caridad irrumpió en llanto.

La seguridad de que muchos de los sacrificios de las Hermanas habían contribuido inmensamente para la cristianización en estas islas paganas consolaba a la Madre Caridad. Al despedirse de las Hermanas, con su corazón lleno de gozo espiritual y con lágrimas en sus ojos la Madre Caridad aseguraba a sus Hermanas diciendo, “Esta es la fundación que más quiero.”

Como iniciativa de la Madre Caridad y sus sucesoras, también en Los Estados Unidos de Norte América se establecieron varias misiones. Aquí no podríamos entrar en detalles brevemente solo consideraremos dos de ellas.

Cuando la persecución contra la Iglesia Católica se desató en México, todos los seminarios se cerraron. Los obispos de Norte América abrieron un seminario Pontificio en Montezuma, Nuevo México donde los jóvenes mexicanos que deseaban ser sacerdotes podrían ser educados, ordenados para después regresar a su patria una vez que la persecución hubiera cesado.

Ya que para el Señor Obispo Rudolph A. Gerken de Santa Fe, Nuevo México trabajaban algunas de las Hermanas Franciscanas, a quienes apreciaba mucho, decidió pedirle a la Madre Caridad la ayuda de otras Hermanas que se ocuparan del cuidado del nuevo seminario. Su petición fue acogida y 18 Hermanas Franciscanas llegaron en Agosto de 1937, a realizar los trabajos del cuidado de la casa, la cocina y la lavandería para 350 - 420 seminaristas mexicanos y sus profesores Jesuitas a quienes, por su privilegiada vocación, se les pidió se encargaran de la educación. Todos aquellos sacerdotes que realizaron sus estudios en Montezuma, están tan agradecidos con las Hermanas y la Madre Caridad por todos los cuidados maternos que allí recibieron.

Otra de las actividades raras que las Hermanas Franciscanas de Pasto realizaron fue en Colorado City al Oeste de Texas. Donde la población era de aproximadamente de 20,000 y su forma de subsistencia era la agricultura. Cultivaban inmenso campos de algodón, trigo y papas. Los campos eran inmensos que se extendían por millas y millas, de tal manera que a pesar del uso de las maquinas modernas se necesitaban un sin número de manos para realizar la cosecha.

Durante el verano y el otoño ciento de inmigrantes mexicanos, junto con sus familias, llegaban a Colorado City donde, después de la II Guerra Mundial se les procuraban las barracas como viviendas. Mientras que los niños mayores y sus padres se encontraban trabajando en el campo, los niños menores se quedaban solos en sus casas. Una vez que se retiraban los papás al trabajo, un sacerdote franciscano de Graymoore junto con algunas Hermanas franciscanas llegaban tocando una campanita al campamento e invitaban a los niños para la celebración de la Eucaristía. La Santa Misa se celebraba en una de las barracas que servía de capilla y de escuela. Los niños llegaban en grupos una vez que se abrían las puertas.

Después de la Misa, las Hermanas enseñaban el catecismo, las oraciones y los himnos a los niños. Los preparaban para la recepción de los sacramentos, trabajaban en algunas actividades religiosas y al final organizaban juegos. Se requería mucha paciencia, amor y algunos regalos para motivar a los niños a que acudieran a las clases y a las oraciones.

En las tardes, después del trabajo del campo, los adultos recibían la catequesis ya que muchos de ellos no habían recibido los Sacramentos de Iniciación Cristiana o no se habían acercado a ellos durante muchos años; muchas parejas que vivían en unión libre o eran conversos a la fe. En algunos casos, el sacerdote refería algunas personas a las Hermanas para más instrucción religiosa.

Este apostolado normalmente duraba seis semanas ya que las familias migraban continuamente a otros campos. Otras familias llegaban y de nuevo el proceso comenzaba. El

trabajo en esta misión era difícil y muy agotador, pero muy fructífero. Muchas almas regresaron a Dios, parejas formalizaron sus matrimonios, santificaron sus vidas y su trabajo y fueron más felices; a los niños se les preparó para la doctrina y la recepción de los sacramentos.

(Nota de la traductora): Ya que el autor de este libro nunca estuvo en los Estados Unidos ni conoció personalmente la realidad de esta misión, quizás confundió los detalles de la información recibida con una misión similar ubicada al sur de Hereford, Texas donde por años trabajaron los Padres franciscanos de Greymoore junto con las Hermanas Franciscanas.

Uno de los frailes se dedicó totalmente al cuidado social y espiritual de los migrantes mexicanos que llegaban a Colorado City. Fue en Hereford y no Colorado City donde las barracas de los prisioneros de guerra se usaban como viviendas para los migrantes. En Colorado City, las Hermanas educaban a los niños en la escuela pero la asistencia y la matrícula era muy inestable ya que mucho dependía de la época del cultivo y la cosecha en los campos. Después de la cosecha del algodón, los migrantes se retiraban a otro lugar. Pasaron muchos años antes de que algunas de estas familias lograron establecerse en esa región permitiendo a los niños terminar su año escolar.

Ahora retrocedemos el reloj 30 años y regresamos a Colombia. Así como en una fiesta, el vino buen se deja para lo último, también queremos dejar la historia de la misión más interesante para el final.

Es verdad que la Madre Caridad tenía un gran interés en las escuelas de lugares pobres y no rechazaba las peticiones para una fundación en las grandes ciudades, pero su amor preferencial eran las misiones pobres. Así es que, cuando el Padre Fidel de Montclar, Prefecto Apostólico del Putumayo y Caquetá, rogó a la Madre Caridad la ayuda de las Hermanas, no se encontró con puertas cerradas.

Esta prefectura, luego vicariato Apostólico, que a finales del siglo, había sido confiada a los Capuchinos españoles de Cataluña, se extiende sobre una inmensidad de tierra virgen más grande que el país de Suiza. La Madre Caridad no podía rechazar esta petición y respondió con un “sí” gozoso fundando, durante algún tiempo, varias misiones: Santiago, Sibundoy, Puerto Asís y Mocoa.

Dentro del patio del Liceo de la Merced en Pasto, 20 indios estaban pesando las Hermanas que tendrían que cargar para cruzar las aguas del Putumayo. Muy temprano en la mañana del 20 de Septiembre de 1908, el Padre Herbrand celebró la Santa Misa pidiendo la protección de Dios durante este viaje tan peligroso. Las misioneras estaban destinadas a ofrecer sus vidas y sus corazones como un sacrificio en la patena.

En ese mismo día una caravana dirigida por el Prefecto Apostólico, un padre capuchino y el padre Herbrand llegaron al pueblo de La Laguna, donde pasaron la noche. Al día siguiente, al momento de partir, los 20 indios habían desaparecido. Finalmente, los encontraron divirtiéndose y tomando una bebida alcoholizada de maíz. Hasta allí llegaba el mejor camino de todo el viaje.

El sendero por el que seguían era pésimo, las Hermanas tuvieron que montarse en las sillas que los indios cargaban en sus espaldas. De vez en cuando, los indios se reían. No se sabía si era por algo bueno o malo. Muchas veces se tropezaban sobre las raíces de los árboles, otras, se hundían hasta las rodillas en los pantanos mientras las ramas golpeaban los rostros de las Hermanas que las hacían caer de sus sillas. Después de penosas largas horas, llegaron a las altas cordilleras de los Andes, se encontraban a 3,800 metros sobre el mar, donde un frío devorador casi les congelaba los huesos. Pero la belleza de la selva virgen suplía por todos los sacrificios y angustias que experimentaban las misioneras. Muchos fueron los valientes aventureros que encontraron en este lugar su muerte causada por el frío y el cansancio.

Cuando podían, las misioneras seguían la marcha a pie, pero cuando tenían que cruzar por lugares peligrosos los pobres indios, con tanta experiencia, tenía que agarrarse de las rocas, como los gatos, para evitar caer en el abismo junto con la preciosa carga que llevaban sobre sus espaldas.

El segundo día los viajeros respiraban con alivio después de haber cruzado aquel terreno salvaje y miraban con alegría el bajío cerca del Río Putumayo rodeado por las altas montañas.

Después de una hora de camino, los pioneros de la civilización y cristiandad, llegaron al pueblo de los indios que consistía de grandes chozas. Adjunto a la iglesia se encontraba una casa sencilla hecha de tierra. Las Hermanas Franciscanas entraron gozosas puesto que esta sería su



casa y su escuela. Agradecían a Dios de todo corazón por el buen resultado de su peligroso viaje.

Las Hermanas valientemente empezaron su trabajo. Su apostolado principal era asistir a los padres capuchinos en la evangelización de las jóvenes. Ya que, por experiencia, las Hermanas son mejor aceptadas que los sacerdotes. Una mujer tiene, por naturaleza, un corazón, ojos y manos de madre. Así es que, para ellas es más fácil ganarse el corazón de un niño y llevarlo hacia Dios.

La Hermana Augustina Hiebeler de Voralberg, a quien la Madre Caridad había confiado esta misión, era la persona indicada. En pocos años, ella había empezado otras misiones en Sibundoy, Puerto Asís y Florencia. Los Indígenas la amaban como a una madre.

Naturalmente el fruto de su trabajo no le cayó fácilmente sobre su regazo. Los habitantes de estas tierras salvajes son por naturaleza muy introvertidos y sospechosos y sus costumbres están tan enraizados como las raíces gigantescas de estas tierras vírgenes. Al principio, los indios no enviaban a sus hijos a la escuela. Sí, amaban a las Hermanas y las visitaban seguido, no por la educación sino por el buen pan que ellos recibían. La Madre Caridad, para atraerlos, especialmente a la juventud, pedía la ayuda de todas las fraternidades que le regalaran todo tipo de artículos para luego dar a los indios. En sus viajes a Suiza, colectaba todo tipo de cosas: vestidos, espejos, joyas, medallas y fotos para distribuir entre los Indígenas. Con alegría y boquiabierta los indios recibían y admiraban estos regalos diciendo, “Su gran corazón.” Pero también agregaban, “El amor entra por el estómago.” Así es que las Hermanas compartían con ellos también su pan, sal, azúcar y otros alimentos. De esta manera las Hermanas, uniendo sus fuerzas, se ganaron a los jóvenes y adultos.

Aun así, solo después de mucho tiempo, los nativos entendieron el valor de la educación. Los jóvenes tenían que aprender algo para cuando crecieran y llegaran a ser los jefes que gobernarán el pueblo.

Para ellos la educación de las niñas no era necesaria ya que ellas solo les eran útiles para el duro trabajo del campo. Durante los primeros años, los Indígenas se valían de tantas excusas y trucos para no mandar a sus hijos a la escuela, pero pasado el tiempo, ellos también fueron cambiando. El siguiente ejemplo muestra como ellos estaban tan aferrados a sus antiguas ideas: los padres capuchinos habían recibido una bella imagen del Sagrado Corazón para reemplazar la antigua estatua en la iglesia. El altar estaba bellamente adornado, se invitó a los Indígenas, que con toda confianza, presentaran sus necesidades al Sagrado Corazón pero ellos no se movieron.

Sin ningún interés de hacerlo, ellos explicaron, “Esta estatua está muy joven; no conocer a Santiago; no tener experiencia; no queremos rezar a esta; buscamos la vieja; ella no conocer indio.”

La Madre Caridad gozaba cada vez que visitaba la misión en el Putumayo. Para ella, solo existía la responsabilidad y la gloria de Dios. Había pedido a todas las otras misiones que hicieran pan para llevarles. Al llegar, pronto se encontraba rodeada por los niños de la escuela y de sus papás. Con alegría repartía, a sus amados hijos, los pequeños regalos que había acumulado durante el año. Los adultos la llamaban con amor, veneración y confianza, “La Gran Madre,” y decían “Esta Gran Madre tiene mucho corazón bueno, grande como nuestro valle; mucho amor, tiene por nosotros.” Los niños discutían entre ellos entusiasmados lo que

observaban en esta “Gran Madre.” Algunos decían que ella no era grande pero si ancha y que sus manos eran muy pequeñas pero gorditas. Otros pensaban que su rostro era como una flor del rosal, pero todos estaban de acuerdo que era muy generosa y muy maternal.

Fue en Sibundoy, al centro de la Prefectura Apostólica, donde en 1911 se fundó la segunda misión que se asemejaba a aquella de Santiago. Así es que la Madre Caridad también mando a algunas Hermanas a Puerto Asís.

## PUERTO ASÍS

La Madre Caridad dio a sus Hermanas el siguiente consejo para esta nueva fundación:

“Queridas Hermanas, vayan en el nombre de Dios. Por medio de esta fundación, Él quiere extender su Reino. Grande será el bien que ustedes podrán ser y hacer para la Iglesia y por Colombia porque el tiempo llegará cuando esta región del Putumayo y Caquetá será el pararrayos para este país que lleva el gran nombre de Columbus.”

Cuando las cinco Hermanas llegaron a Puerto Asís el mes de febrero, había todavía allí grandes tribus de indios salvajes en las inmensas tierras vírgenes que rodeaban los pequeños pueblos. Algunos padres traían sus hijos a las Hermanas pero les daban ciento de órdenes y presentaban sus deseos, de cómo debían de ser tratados sus pequeños genios. Por ejemplo, las mamás apuntaban al cielo y decían, “Cuando sol se levanta, mi hijo, tiene que comer; cuando sol está más alto, come mucho; cuando sol baja, come otra vez, cuando sol se esconde, otra vez come.”

Los misioneros prometían que harían todo lo que se les pedía, pero una vez que las madres tomaban a sus hijos de la mano para llevárselos a sus casas, se escuchaba un gran grito. Un Indio que se encontraba cerca, indignamente dijo a la Hermana Agustina, “Cuando agarre a Hermanas en tu canoa sienta, en bosque esconde, ¿qué hacer?” Se requería una paciencia celestial para acostumbrar a estos nativos, quienes hasta entonces solo conocían lo salvaje y no una vida ordenada. Por ejemplo, en el principio era imposible motivar a los niños a dormir sobre las camas, ellos querían pasar la noche debajo de ellas. Sin embargo, con los años, esta gente, quienes en tiempos antes habían sido caníbales, se acostumbró a la vida cristiana y a su moral. Con alegría se podía observar como gradualmente pensaban y actuaban de una manera más religiosa. Una vez cuando los estudiantes regresaron de las vacaciones, preguntaron a las Hermanas, “¿Sera que podremos aprender a matar el Diablo?”

La Madre Caridad no se desanimaba cuando venía a visitar este lugar de Puerto Asís. El Dr. Rosero de Pasto, después Vicario General, escribió sobre su visita:

En la ocasión de su primera visita a Puerto Asís, tuve el gusto de acompañarla. El viaje se tenía que hacer a caballo por caminos pésimos durante cinco días. Después le seguía un peligroso trayecto por cayucos sobre el Quineo y el Rio Putumayo, el viaje de ida y de regreso se realizó en medio de tantos peligros y dificultades. Pero gracias a la persona benevolente, a las delicadas atenciones, a los preciosos momentos y las virtudes edificantes de la Madre Caridad, no nos pesó el viaje.

En una ocasión, después de una fuerte corriente en el río nuestro cayuco desapareció en la corriente. En otra, la Hermana Francisca se hundió hasta las rodillas en el pantano y cuando llegamos a Encano nuestro guía tuvo que tomarnos de la mano para cruzar sobre las rocas en la Montaña. En Sashamate, la Madre Caridad cayó, a dos metros de altura, de la choza donde tuvimos que pasar la noche. No se había percatado que no había rejas sobre el techo. Cuando nos sentamos a la orilla del Quineo para degustar nuestro almuerzo, estábamos contando chistes y riendo, cuando de repente escuchamos los gritos de los guías. La corriente se había llevado nuestro cayuco bajo corriente. Hubiera visto como corrían los hombres tras él. En otro lugar los guías tenían que llevarnos, como niños, en sus fuertes brazos para cruzar el río y sentarnos de nuevo dentro el cayuco, una vez dentro nos dimos cuentas que en nuestras manos todavía se encontraba el pedazo de pan que habíamos recibido para el almuerzo. Sin embargo, en medio de tantas dificultades la Madre Caridad murmuraba, “Todo por amor a Dios y como él lo quiere.”

Puerto Asís jugó una parte muy importante en la batalla entre Colombia y Perú ya que desde este lugar las tropas colombianas viajaban desde el Río Putumayo hasta el lejano Guepi. En 1932 el gobierno pidió a la Madre Caridad que se hiciera cargo del hospital militar en Puerto Asís. Ella prontamente respondió enviando otras Hermanas. Al llegar, encontraron a los pobres soldados en una gran miseria. Todo les hacía falta. Estaban acostados sobre el suelo, no tenían camas, ni cobijas, ni enfermeras. Con una caridad cristiana, las Hermanas trabajaron para devolver a los soldados heridos a una condición más digna. Cuidaron a los heridos con gran dedicación y eficacia que ninguno murió.

Fue una época muy difícil. Día tras día, la gente vivía en temor y en angustia por los bombardeos y las posibles invasiones de los soldados del Perú. En el internado los niños pequeños dormían con los más grandes, viviendo bajo el cuidado de la Buena Madre Caridad. Dormían con un saco de víveres listos para huir hacia el descampado en momentos de peligro. Cada niño había recibido instrucciones hacia donde huir.

La Hermana Monika Wirth de Engelburg, quien administraba el hospital, escribió, “La fe sencilla, la piedad y el amor por la Santísima Madre era de admirar en los soldados. Muchos recibían la Santa Comunión diariamente; el Viernes Santo nadie se quedó fuera de la Mesa del Señor. Una vez, la tropa hizo un retiro de tres días. Era edificante e impresionante ver como estos soldados jóvenes pasaban este tiempo espiritual. Y cuando sonaba la trompeta, ninguno subía al cayuco sin recibir primero un escapulario o una medalla. Sin duda alguna las Hermanas tenían una gran influencia en ellos.

Tendremos que resignarnos en omitir los detalles de las otras dos fundaciones de Mocoa y Florencia. El autor de este libro ha escrito otro libro sobre la vida y las costumbres de los pelirrojos del Vicariato, *Bei den Indianern am Putumayo*, de acuerdo a sus experiencias en ese lugar.

## BAJO EL ECUADOR

El primer país al cual la Madre Caridad dedicó muchos de sus esfuerzos misioneros en el año 1888 fue el Ecuador. Fue también en Ecuador donde ella en 1938, 50 años después, fundó una de sus últimas misiones en Mariano Acosta y le siguió la fundación de Ibarra en Diciembre de 1939.

El pequeño pueblo de Mariano Acosta está ubicado en la Provincia de Imbabura, una bella región enriquecida por varios lagos y admirables paisajes. El Gayambe, el eternamente nevado desde lejos se hace visible. Los Indígenas de esta región son alegres, pacíficos y emprendedores. Hablan el idioma antiguo Inca, el quechua. Vestidos con sus típicos trajes, atraen la atención de todos. Las mujeres jóvenes y adultas, visten blusas blancas adornadas con encajes y todo tipo de adornos sostenidos con una faja de lana, además portan una bufanda tricolor y elegantes sombreros. Las manos y sus cuellos están embellecidos con cadenas y aretes dorados. Los hombres visten camisa y pantalón blanco, un pequeño abrigo y un sombrero semejante al de las mujeres. Grandes y pequeños se desviven por la limpieza.

Como respuesta a la petición de Monseñor Masquera de Ibarra, la Madre Caridad abrió una escuela en Mariano Acosta. Sus habitantes prepararon una triunfante procesión a su llegada. Muchos cabalgaron a Ibarra y formaron una fila de honor acompañándolas por algunos kilómetros; la gente montaba pasando debajo de majestuosos arcos puestos por la calle. Las campanas sonaban mientras llovían las flores, algo nunca visto. Los amables pelirrojos apreciaban a las Hermanas. Estaban felices que las Hermanas llegaran hasta ellos. Hombres, mujeres, niñas y niños se arrodillaban en el camino y besaban las sillas de los caballos.

Las Hermanas Franciscanas pronto se encariñaron con la gente y hacían mucho por ellos. La devoción de los Indios de Mariano Acosta es única. Con frecuencia visitan a las Hermanas los domingos y les traen regalos que cargan sobre su espalda. La palabra de la Hermana era para ellos más importante que la del sacerdote. Esto lo consideraban como una ley y trataban de serle fiel.

Al principio, el gobierno del Ecuador se mostraba indiferente, hasta sospechoso de dicha fundación. Hoy exaltan la escuela en Mariano Acosta como un ejemplo a seguir. El Ministerio de Educación en Quito honró a las maestras con medallas por el extraordinario trabajo realizado. Con orgullo los padres de los estudiantes insistían que las Hermanas eran las mejores maestras de todo la Provincia.

Las Fiestas en este pueblo se celebran con gran entusiasmo. Su principal Fiesta es la de San Juan Bautista la cual es celebrada por la gente durante tres semanas. El día de la fiesta los Indígenas vienen desde sus lejanas aldeas vistiendo sus mejores atuendos y trayendo regalos para sus seres queridos. Desde que llegaron las Franciscanas, a ellas les toca la parte mayor del regalo.

En Marzo de 1939, la Madre Caridad, a la edad de 79 hizo su visita. Las últimas cinco horas de su viaje lo realizó a caballo bajo la lluvia y por caminos peligrosos y en malas condiciones.

¿Que hicieron los Indios? Cuatro hombres escarbaban en el camino lo arreglaban para que los caballos pasaran por un sendero más seguro. Otros cuatro hombres se mantenían al lado de la Madre Caridad para ayudar a sacar el caballo cuando este caía dentro de los huecos de

lodo. Los hombres sostenían un manto de plástico sobre la cabeza de la Madre para protegerla de la lluvia.

Bajo estas condiciones, el viaje que normalmente se realizaba en cinco horas, duró ocho. Pero aun así, la Madre no lo consideraba como algo trágico.

La Madre Caridad se dirige a su compañera y le dice, “Me parece justo que al igual que mis Hermanas yo tenga que pasar por los mismos sufrimientos y dificultades que pasaron ellas al llegar hasta aquí.”

Los Indígenas habían adornado el camino con bellos arcos hechos de flores y frutas. A pesar de la lluvia, muchos llegaron para dar la bienvenida a la visita. Hombres y mujeres empezaron a llorar al ver a la “Gran Madre” ya que la consideraban su mayor bienhechora. Estaban emocionados al ver como ella, a su avanzada edad y bajo la terrible lluvia, hubiera llegado hasta ellos para visitarlos.

Fue así, que la fundadora, ya anciana, llegó a su destino final bajo el ruido de la lluvia, de las campanas y del júbilo de la gente. Al día siguiente, todos los niños y niñas llegaron a la Santa Misa acompañados de sus padres. Después de la celebración eucarística, todos se reunieron en la casa de las Hermanas para saludarla, en especial, a su Madre Superiora. Todo el día las personas iban y venían como las abejas en su colmena. Hasta de las montañas llegaban los pelirrojos con sus canastas llenas de regalos – pollos, huevos, conejos, bananas, y otros artículos, y hasta las más bellas flores de sus jardines.

La Madre Caridad permaneció en el pueblo durante ocho días mientras continuaban estas fiestas. Ofreció un almuerzo para toda la gente sirviendo personalmente a cada uno y le ofrecía un regalito; ya fuera una medalla o un rosario.

El día de su partida toda la gente de nuevo se congregó. Se arrodillaban frente a ella pidiéndole su bendición. Le agradecían el hecho de haber dejado con ellos varias Hermanas las cuales cuidaban con gran devoción. La anciana Madre aceptaba su veneración y a su vez los veneraba. Su gozo era inmenso al constatar cómo sus Hermanas podían trabajar en este lugar y ver cómo la fe triunfaba aquí mientras que el egoísmo y la falta de fe reinaba en el mundo.

Don Juan Manuel Twan, el jefe del pueblo, puso 20 hombres a la disposición de la Madre Caridad quienes la cargaron en camilla hasta Pimampiro, a cinco horas de distancia, por miedo que el viaje a su avanzada edad y el clima le hicieran daño. ¡Imagínese! Los pelirrojos se discutían entre ellos el honor de llevarla.

Al llegar a la cima de la Montaña y al divisar la estación de los automóviles en el valle, los buenos Indígenas sacaron sus instrumentos musicales y empezaron a tocar sus marchas. Así, al llegar a Pimampiro, la Madre Caridad fue recibida por un inmenso gentío.

Allí la llevaron a la casa parroquial donde, tomando su corazón en sus manos para no dejarse llevar por la gran emoción, agradeció a los indios por todas las dificultades que habían sufrido y por el amor manifestado hacia su Hermanas. Ella prometió manifestar su agradecimiento al llegar a Pasto lo cual cumplió fielmente a su llegada. Para la Madre Caridad, todos los honores y halagos que recibía no tenían ningún valor, al igual que los muchos trabajos realizados durante su vida. Ella, todo esto lo consideraba como tareas que tenía que cumplir. En

efecto, ella había pedido a sus compañeras de no comentar con nadie acerca de todas las dificultades que tuvieron que sufrir “porque” decía ella:

“Estos sacrificios no son nada comparado con todo el bien que podemos hacer por Cristo en este país. ¡Alabado sea su Santo Nombre! Tenemos que agradecer a Dios que nos ha permitido fundar en Mariano Acosta porque allí su Santo Nombre será conocido y amado a través los sacrificios de nuestras Hermanas.”

Esto le causaba gran alegría. Aunque las Hermanas que misionaban en este lugar se quedaban tristes al pensar que quizás no volverían a verla.

A lo largo de 50 años de gobierno de la Congregación, la Madre Caridad (su fundadora) fundó 46 misiones siendo pocas la que tuvo que cerrar por razón de la guerra o malos climas. También, durante este tiempo 500 jóvenes fueron aceptadas como Hermanas en la congregación. Es difícil describir el trabajo y los sacrificios necesarios para guiar las fundaciones en los diferentes países en donde había presencia la congregación. Preferimos enfocarnos en un punto - sus viajes.

San Pablo, el gran misionero, escribió sobre las dificultades y las preocupaciones que le causaba el guiar a las iglesias que él había fundado. Específicamente, mencionaba las dificultades y sacrificios que implicaban cada uno de sus viajes.

La Madre Caridad también podría habernos hablado de esta tarea tan difícil. Solo podemos imaginar las exigencias que cada una de estas misiones requería del Gobierno General. Pocos podemos imaginar lo que significaba, bajo aquellas condiciones, cada viaje que la Madre realizaba en aquel tiempo. Ella, a pesar de su avanzada edad, de sus dolores y sus enfermedades físicas, nunca dudó el ir a visitar aquellos lugares donde sabía que se le necesitaba. Su incomparable y firme voluntad superaba cualquier obstáculo y todo tipo de dificultades causadas por el mal clima y los malos y peligrosos caminos.

Veinticinco años atrás, al sur de Colombia, solo se podía viajar a caballo. En épocas lluviosas los caballos se hundían en los pantanos y en el lodo. Los inimaginables caminos frecuentemente ponían a los caballos y a los jinetes en situaciones peligrosas. A veces, estos viajes duraban por lo general dos o tres semanas. Uno de mis compañeros de viaje me comentó que él había acompañado a la Madre Caridad en su viaje de Túquerres a Barbacoas en 1902 cuando ella viajaba con la Hermana Francisca a Europa.

Dijo que el camino para las caravanas ya no existía puesto que ya no se usaba durante los últimos tres años de la revolución. Las lluvias torrenciales, comunes en esta región, lo habían destruido completamente. Se podían ver las acumulaciones de tierra, los abismos o huecos en el suelo. Las Hermanas viajaban sobre cerros, a veces a caballo a veces a pie. Al tercer día llegaron al peor de los trayectos como les era imposible continuar a caballo tuvieron que caminar. En realidad no era caminar sino un constante caer y levantarse del lodo. Una de las compañeras no quería continuar. Solo la Madre Caridad no se desanimaba. En su alegría natural decía, “Todo por amor a Dios y como Él lo quiere” animando a todos. Al llegar a uno de tantos lugares peligrosos se le escuchó decir. “Dios lo quiere. Él nos protegerá.” Al final de un tal día ella reía alegremente y decía, “Gracias a Dios. Él nos metió en este lio, pero todo salió bien.”

Cuando el grupo llegó a Pincuan, la gente vino a saludarlos. No podían creer que los viajeros hubieran pasado por un camino tan peligroso. Se preocupaban por ellos, ya que el trayecto que les esperaba recorrer en dirección a Buenavista era peor. Les aconsejaba que no continuaran, que debieran regresar.

La Madre Caridad, quien nunca se dio por vencida, respondió, “Obviamente una parte del camino puede ser peligrosa; pero el resto será mejor.” Y al informante le respondió, “Creo que el camino puede estar en muy malas condiciones como lo dice la gente pero Dios quiere este viaje y él nos ayudará.” Ella estaba en lo cierto; la caravana llegó a Barbacoas antes de lo previsto.

En Buenavista se encontraba el Señor Obispo Moreno quien realizaba su visita pastoral. El admiraba a la Madre Caridad por su valentía y la invitó, junto con sus Hermanas, a comer con él. Ella, riendo avergonzadamente, al ver sus hábitos llenos de lodo rechazó la invitación. Después del almuerzo, el obispo impartió su bendición a la comitiva que continuaba su viaje mientras repetía, “La Madre Caridad es más valiente que todos nosotros juntos.”

Poco antes de llegar a Barbacoas, la Hermana Francisca junto con su caballo cayó dentro de un hueco. Tenían mucha dificultad para levantarse. Después del shock, la Madre Caridad reía al ver a su compañera, de pies a cabeza, llena de lodo. La Hermana Francisca, uniéndose a la risa, dijo, “Me caí muy bien; no había nada que me lastimara.”

Bajo estas condiciones, las Hermanas entraron triunfantes a Barbacoas donde la gente admiraba a estas mujeres frágiles.

En sus viajes, la Madre Caridad no sólo tenía que enfrentarse a los malos caminos sino también a los cambios bruscos de temperaturas: en los valles, al cálido y brillante sol; y en las alturas de los Andes a los fríos congelantes; como también a las furiosas tormentas, al hambre y la sed; a la pobreza y a las múltiples preocupaciones. Cuando llegaban por las tardes a una humilde choza, ella y sus compañeras pasaban la noche durmiendo en el suelo sobre duras tablas.

El 4 de Agosto de 1920, la Madre Caridad que viajaba de Panamá llegó a la bella Isla de Tumaco situada en la costa del océano pacífico. De allí viajaron a Túquerres por el Río Telembi pasando por espesas selvas vírgenes.

Era la época seca y el nivel del agua del río había bajado. Como no se recomendaba viajar en barco bajo estas condiciones, los viajeros tuvieron que esperar en la Isla durante 10 días. Finalmente, pudieron embarcar pero el pequeño barco sólo pudo avanzar durante una hora y media forzándolos a detenerse en una playa inhabitada en donde no se encontraba ninguna choza. El capitán pidió a las Hermanas desembarcar ya que por la falta de agua el barco no podía seguir y tendrían que regresar a Tumaco.

La Superior General estaba muy desanimada pero dijo, “Hermanas, confiemos en Dios y abandonémonos a su Voluntad, y aceptemos todo lo que Él nos mande.” Debajo de la sombra de un árbol, se arrodilló junto con sus Hermanas y oró así, “Recuerda, O amado san José...” ¿Qué haremos? Las orillas del río están llenas de cocodrilos algunos dormían bajo el sol mientras que otros rodeaban el pequeño barco.

Las Hermanas permanecieron bajo el árbol durante cuatro horas en espera de una solución. Eran como las dos de la tarde cuando llegaron tres lanchas llenas de soldados que subieron en otro barco que los esperaba para luego perderse en la lejanía de las aguas del océano pacífico.

La Madre Caridad rogó a los remadores que regresaran, pero ellos presentaban todo tipo de excusas y dificultades, y a la vez, pedían a las Hermanas una gran suma de dinero por dicho servicio.

La Madre Caridad aceptando pagó. Lentamente navegaban de nuevo. De vez en cuando tenían que cambiar de canal a causa de los remolinos o las fuertes contracorrientes. Este viaje



normalmente duraba nueve días, pero tenían que aceptar todo tipo de peligros, fuerte calores bajo el sol tropical, hambre, sed y mosquitos. Aun así, el rostro de la fundadora permanecía igual. Sus dedos se deslizaban sobre las cuentas de su rosario y sus labios se movían constantemente en oración. Su ejemplo inspiraba a sus tres compañeras y pensaban para sí, “Adelante hija mía y mantén la paz.”

La Madre Caridad adivinando sus pensamientos y dijo, “Como recompensa por haber soportado estos sufrimientos, ustedes recibirán las fuerzas necesarias para afrontar sacrificios y dificultades mayores. El descanso, por supuesto, vendrá después.” Su risa alegre animaba a todas.

Una Hermana joven se ofreció para cocinar. La Madre Caridad sonrió y dijo, “Cocina como lo hacen en París.”

Las viajeras llegaron a la primera choza a las 9 de la noche. Era una choza de bambú construida en dos niveles y sostenida por estacas de madera. Una familia negra de 15 miembros vivía allí y hablaban un idioma muy difícil de entender. Una escalera dirigía hacia las habitaciones. ¡Sería un milagro que las Hermanas subieran hasta allá ya que para lograrlo tendrían que pertenecer a un gimnasio!

El líder de los remadores insatisfecho dijo a las misioneras, “No podemos continuar así, ya llevamos nueve días contra corriente. Mejor es que esperen al barco. En realidad era que ya no quería llevar a las Hermanas pero tampoco las podía dejar en estas selvas.

La Hermana cocinera salvo la situación. Una vez que llegaron, empezó con su tarea. La Madre Caridad le advirtió, “Bueno Hermanita, sólo prepare un sancocho.” El sancocho es un platillo colombiano que contiene todo lo necesario para sobrevivir, frijoles, papas, legumbres y otros vegetales. Aunque la joven Hermana suiza recién llegada no conocía el platillo lo preparó muy bien siguiendo las instrucciones de su superiora. Complació no sólo a sus compañeras colombianas sino también a la familia Negra y a los remadores.

Después de la cena, las Hermanas prepararon su lugar para dormir en el suelo protegidas por unos toldillos contra los mosquitos. Ya avanzada la noche las Hermanas rezaron sus oraciones y la Madre Caridad las bendijo con agua bendita la cual nunca olvidaba en sus viajes. Se acostaron, cuando de repente les llegó una manada de mosquitos que cantaban alrededor de ellas. Algunos lograron abrirse paso debajo del toldillo picando hasta saciarse. Las Hermanas, por su parte, no durmieron. Muy de madrugada a las 3 de la mañana se levantó la Madre Caridad y las otras compañeras la siguieron. Prepararon lo necesario para continuar el viaje. Prepararon café negro mientras los remadores con el concierto de sus ronquidos dormían tranquilamente. La Hermana cocinera preparó un caldo de pollo para su superiora, pero para su sorpresa, la Madre Caridad se la ofreció a uno de los niños enfermos quien dormía en la esquina de la choza. La única alimentación de la cual ellos disponían era bananas cosechadas y café negro.

“Bueno, quizás encontremos carne y huevos en Barbacoas,” bromeó la Madre Caridad. Era una mañana hermosa. El bosque estaba quieto, las palmas se meneaban y oraban con la brisa, los pájaros cantaban y la corriente de agua, rugía. “Todo alrededor nuestro cantaba,” los participantes dijeron, “y nuestra oración matutina se unió en una sinfonía armoniosa con el ambiente tropical.”

Finalmente llegaron los remadores mientras que los cocodrilos hambrientos sacaban sus trompas filosas del agua. Sin ninguna quejas, los hombres tomaron sus remos y silenciosamente deslizaban las canoas. Era fatigoso sentarse sobre troncos de árboles y temeroso ver como entraba el agua por los agujeros en el piso de las canoas.

La Madre Caridad se mantenía en silencio. Aceptaba las incomodidades del viaje y no deseaba algo mejor. De repente empezó a cantar, “Santo Dios, alabamos tu nombre,” y el resto se unió al canto. Después de este himno siguieron cantando otros con alegre espíritu en especial el “Ave Maris Stella.” Era apropiado, ya que los hijos de María remaban tranquilamente por el Rio Telembi. Tampoco olvidaron un canto a san José, a quien habían escogido como su protector especial durante sus viajes. Siguieron su viaje tranquilamente por el rio Telembi acompañado de oraciones, cantos y chistes.

Uno de esos días, un gran número de Negros se congregó en el lugar donde había llegado la canoa. Inmediatamente los bananos y el café pasaron de las manos de la Madre al estómago de esta gente. Nada había quedado para las Hermanas.

Era ya media noche y no habían comido. La Madre Caridad, quien no había probado bocado desde ya hacia 12 horas, sirvió a todos antes de servirse ella misma.

Miró a la joven Hermana cocinera y con una sonrisa le dijo, “Hermana, ésta era la comida más deliciosa que he comido en mi vida.

La hermosa luna apareció en el cielo y las estrellas irradiaban una belleza excepcional. El río parecía ser un mar brillante de plata mientras que todo alrededor guardaba silencio. Se podía sentir la grandeza de Dios presente en su creación.

Una madrugada, a las 3 de la mañana, fuertes voces despertaron a las misioneras que decían, “Esta noche llegaremos a la casa de la bruja.” “No hay otro lugar donde detenernos.” “¿Que van a ser las monjas?” Eran los remadores que discutían entre ellos.

“Sigue siendo un misterio que las monjas tengan algo que ver con las brujas.” El día era un día muy caliente y los viajeros sufrían sed. Las Hermanas pedían permiso para tomar agua del río. La Madre Caridad sabía que esta agua causaba fiebres elevadas.

“Imitemos a Heinrich Susso”, dijo ella. “quien al mirar desde su celda el Lago Constancio se dijo, ‘Tengo sed, me gustaría tomar toda esa agua, pero ninguna gota tomaré porque Jesús mismo sufrió sed !Dios sufrió sed!’” Y así, la Madre Caridad dio valor a sus Hermanas para soportar su sed por amor a Jesús.

Esa tarde, el grupo llegó a la choza de la bruja. Uno de los compañeros de viaje cuenta:

Ya nos habíamos acostado. Después de 30 minutos, divisé con la ayuda de la luz de la brillante luna, tras el toldillo, la figura de una mujer Negra adornada con raros ornamentos que se acercaba. Ninguna de nosotros durmió. La bruja hacía todo tipo de gestos extraños cerca del toldillo de la Madre Caridad y trataba de ver su cara. Luego retrocedió y dijo, “Con esta vieja no puedo hacer nada.” Sí, así lo creo, porque “Esta vieja,” nuestra buena madre vive constantemente en unión con Dios y quizás fue su virtud pudo haber confundido a la bruja. A la mañana

siguiente tres cucharas y platos, que habíamos escondido, habían desaparecido. Los remadores estaban sorprendidos que no nos faltara algo más. Unos minutos antes de nuestra despedida, la bruja llegó de nuevo. Con el motivo de ganarla para Cristo, nuestra Madre le ofreció una buena comida y algunos regalos. La tarde anterior antes de que llegara la bruja, la Madre Caridad me llamó. Tomó el rosario de mi cordón y me preguntó, “¿Por cuánto tiempo has tenido este rosario?” Dieciocho años, desde mi profesión.” “Bien, ahora dámelo para dárselo a este pobre Negro enfermo” y se lo entregó. “Ahora, no me perderé,” dijo él. “Tengo el Rosario y tengo a Cristo,” y cubría su precioso regalo de besos.

La tarde del noveno día llegamos finalmente a Barbacoas. De allí, faltaría aun cinco días para llegar a Túquerres.

Aunque frecuentemente estos viajes eran peligrosos, muchas veces se experimentaba claramente la providencia de Dios. Una vez ocurrió que la comida y el agua se habían acabado pero al llegar al pequeño pueblo de El Bodo, donde las Hermanas tenían una escuela, muchos de los niños llegaron trayendo sus regalos. Les trajeron huevos, arroz, frutas y otros artículos. Una vez más, los viajeros recibieron provisiones los montaron en sus caballos y continuaron su viaje hacia Túquerres. La Madre Caridad estaba feliz y dirigiéndose a su fiel acompañante, Salazar, quien la acompañaba en sus viajes y conocía sus preocupaciones le dijo, “Ya ve, Salazar, en todas las situaciones hemos puesto la confianza en la Divina Providencia.”

En efecto, la confianza en la Divina Providencia era necesaria en estos viajes ya que sobraban las ocasiones para practicarla, la cual se unía a la práctica de la humildad, pobreza y el total abandono al plan de Dios.

En uno de los viajes hacia el norte, la Madre Caridad, con un grupo de sus Hermanas, llegó, después de ocho días, a una choza desmantelada que se encontraba en una región solitaria. Dudando si debería pasar allí la noche detuvo su caballo mientras sus Hermanas sorprendidas y dudosas la veían, la Madre Caridad por su parte, las animaba y decía, “Nuestro Santo Padre Francisco estaría feliz de sus hijas y satisfecho de cualquier lugar aún los más pobres y abandonados. Y con estas palabras, se bajó del caballo. Las Hermanas no estaban solas en esta choza abandonada, durante la noche recibieron la visita de ciento de mosquitos hambrientos y de ratones que descubrieron las provisiones. Grandes animales, los cuales no se podían distinguir en la oscuridad, vinieron también buscando comida.

Y para empeorar la situación, la lluvia torrencial empezó a caer sobre la visita impidiendo que durmieran. La Madre Caridad continuaba animándoles como si ella no sufriera lo mismo. En sus viajes, ella dejaba a la “superiora” en casa y se conducía simplemente como una hermana y una madre. Ya para las 4 de la mañana después de haberse refrescado con un café caliente se encontraban montando los caballos.

El viaje que la Madre Caridad realizó de Túquerres a Cartago en el año 1914 exigía la práctica de virtudes heroicas. Tenían que montar a caballo durante varias semanas bajo la lluvia. A diario, caían sobre ellas las aguas torrenciales. En el clima inmensamente frío, el agua penetraba hasta los huesos que amenazaba congelarles las extremidades.

El día antes de partir, un sacerdote dijo a la Madre Caridad, “El viajar en una época lluviosa es como tentar a Dios ya que todo el camino se vuelve muy pantanoso. Será mejor que regresen a Túquerres y viajen hacia el norte en barco.”

Pero ella completamente convencida, contestó, “Es urgente que viaje ahora. Es por eso que Dios me ayudará.” Al día siguiente viajó a Cartago.

Antes de salir de Pasto, ella hizo un trato con el Obispo Pereira, quien había muerto pocos días antes. Ella le había ayudado, a través el cuidado maternal de sus Hermanas, durante sus días de sufrimiento. Ahora, ella le pedía que le rembolsara sus servicios. Le pedía que rogara a san Pedro para que la protegiera de la lluvia. Ella prometió ofrecer una Santa Misa por su descanso por cada día que no lloviese. Lo cual sería imposible en esa época de lluvias.

La Madre Caridad viajó durante 20 días sin sentir una gota de agua, aunque lloviese continuamente alrededor de ella. Naturalmente, el camino estaba en pésimas condiciones, lleno de huecos con agua y lodo, otros casi imposible de atravesar pero del cielo, ninguna gota de agua sobre ella, fue un gran favor. La feliz religiosa no olvidó la promesa hecha al Obispo.

Su corazón, sin embargo, pesaba con las preocupaciones por su comunidad. El quinto día, los viajeros pasaron la noche en Casa Eria ya que el barco tenía que ser reparado.

Mientras que se preparaba la cena, la Madre caridad desapareció. Una de las Hermanas la encontró sentada sobre una piedra llorando amargamente. La Hermana se quedó sorprendida puesto que nunca la había visto tan débil y llorando. Compadecida, le preguntó la razón de las lágrimas.

Pero la Madre Caridad tocándole la mejilla le dijo, “Oh, mujer tan curiosa” y se echó a reír sin revelar su secreto.

Para el siguiente trayecto del viaje, las Hermanas llegaron a Dos Ríos. ¡Una nueva sorpresa! El río Guachicone y el río san Jorge, que se unían, se habían desbordado a causa de las pesadas lluvias causando fuertes y peligrosas corrientes.

Los Negros grandes y fuertes de los alrededores ayudaban a la gente a cruzar el río en sus canoas. Una de las Hermanas jóvenes que había llegado de Suiza encontraba todo muy interesante. Ella reía y bromeaba ya que no conocía ni medía el gran peligro. La Madre Caridad sin embargo, no se sentía con ganas de reír. Ella rezaba y pedía la ayuda de Dios con tanto fervor pues temía un accidente. Salazar se montó en el caballo y cruzaba por donde los Negros le indicaban, la corriente era tan fuerte que desapareció bajo el agua por un rato.

Mientras tanto la canoa que dirigían los Negros llegó a la orilla. La Madre Caridad se percató del gran peligro en el que se encontraba Salazar y su caballo. Se acercó a la orilla del río y con manos en posición de oración miró al cielo y angustiada pedía a Dios su misericordia. Pronto Salazar se pudo ver en la orilla no lejos de dónde se encontraban las Hermanas. La Madre Caridad se sentó; estaba agotada por la angustia y de su corazón brotó un fervoroso, “¡Deo Gratias!”

En Patia, una aldea habitada por Negros, los viajeros encontraron una agradable acogida. Pero en medio de la noche una enorme tormenta se desató en la región; peligrosos rayos iban y

venían mientras fuertes truenos rugían a través las densas nubes que amenazaban con destruir la pequeña choza mientras que el niño de la familia lloraba.

La lluvia penetró por el cielo raso hecho con hojas de palmas transformando aquel lugar de descanso en una piscina.

La Madre Caridad era la única que mantenía la calma mientras que animaba a los otros a rezar.

Durante el siguiente trayecto, una de sus compañeras se cayó del caballo fracturándose la mano. En Popayán, el Doctor Garcés recibió al grupo como sus invitados. Reunió a todos los miembros de la familia y amigos y expresó su gran admiración por la valentía de estas mujeres que se atrevieron a viajar bajo dichas circunstancias, circunstancias que hubieran desanimado hasta al hombre más fuerte.

El viaje empeoró en el trayecto de Popayán a Cali. El caballo en el que montaba la Madre Caridad, tomando un paso en falso, cayó sobre la Madre. Por suerte, el noble caballo se mantuvo quieto mientras que la Madre se ponía a salvo. Los compañeros vieron en esto la sabiduría de la Divina Providencia.

Después de 20 días, las Hermanas llegaron finalmente a Cali. Muertas del cansancio, pidieron alojamiento en un convento pero fueron rechazadas. Las compañeras lloraron ante tal rechazo.

Aunque sobre las mejillas de la Madre Caridad rodaban algunas lágrimas con resignación dijo, “Recordemos que san Francisco tuvo que sufrir la misma humillación de parte de sus hermanos, “Pero” continuó, “díganle a todas las Hermanas de mi parte que nunca deben negar a nadie la hospitalidad especial, a los religiosos y sacerdotes. Sería mejor sufrir alguna incomodidad que negar alojamiento al extranjero.”

Las Hermanas de la Caridad con toda bondad acogieron a las Franciscanas en Cali. Durante los ocho días de estadía en este lugar, la Madre Caridad se sometió, en todo, al orden del convento, y cuando necesitaba algo, de rodillas lo pedía a la superiora. En Cali, el grupo tomó el barco que navegaba sobre el Río Cauca hasta Cartago. Allí, las Hermanas recibieron a la fundadora con gran amor. Querían reparar por todas las incomodidades e inconvenientes del viaje y la cuidaron con gran cariño.

Pero la responsabilidad exigía otro sacrificio. La Madre Caridad pasó toda la noche en vela atendiendo a las Hermanas que deseaban hablar con ella para luego emprender, al día siguiente, el mismo viaje. Ningún lapicero podría poner por escrito todo lo que ella sufría exteriormente y por lo que pasaba por su interior en esas semanas. Hoy ese mismo viaje se puede realizar por tren, auto o por avión en menos tiempo y sin tantos contratiempos. En las últimas décadas, Colombia ha logrado tremendo progreso cultural, pero en ese entonces las cosas eran muy diferentes. Lo que la Madre Caridad sufrió en medio de los peligros y tribulaciones es inmensurable.

Durante su largo período de Superiora General, visitó varias veces las 40 fraternidades que había fundado. Aun a la edad de 70 o 80 años, realizó visitas a Norte, Centro y Sudamérica al igual que en algunas partes de Europa, Escandinavia y Rusia. Viajó a Suiza seis veces, cruzó el Atlántico 13 veces siendo la última vez en el año 1935.

Podemos entender porque en su ancianidad cuando recordaba sus viajes, un gran suspiro brotaba de su pecho y decía, “A la hora de mi muerte, imploraré la compasión de mi Juez y le diré, ‘Señor, recuerda todos los viajes que realicé por amor a Ti.’”

## EL PAPA HABLÓ

Ya, al principio de sus actividades como fundadora, la Madre Caridad se esforzó por asociar sus conventos con los Frailes Capuchinos. El Padre Bernardo Christen de Andermatt, en ese tiempo Superior General, aceptó a nuestra congregación en la familia Capuchina el 8 de Noviembre de 1906.

En 1915, la Congregación de Religiosos en Roma reconoció a nuestras Hermanas como congregación bajo la jurisdicción diocesana. Pero el deseo de nuestra fundadora era que la congregación estuviera bajo la jurisdicción del Santo Padre, así se facilitaría la extensión hacia otras diócesis.

En noviembre de 1922, Roma otorgó a la congregación, quien había renovado sus constituciones de acuerdo al Código Canonice de 1917, el decreto de aprobación por el periodo de siete años. Esto fue para la Madre Caridad un gran consuelo, pero no perdía la esperanza de la aprobación permanente.

Para lograr esto, rogó a la Madre Inés Danner, entonces Superior General, que pidiera una audiencia con el Santo Padre en 1927.

La Madre Inés, en compañía de la Hermana Fides Gwend de Altstätten, entonces maestra de novicias, viajó a Roma. Viaje que realizó dos años después como vicaria general enviada por la Madre Caridad.

El Papa Pio XI amablemente recibió a las dos misioneras en una audiencia privada. Las Hermanas entregaron todas las fervorosas recomendaciones escritas por los Señores obispos, bajo cuyas jurisdicciones trabajaban nuestra Hermanas, a través las cuales pedían a su Santidad la aprobación final del instituto. El Papa prometió estudiar las recomendaciones y de encargarse de ello lo más pronto posible dejando como Cardenal Protector al Cardenal Gasparri.

Pero las dos Hermanas tenían, para presentar, otra petición de parte de la Madre Caridad. Rogaban el permiso de introducir la adoración perpetua en la Casa Madre. El Santo Padre preocupado dijo, “No sé si las Hermanas tomarían bajo su responsabilidad una carga que no podrán llevar porque lo que piden exige muchos sacrificios personales y materiales.”

La Madre Inés respondió, “Santo Padre eso lo haremos con gusto, una de nuestras principales intenciones de la adoración es rogar por la santificación de los sacerdotes.

Esto causó al Santo Padre una expresión de gran gozo que se reflejó en su rostro y dijo, “¿Pero no se conformarían con una corta exposición, durante el día?”

“Como usted lo desee su Santidad, pero deseáramos de todo corazón la adoración perpetua, día y noche, año tras año, Santo Padre.”

Después de los 20 minutos permitidos para la audiencia, el Santo Padre bendijo a las visitantes con estas palabras, “Esta bendición es para ustedes y para todos sus seres queridos. Se extenderá también a todos los miembros de su congregación, a sus superiores, capellanes, obispos y todos los estudiantes presentes y futuros.”

Las dos Hermanas recibieron aquella bendición, sentimiento indescriptible de la presencia de Dios.

Mientras se alejaban, sentían la mirada del Papa y estaban convencidas que habían cumplido exitosamente su misión.

Normalmente para recibir una respuesta se necesita una larga espera a causa del gran número de casos que esperan sobre el escritorio de las oficinas del Vaticano.

La Madre Caridad oraba incesantemente pidiéndoles a las Hermanas que rezaran para que la aprobación de la adoración perpetua se le concediera durante su vida terrena.

Pero le llegó otra dificultad. Después de su re-elección como Superiora General en 1928, tuvo que visitar a las casas situadas al norte de Colombia. Mientras se encontraba en Tuluá recibió noticias de Roma que informaba que para recibir la aprobación final, la recomendación del Arzobispo de Popayan era necesaria. Hacían pocos días había estado allí.

Aunque en camino a Tuluá se había enfermado, la Madre Caridad decidió regresar inmediatamente a Popayan y rogarle personalmente al Señor Arzobispo su recomendación. Era ya de tarde cuando arrodillándose a los pies del arzobispo le pedía este gran favor.

Pero como temblaba por la alta fiebre y estaba torturada por el dolor, se desmayó. La enfermera la cargó, mientras con temor explicaba la razón de la visita al arzobispo. Él, conociendo bien las virtudes de la fundadora y el gran trabajo de las Hermanas escribió la recomendación esa misma noche.

La Madre Caridad tuvo que quedarse en cama durante dos meses. Durante varias semanas se debatía entre la vida y la muerte. Tuvo que pagar caro por esta recomendación.

Mucho más fue su alegría cuando de Roma le llegó el telegrama donde se le informaba que el 16 de Mayo de 1933, el Santo Padre había concedido la aprobación a la congregación y a sus constituciones. Sus ojos se le llenaron de lágrimas.

Felizmente rezó su, “Nunc Dimitis, ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz.” Ahora podía morir en paz; su trabajo había acabado y estaba seguro. La adoración perpetua también fue aprobada. ¡El deseo de su corazón se había realizado! Ordenó que el 17 de Septiembre, fiesta de los estigmas de san Francisco, en todas las casas, se celebrara un Misa solemne y que el Magnificat se cantara con gozo en agradecimiento por tan gran regalo.

Desde ese momento la Madre Caridad se dedicó con inmenso fervor a observar la santa regla y las constituciones y a promover la caridad entre las Hermanas. Frecuentemente decía, “Si guardamos las constituciones, ellas nos guardarán a nosotras.”

En sus cartas, aconsejaba a sus Hermanas vivir conscientemente la santa regla en medio de sus ocupaciones; constantemente recordaba a las Hermanas que la negligencia y dejadez en los conventos lastimaban a las personas y se provocaba la ira de Dios. Esta convicción le daba un gran celo para trabajar por la santificación de su congregación y de sus miembros, esta santificación la deberían buscar a través de todos sus trabajos, palabras y comportamientos.



PARTE II

LA FORMACION DE SUS HERMANAS

Y

SU VIDA DE VIRTUD

## GRAN MAESTRA DE LA VIDA RELIGIOSA

El autor de este libro era capellán y profesor de religión en la Casa Madre en Túquerres desde 1921 a 1925. Durante este tiempo él tuvo la oportunidad de trabajar con la Madre Caridad. La primera vez, en el otoño de 1921, que él se presentó ante el Señor Obispo Pueyo de Val, Obispo de Pasto, el obispo le dijo, “La Madre Caridad posee un verdadero espíritu religioso. Si a las Hermanas se les guía como ella educa todo saldrá bien.”

Gracias a Dios que la fundadora tenía buen sentido del humor. Poseía un temperamento colérico, el cual le ayudaba para la formación de sus Hermanas, y para llevar a cabo la gran tarea que le confiaba la Divina Providencia.

En su libro Los Cuatro Temperamentos de las Religiosas Konrad Hock describe el temperamento colérico, de la siguiente manera:

El colérico tiene una tendencia y un entusiasmo para realizar grandes cosas. No busca lo ordinario sino se esfuerza por lo extraordinario. Desea estar al frente y tener éxito tanto en lo material como lo espiritual. Siente un gran impulso y deseo de ser santo, de hacer grandes sacrificios por Dios y por el prójimo; de ganar muchas almas para Dios.

El colérico, por naturaleza, es valiente, desafía lo vulgar y lo bajo y se esfuerza por lo verdadero, lo grande, lo noble, lo bello y lo heroico. Al esforzarse por lo grande y lo noble, una mente aguda, una voluntad fuerte y una verdadera pasión lo apoyan. También por naturaleza, consciente o inconscientemente, posee el deseo de controlar a los demás.

Reprime sus sentimientos. No le es difícil perseverar en la renuncia de una aridez espiritual por tiempos prolongados. El sentimentalismo y lo efímero le repugnan.

Relativamente se le facilita la santidad. Si pone sus esfuerzos en el servicio del bien, puede obtener mucho en lo que se refiere a la gloria de Dios, el bien del prójimo y, para sí mismo, la ganancia temporal y eterna. Para esto, los siguientes elementos son de gran ayuda: una mente aguda y un entusiasmo por lo grande y noble; la fuerza y la determinación de su voluntad y la gran energía con la cual sus pensamientos y sus planes abarcan toda su alma.

Cuando el colérico encuentra contradicción, interiormente se enoja fuertemente. Esta irritación es expresada a través palabras fuertes, que podrían decirse con cortesía, pero el tono con que son pronunciadas puede herir profundamente.

El colérico que posee un buen humor es paciente y fuerte ante el dolor físico, los sacrificios y el sufrimiento. Persevera en las prácticas de penitencia y mortificación interior. Es generoso y magnánimo, generoso con los pobres y los que sufren, lleno de repugnancia por lo todo lo bajo y vulgar.

Aunque el orgullo penetre en el alma del colérico, él puede honestamente buscar la perfección, sufrir con paciencia las más grandes y vergonzosas humillaciones. ¡A veces hasta las busca!

Veremos como la Madre Caridad trabajó constantemente para mejorar sus dones espirituales; trabajó durante 50 años para formar santas esposas de Cristo.

La Madre Inés testificó:

Nuestra fundadora era una religiosa en todo sentido: sencilla, no creída. Tenía una sólida y sana piedad.

Las Hermanas en la Casa Madre con gozo acudían diariamente a la dirección espiritual. Las instruía en la vida espiritual y despertaba en ellas el amor por las virtudes. A veces usaba un libro espiritual, otras usaba las experiencias diarias o el año litúrgico.

Una carta escrita el 29 de Noviembre de 1935 a las Hermanas de Suiza es un buen ejemplo de cómo ella animaba la vida espiritual de las Hermanas. En esta carta ella enfatizaba la manera de cómo se debe celebrar el Adviento:

Cada año esperamos gozosamente el tiempo del Adviento. Por eso creí que sería bueno escribirles sobre este tiempo santo, queridas Hermanas. Nuestro propósito de Adviento deber ser, “Mas cerca de Ti, mi Dios.” El motivo de nuestro deseo de Adviento debería ser que la felicidad del nacimiento de Jesús también sea el nuestro. El espíritu de Adviento es un espíritu de penitencia como lo enseñó Juan el Bautista: “Hagan penitencia, el Reino de Dios está cerca.”

El espíritu de conversión invade el tiempo de Adviento. Es el esforzarse por la pureza y belleza del alma. Tenemos que interiorizar estos pensamientos de Adviento, pensar y hablar de las palabras poderosas de Jesús, “Que tu Reino venga.” Se harán realidad solo cuando verdaderamente obedezcamos la llamada de la Iglesia. Es una llamada a despertar, al arrepentimiento y una llamada de súplica.

Más aun, tenemos que remover los obstáculos, que impiden la entrada del reino de Cristo en nuestros corazones. El pecado deber desaparecer; los valles de la indiferencia deben llenarse de piedad y de virtud. Tenemos que examinar nuestra conciencia muy seriamente para detectar lo que nuestro Señor encontraría como piedra de tropiezo al entrar en nuestros corazones. Tenemos que preparar en nosotras y en los que se nos han encargado un lugar apropiado para el Divino Niño. Esta es la meta de nuestro deseo y de nuestro esfuerzo.

Las cuatro semanas del Adviento significan las cuatro maravillosas maneras en las que viene Jesucristo: su nacimiento de la Santa Virgen María, su venida a

nuestros corazones en la Eucaristía, su venida en la hora de nuestra muerte y finalmente, su venida en el Juicio Final.

El santo tiempo del Adviento es un tiempo mariano. En el principio celebramos la bella Fiesta de la Inmaculada Concepción cuando renovamos nuestra consagración a nuestra Madre Celestial. María, en su humildad, en su pureza, en su amor y en su espera, es un modelo para el alma consagrada en su preparación para la Navidad. La acompañamos, le ofrecemos nuestras buenas obras, nos unimos a ella en su viaje a Belén. ¡El gozo crece! La llamada se hace más urgente, “Ven, ven, Señor; no tardes.”

Si vivimos nuestro Adviento de esta manera, probaremos la felicidad verdadera de la Navidad que será una prueba de la felicidad que nos espera cuando el Adviento de nuestra vida haya pasado y podremos decir, “Para siempre, Señor contigo.”

Nuestro Señor solo quiere lo mejor para nosotras; entonces ordenara todo en nuestra vida de acuerdo a su voluntad. Vivamos como verdaderas religiosas trabajando para alcanzar la santidad completamente dedicadas a Dios y a su voluntad. Nada ocurre accidentalmente. Dios permite todo.

Estemos conscientes que lo queremos es llegar a ser santas. Eso es lo único necesario. Con esto miraremos al futuro de nuestra vida con tranquilidad y paz y en nuestro encuentro con Dios en la hora de nuestra muerte.

Quizás moriré accidentalmente en una ocasión o en ciertas circunstancias y todo seguirá igual. Lo malo que he hecho, y de lo cual me arrepiento, por favor olvídenlo; las cosas buenas son tan pocas que sería mejor guardar silencio.

Todas las oraciones que ustedes ofrezcan por mí las ofrecerán a para que Dios me conceda una feliz hora de muerte y la gracia para que hasta entonces yo trabaje asiduamente por la santidad.

El 24 de noviembre de 1942, la Madre Caridad escribió a las Hermanas en Wartensee:

Les deseo un año 1943 lleno de muchas bendiciones especialmente la paz en sus corazones, en sus casas en sus barrios, y como Dios lo quiere, en todo el mundo. Oremos mucho, ofrezcamos nuestros sacrificios y algunas penitencias por la conversión de los pecadores y la salvación de las almas. Ofrezcámonos para obtener una santa muerte para nosotras y para todos los moribundos. ¡Que son muchos! ¡Oh! Que nuestro cielo sea bendecido especialmente por todas las almas que se salvaron por nuestras oraciones y sacrificios. ¡Si sólo supiéramos lo que es la eternidad! Ganemos muchas indulgencias en favor de las almas del purgatorio para que ellas apoyen nuestras oraciones en favor de los moribundos ya que, por experiencia, ellas conocen la importancia de la hora de la muerte.

Estos pocos extractos de sus cartas manifiestan como la Madre Caridad enseñaba sobre los santos en la vida religiosa. Sobre todo, se preocupaba por llevar a las Hermanas a la santidad. Ella misma se esforzaba por alcanzar esta meta a través pequeños sacrificios diarios. Una vez reconoció lo siguiente, “No me arrepiento de no haber realizado grandes penitencias, de no haber practicado grandes y extraordinarias silicios como los grandes penitentes; pero de lo que si me arrepiento, es de haber omitido cualquier pequeño sacrificio que hubiera podido hacer.”

Trataba de impregnar en sus hijas este espíritu y hacerlas reconocer que la santidad no se adquiere en pocos días o semanas, pero que es el trabajo de toda la vida. A todas sus Hermanas les recomendó, “Sean santas como su Padre es santo.”

Como era tan sencilla, no toleraba las afecciones y exageraciones en las Hermanas, nada que hiciera de la vida religiosa algo ridículo o despreciable. Siempre corregía tal comportamiento y decía, “Nuestra conducta tiene que honrar nuestro santo estado de vida. Tiene que estar coherente con los principios de la vida religiosa. Una religiosa tiene que ser siempre modesta ya que en su manera de caminar y de comportarse refleja su modestia interior.

Estresaba sobre todo, la práctica de la humildad, convencida que en una religiosa toda desobediencia y el no sometimiento era el resultado de la falta de humildad. Incansablemente reiteraba que sin humildad era imposible ser feliz en el convento. Y repetía, “simplicidad y sinceridad en la vida hacen al alma feliz pero para eso, se necesita la humildad.”

Veremos en otro capítulo como la Madre Caridad estresaba la práctica de la humildad en sí misma y en sus Hermanas.

Enseñó a las Hermanas a unir todas sus pruebas, sacrificio y trabajo con los de nuestro Señor y ofrecerlos al Padre Celestial porque nuestras obras sólo reciben su mérito cuando se unen a la Pasión de Cristo. Sus sufrimientos y muerte son nuestra esperanza y la salvación en todas las circunstancias de nuestra vida. La contemplación diaria del viacrucis es nuestro consuelo y fortaleza.

En todo esto, ella no sólo enseñaba de palabra sino también con su ejemplo.

En 1906 una seria enfermedad causaba grandes dolores en su cuerpo. Se paralizó. El doctor le aconsejó de cambiar el clima frío de Túquerres por el cálido clima de Samaniego, pero el transporte sobre el terreno pantanoso se dificultaba mucho. Tuvieron que cargar a la enferma en una camilla durante nueve horas de viaje hasta aquel lejano pueblo. La Madre Caridad sufría terribles dolores por todo su cuerpo por los inevitables golpes que causaban las subidas y bajadas en aquella región montañosa y llena de precipicios. A veces aquellos dolores le causaban desfallecimientos, pero superaba aquellas incomodidades y dificultades con paciencia y humildad y repetía frecuentemente, “En unión con tu Pasión, amado Señor.”

Durante un viaje a Cartago, permaneció enferma todo el trayecto. Casi no podía comer, y lo poco que comía le hacía mal, pero rehusaba aceptar algo diferente a los de sus Hermanas.

Las Hermanas jóvenes que la acompañaban estaban muy preocupadas. Una de ellas, antes de irse de El Borde busco un gallo para prepararle una comida fuerte a su llegada a sabiendas que esto lo tenía que hacer en secreto. Lográndolo, se montó en el caballo, amarró al gallo al frente de ella y lo mantuvo escondido. Nadie se dio cuenta de lo ocurrido.

El trayecto después de Puertita era un camino muy inclinado obstruido a veces por inmensas rocas. Los caballos tenían dificultades para cruzarlas y los jinetes temían las caídas.

En uno de tantos saltos, la joven Hermana en su angustia soltó al gallo. Este, contento de sentirse libre, trató de volar entonando su, “Kicheriki...Kicheriki...”

Al escuchar el canto, la Madre Caridad a pesar de su temor del peligro, volteó la cabeza queriendo regañar a la Hermana. Pero al ver la angustia en su rostro y al gallo, se echó a reír.

En la tarde, después que el gallo ya estaba rostizado, la Madre Caridad dio a la Hermana, como penitencia, la mejor parte.

La Madre Caridad, en general, en sus viajes daba ejemplo de un buen comportamiento lo mismo esperaba de sus Hermanas. Su ejemplo era continuo. Sin importar cuantas dificultades y peligros se encontrara en el camino, ella siempre los enfrentaba con calma y pacíficamente en actitud de oración. Su auto control externo y su auto-renuncia interior conmovía a sus compañeras a tal grado que cada una escogía lo menor o peor para sí. Ella no aceptaba las atenciones especiales, ni siquiera en su enfermedad. Así, era ella un modelo perfecto de mortificación. Ella enseñó a sus hijas más por sus ejemplos que por sus palabras.

Era exactamente su ejemplo que revelaba el secreto de su autoridad extraordinaria sobre sus sujetos. Nunca esperaba de ellas algo que ella misma no hubiera hecho. Cuando veían lo fiel que era la Madre con sus responsabilidades y tareas, como sufría y se sacrificaba sin egoísmos, sentían la necesidad de verla como su ejemplo e imitarla.

Los viajes fueron para la Madre Caridad como una escuela. En ellos aprendió ella las razones y el sentido de la auto-renuncia. No en vano, a veces recalcaba, “Si una Hermana puede mantener bien comportada y satisfecha durante un viaje, ante las inevitables dificultades y peligros, estoy convencida que ella también tendrá la fuerza para aceptar las pequeñas cruces que le presenta diariamente la vida religiosa.”

A veces excusaba las faltas de una Hermana diciendo, “Durante el viaje ella demostró mucha renuncia y valentía.”

La Madre Caridad también necesitó mucha sabiduría para adentrarse en el alma de las jóvenes que pedían ingresar a la congregación esto para poder seleccionar a las buenas y auténticas candidatas y para rechazar a otras. Conocemos de un rechazo en su carta escrita a María Auxiliadora en Altstätten el 21 de enero de 1905 donde dice:

Alguno tiempo atrás, una tal María K. nos escribió de Nueva York. Ella ya había sido religiosa bajo la Madre Bernarda en Cartagena pero se retiró. Comentaba

que había conseguido nuestra dirección y que de todo corazón quería ingresar con nosotras. En seguida le contesté rechazándola porque no podemos admitir a nadie que no haya podido perseverar en Cartagena. ¡Gracias a Dios que lo hice! En su siguiente carta me dijo que se tiraría al océano si no aceptaba. Escribí inmediatamente a la superiora del hospital donde ella trabajaba, informándole que no podíamos admitirla bajo estas circunstancias. “Le ruego, Reverenda Madre, que la aconseje de no viajar a Túquerres en caso de que le escriba a usted. Estas personas solo causan daño en nuestra tierra.”

—

## SOBRE TODO, UNA FUNDACION SÓLIDA

“Todo el mal que nos sucede en la vida espiritual es el resultado del orgullo, queridas Hermanas. Si ustedes son humildes, estarán contentas y serán felices,” la Madre Caridad solía decir. Ponía su dedo índice en el pulgar para indicar que sólo se necesita una pequeña semilla de humildad para encontrar la felicidad en el convento.

En las nuevas Constituciones, ella enfatizó en la vivencia de la humildad como fundamento del amor fraterno. En ellas leemos, “Las Hermanas deben amarse y ayudarse mutuamente en el progreso hacia la perfección, aunque tengan que sufrir. Deben siempre recordar que la humildad es la llave para el amor fraterno; cuando cada una se esfuere por ser la última, ganara el corazón de sus co-hermanas y recibirá de lo alto muchas gracias para toda la comunidad.”

En uno de los viajes al centro de Colombia, la fundadora cocinaba en las tardes de manera que, todos los de los barrios comieran. Preparaba un gran cazo de sancocho sabroso y otro de café.

Unas señoras, provenientes de Cali, al saber de la llegada de la Madre Caridad salieron de entre las chozas y naranjos pidiendo hablar con ella. Al ver las inmensas ollas, sorprendidas, preguntaron, “¿Cuántas Hermanas han llegado?”

Las Hermanas se enrojecieron de vergüenza y dijeron, “Tres Hermanas y dos jóvenes.”

Las señoras burlonamente se empezaron a reír. Las dos Hermanas se ofendieron y esperaban que su Superiora salvara su honor al explicarles que la gran cantidad de sopa era para sus amigos los pobres. Pero la Madre Caridad se echó a reír con ellas. Cuando las señoras se habían ido, la Madre Caridad dijo a las Hermanas, “Que importa que hayan pensado que lo habían cocinado todo para nosotras, Dios sabe para quién es, y eso basta. Y ante Él, no hemos perdido nuestro honor.”

En sus cartas, la Madre Caridad también recomendaba la humildad. En una ocasión escribió a una de las misiones, “Miles de saludos, queridas Hermanas, que Dios les conceda un Feliz Año Nuevo, un año santo en todo sentido de la palabra. Hagamos el propósito para que este año, 1933 sea un año lleno de actos de humildad, humildad y santidad. Sean modestas en su pensar, modestas en su hablar, aceptando con alegría todo tipo de humillaciones. Pídanle a nuestro querido Niño Jesús, que les conceda su virtud favorita.”

En su oficio de superiora y maestra de formación de sus Hermanas, se comportaba como un jardinero que no se conforma con sólo sembrar flores sino que también se deshace de la cizaña.

La Madre Caridad normalmente le asignaba a cada Hermana la tarea de acuerdo a sus talentos. Una vez una Hermana cocinera expresó lo descontenta que estaba con su tarea, cuando



la Madre Caridad entró a la cocina, la Hermana estaba muy impaciente y enojada y se quejó diciendo, “Odio este trabajo y quisiera dejarlo todo.” “Bueno, bueno,” contestó la Madre, “Venga conmigo.”

Asustada, la Hermana la siguió. La Madre Caridad le pidió que se cambiara el hábito, dándole otro mejor, y pidiéndole que remendara las calcetas de las Hermanas, ya que sabía que la Hermana lo haría muy bien. Sin embargo, un pensamiento atormentaba dicha Hermana; “¿y ¿quién cocinara ahora?” En menos de poco tiempo inesperadamente le llegó la respuesta.

Casi al mismo tiempo una de las maestras se quejaba amargamente de las dificultades que tenía con sus estudiantes, y dijo, “Desearía mil veces cocinar que ser maestra.” La Madre Caridad la tomó de la mano y le dio el puesto que se encontraba vacante. Pero ¡qué penas sufría la nueva cocinera! poco sabía de la cocina y de cocinar y le tocaba preparar para todas las Hermanas y las internas.

La Madre Caridad dejó a las Hermanas en sus nuevos trabajos durante 14 días, aunque repetidamente llegaban a pedirle perdón y le insistían que dejara volver a sus antiguos trabajos. Las dos se sanaron de su descontento por el resto de sus vidas.

Sobre todo, la Madre Caridad trabajaba para desarraigar del corazón de sus Hermanas el orgullo, pues sabía que el amor de Dios sólo puede crecer al remover todo amor propio.

Una de las Hermanas jóvenes, antes de su ingreso a la comunidad, había dado mucha importancia al lucir bella y vestir bien en el mundo. La Madre Caridad le dio el hábito más viejo y remendado del noviciado. Consistía solo de parches. Después de su profesión al recibir un hábito nuevo le entregó la colección de parches a la Madre Caridad. Ella de su parte, mirándola le dijo, “Ahora tengo algo que darte.” Riendo felizmente colocó un parche hecho de tela nueva sobre su brazo y dijo, “Usa esto para que llegues a ser más perfecta en el desapego de las cosas mundanas y te llenes de humildad.”

Otra Hermana que había dado mucha importancia a la ropa fina, la Madre Caridad le dio los zapatos más feos, los cuales, sumisa, aceptó y usó por largo tiempo. Después de varios años, recibió unos zapatos hermosos. Los aceptó sonriendo y dijo, “Cuando era joven me complacía en las cosas hermosas, me dieron los zapatos más feos, ahora que soy indiferente a la ropa fina, me dan las cosas bellas.”

Y esto era lo que la Madre Caridad deseaba que sus Hermanas se hicieran indiferentes antes de las cosas pasajeras de este mundo.

Como modelo sobresaliente de la pobreza, la Madre Caridad exaltaba el ejemplo de san Francisco, ya que tenía un amor sobrenatural a su esposa, la Dama Pobreza. Constantemente recordaba a sus Hermanas de los hábitos remendados interior y exteriormente que el gran patriarca de Asís usaba de tal manera que poco a poco a las Hermanas no les importaba presentarse con ropa pobre y remendada.

Durante su primer año, una novicia aristócrata, que recientemente llegaba de Suiza, vio una camisa, hecha de lana cruda, de esas que usan los nativos. Asustada, se dirigió hacia la superiora y preguntó, “¿Qué culpa ha cometido uno para que se le castigue de tal manera? Preferiría no cometerlo.”

La superiora contestó, “Para eso no tienes que haber cometido ninguna falta, sólo se necesita un poco de virtud para aceptarla.” Inmediatamente le dio una camisa a la novicia para que la usara.

A otra novicia, que le encantaba la ropa moderna y de buena calidad, la Madre Caridad le dio un delantal de cuadros negros y blancos que le llegaba hasta las rodillas. La joven novicia estaba sorprendida, le parecía algo ridículo. Le pidió a la Madre el permiso para hacerlo más largo pero la Madre firmemente le contestó, “Mientras que estés en el noviciado, no podrás usar otro delantal más que este.”

Así es que la pobre novicia tuvo que practicar la humildad y la renuncia usando aquel delantal.

La gente del mundo podría considerar estas cosas como ridículas y tontas, pero estos ejemplos enseñan un alto grado de sabiduría y formación. Ellos no tienen nada que ver con zapatos, delantales, parches pero si, con la formación de la voluntad, de la humildad, de la obediencia; con la práctica constante de la renuncia y auto-control; con una santa indiferencia por las cosas mundanas y todo esto no es poca cosa. Aquellas personas que durante años trabajan en sí mismas, poco a poco se dan cuenta que la práctica de las virtudes en realidad es fácil obteniendo a la vez una profunda paz de mente y de alma la cual no se deja estropear fácilmente por las cosas externas.

Cuando la fundadora traía a las candidatas de Suiza a Colombia, dedicaba todo el día cultivándoles las virtudes y enseñándoles el idioma español. En uno de estos viajes, una de las candidatas sorprendentemente aprendió rápidamente el español lo cual se ganó la admiración de sus compañeras. Esto causó que su orgullo se inflara notablemente y se dijo para sí que era la más inteligente de todo el grupo.

Mientras tanto, sin darse cuenta, la Madre Caridad la observaba durante varios días. Después la llamó a su camarote y le dio algunos consejos maternos de manera que la misma novicia reconoció, “En realidad pensé que era la más inteligente.”

La Madre Caridad sin reprocharle nada la observó cuidadosamente y dijo, “De verdad lo veía en tu rostro.”

Estas pequeñas observaciones le causaban mucha vergüenza, y a la vez le ayudaron para superar su orgullo y sus deseos por la admiración de los demás.

La Madre Caridad les hacía sentir sus faltas profundamente. Una vez que la Hermana lo reconocía, ella les demostraba su comprensión y su bondad maternal haciéndole saber que ella sólo deseaba su bien espiritual.

Una de las Hermanas relató que la Madre Caridad, en sus instrucciones diarias, enfatizaba la modestia, el recogimiento y el caminar siempre en la presencia de Dios. Un día la Madre Caridad rezaba el santo Rosario sentada en el corredor. “Yo subía las gradas corriendo, pero en ese momento vi a la Madre Caridad y me detuve. Sentí sus ojos sobre mí. Y rápidamente recordé sus instrucciones de esa mañana. Escuché que me llamaba, ‘Madrecita, venga aquí.’”

Me dije, vale más pedir perdón por haber corrido. Pero me preguntó, ‘¿Que ibas pensando mientras corrías?’ Sentí mis mejillas que se sonrojaban como un tomate y admití el estar muy distraída. ‘Eso, lo vi en tu rostro,’ me dijo. ‘Nunca debes olvidarte de Dios, si quieres ser una buena religiosa.’”

Pero me sorprendió cuando de su lado tomó una cajita que contenía dulces y me dio algunos diciéndome, ‘Toma esto, ya que reconociste tu falta y lo admitiste.’”

Otra Hermana, poco después de su profesión, se olvidó de guardar el silencio prescrito, y se reía de todo. La Madre Caridad la observaba y le llamó la atención y con tono serio le preguntó, “¿Cómo es posible que el espíritu del noviciado haya desaparecido? Han pasado dos meses y sólo piensas en tonterías y en risas. Sé más seria y piensa en las promesas que le hiciste a tu Esposo celestial.”

La Hermana admitió su falta sin excusarse se disculpó prometiendo seguir los consejos maternos de la Madre de ahora en adelante. La Madre Caridad cambiando el tono de voz y cariñosamente le preguntó, “¿Qué edad tienes?”

“18 años.”

La Madre Caridad sonrió y dijo, “Muy bien, entonces puedes reír hasta que tengas más edad.” La Hermana empezó a reír mientras que la Madre le daba un golpecito en la mejilla y le decía, “Ahora ve, y trata aun en tu juventud de ser una Hermana fiel en la observancia de la Regla para así manifestar tu amor a Jesús, porque recuerda, la vida es muy corta.”

Así como la fundadora esperaba que sus Hermanas practicasen la humildad ella, de su parte, trabajaba para adquirirla durante toda su vida, convencida que la humildad era el fundamento de todas las virtudes. Para ella, Jesús era el mejor modelo como Él mismo lo decía, “Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón.”

La Madre Inés su cofundadora y fiel colaboradora quien conocía, como nadie más, el espíritu de la Madre Caridad, testifico:

Nuestra Madre era un ejemplo vivo de humildad. Ella nunca hablaba de sus sacrificios ni del éxito de sus trabajos. Estaba convencida que todos sus éxitos eran el resultado de la misericordia de Dios. Tan pronto que alguien la alababa, cambiaba de tema y solía decir, “Lo que yo hice es nada; las Hermanas tienen todo el mérito, ella han hecho todo el trabajo.”

Cuando se hablaba de su gran responsabilidad como fundadora, ella decía, “Que Dios mejore mi trabajo y corrija todo lo que he hecho mal. Que me perdone y tenga misericordia de mí.”

A veces decía con sinceridad y tristeza, “Tendré que sufrir en el purgatorio por lo menos durante cien años. Por favor recen por mí cuando muera.”

Aunque era la fundadora y superiora general de la congregación, ella nunca vaciló en reconocer sus faltas y, por ellas, pedir perdón.

La Madre Inés relató, “Una vez durante una de las lecturas sufrí inmensamente una fuerte acusación de parte de ella. Esto, por supuesto, me dolió mucho pero al ver que ella sufría más, sufrí aún más. Después de la clase me fui a la capilla y le pedía a nuestro Señor que consolara a nuestra querida Madre. Apenas me había arrodillado cuando sentí su presencia que se acercaba. Me tomó de la manga y me señaló que saliera de la capilla. Allí, con gran sencillez y simplicidad, me pidió que la perdonara, esto, me confundió mucho, especialmente cuando la escuché acusarse terminando con estas palabras, “Soy una persona mala, te corregí porque estaba enojada.”

Otra Hermana teniendo que preguntar algo a la Madre durante los últimos días de su vida, recibió de ella una respuesta muy fuerte. Cuando se volvieron a encontrar, la Madre Caridad tomando la mano de la Hermana joven le dijo, “Por favor perdóname, Hermana, me sentí muy mal por lo que te dije.”

La Hermana quería detenerla diciéndole que la culpa era de ella, pero la Madre Caridad le contestó, “Pero entonces, ¿Cómo me ganaré el cielo?”

En otra ocasión, después de sus clases diarias cuando las novicias que recién comenzaban el noviciado, estaban presente, la Madre se arrodilló. Las Hermanas también querían hacer lo mismo pero ella les ordenó que permanecieran sentadas a pesar de todas las objeciones. Entonces, la Madre Caridad confesó, “He cometido una falta, por el amor de Dios, por favor, perdónenme y denme una penitencia; porque después que sonó la campana para el silencio seguí jugando cartas.”

¡Nos quedamos sin palabras! Nos sorprendió una agitación indescriptible. Pero después de este ejemplo, descubrimos en la Madre Caridad un santo celo que imitar, buscábamos las oportunidades para humillarnos aceptando las humillaciones con gozo. Se escuchaba decir, “¿Si la Madre es capaz de humillarse, porque no podremos hacerlo nosotras?”

Una Hermana relató lo siguiente, “Era el 17 de Septiembre, día de nuestra profesión. Después de las Vísperas, en vez de ir a recreo, la Madre nos permitió ir a la capilla por algunos minutos. Ella nos dijo que deberíamos de visitar, llenas de amor, a nuestro divino Esposo especialmente, en el día de nuestra boda mística. Nos podíamos quedar hasta que ella nos llamara. Sin embargo, el recreo se alargó en honor de las Hermanas que habían llegado para el retiro anual de las diferentes casas y nadie pensó más en nosotras. Pasaba hora tras hora, aunque

teníamos una gran devoción ese día, empezamos a cansarnos, pero no nos atrevíamos a salir de la capilla hasta que alguien nos llamara.

Eran la nueve de la noche cuando decidimos salir y dirigirnos hacia la oficina de la Madre para que nos retirara la corona de profesión y poder dejarla en los pies de nuestra Madre Santísima como era la costumbre en la congregación.

En esos momentos, la Madre Caridad se dirigía a la capilla. Al vernos pregunto, “¿De dónde vienen?” “de la capilla” contestamos, “Usted nos dio permiso.”

Sólo entonces, se percató de lo sucedido, estaba tan apenada que lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas y con tanta humildad nos pedía perdón nosotras no sabíamos que decir.

El día siguiente se acusó públicamente de lo sucedido.”

La Madre Caridad se encontraba de visita en Cartago durante su 60 aniversario. Como de costumbre, se levantó más temprano que el resto de la comunidad y quería ir a la capilla para dedicar a Jesús en el Santísimo Sacramento los primeros momentos del nuevo año de vida que empezaba. De repente, el perro guardián, quien no la conocía, le saltó mordiendo el brazo y causándole una profunda herida. Cuando se lo mostró a las Hermanas, bromeando les decía, “Este es el regalo que mi Divino Esposo me da para mi cumpleaños. Los sufrimientos son siempre pequeñas caricias que Él da a los que ama. Cada dolor, por pequeño que sea, es una estilla de su cruz.”

A la mañana siguiente, la Madre Caridad tenía que viajar para al sur, viaje que duraría tres semanas. Su brazo estaba infectado, no le sanaba y le causaba mucho dolor, pero ninguna queja brotaba de sus labios. Había aceptado la cruz de Jesús humildemente y valientemente cargaba con ella.

Una vez fue seriamente calumniada. Sus compañeras querían consolarla, pero ella les dijo. “Lo que siento es nada; gozosamente lo sufro si Dios me perdona mis pecados.”

En otra ocasión les escribió a sus Hermanas, “Mi Dios, quiero vivir en humildad. Nada soy, no tengo nada y nada puedo hacer. Lo único que tengo son mis pecados.”

Cualquiera que tenga que lidiar con muchas personas, y tenga que superar muchas dificultades, no podrá constantemente estar completamente controlada o encontrara siempre la palabra o el tono preciso para relacionarse. Aun la mejor pedagoga del alma que lucha constantemente por adquirir la perfección tiene sus debilidades y comete errores.

La Madre Caridad no podía escapar las faltas y las debilidades humanas. Aunque poseía de manera supernatural un carácter equilibrado y trabajaba honestamente durante su vida por la santidad, su temperamento colérico la dominaba a veces. Tenía sus ocasiones de arrepentimiento por su dureza y ella con profunda tristeza se acusaba ante sus Hermanas, “Fui muy estricta con ustedes.”

En una de esas ocasiones una de las Hermanas quería consolarla y amorosamente le dijo, “Madre, usted no es muy estricta con nosotras, ya que sólo desea lo mejor para nosotras y para la gloria de Dios.” El rostro de la Madre expresaba paz y contento y dijo, “Sí, es cierto que solo quiero lo mejor para ustedes y para la Gloria de Dios.”

Tambiéntení en mente la práctica de la regla de oro, “Nunca piensen en el servicio que hacen a los otros; piensen más en el bien que ustedes han recibido.”

La Hermana que cocinaba en una de las casas dijo, “La Madre Caridad vino a visitarnos. Me esforcé por cocinar mejor que nunca. Inesperadamente, entró a la cocina, hizo sobre mi frente la señal de la cruz y dijo, ‘Dios te bendiga mil veces por las comidas que preparas para las Hermanas.’”

Otra cocinera escribió, “Cuando la Madre Caridad viajaba para Panamá, visitó nuestra fraternidad en La Cumbre. Al verme, me pidió el hábito desgastado y desteñido que yo llevaba puesto. Para mi sorpresa, el día que continuaba su viaje para Panamá ella vestía mi hábito viejo dejándome a la vez el suyo.

En otro de sus viajes, llegó a El Bordo. Se enfermó; sus pies se hincharon impidiéndole usar los zapatos. Era imposible comprar otros en El Bordo. La superiora recordó que tenía en la casa un par de sandalias viejas y nadie sabía a quién pertenecían. Apenada, se las mostró a la Madre, ella las aceptó agradecida, se las puso y continuó su viaje a Panamá.

La Madre Inés testificó que la Madre Caridad amaba la santa Pobreza con todo su corazón y gozosamente la practicaba. Una vez, viajó a Europa vistiendo un hábito remendado. En ese tiempo estábamos muy pobres y no había otro mejor en todo el convento ni tela para coser uno nuevo. Recuerdo que cuando era novicia yo recibí su hábito ya que éramos casi de la misma estatura. Tenía 50 parches de diferentes colores; verde, blanco, negro, amarillo y azul.

## LA OBEDIENCIA HABLA DE LA VICTORIA

“Obedezcan simple y humildemente en todo lo que no es pecado. Si alguna tiene que excusarse cuando se presente ante el juez eterno será de esto, ‘Lo hice en obediencia,’ y será bien aceptada,” la Madre Caridad solía decir.

Para que se comprendiera más la obediencia, la Madre Caridad le gustaba contar la siguiente historia de acuerdo a sus propias experiencias:

Un día un caballero bien vestido tocó a la puerta, insistía que se le cambiara su cheque, pretendiendo que necesitaba urgentemente el dinero para un viaje. Humildemente me lo rogaba que me sentí movida a brindarle la ayuda. Pensé sin embargo, que debería someter esto a la obediencia y le pedí que regresara luego.

Cuando vino el Padre Herbrand a comer, le pedí permiso para cambiar el cheque, etc. No me negó el permiso directamente, pero se le notaba un desacuerdo en su rostro. Eso, fue suficiente. No, no lo haré; esto no sería actuar en obediencia. Así que para mí vergüenza, envié al hombre con las manos vacías a su regreso.

Pasaron algunas semanas. Un día el Padre Herbrand me llamó y me preguntó, ‘¿Cambiaste el cheque?’

‘No,’ le respondí. ‘Me pareció que usted no estuviera de acuerdo. Así es que no quise actuar contra la obediencia.’

‘Gracias a Dios,’ contestó el Padre Herbrand. ‘La obediencia te ha preservado de una gran pérdida. Escuché que los cheques de ese hombre eran falso y que ahora está en la cárcel.’

Si yo no hubiera observado la señal de desacuerdo de mi superior, hubiéramos perdido todo, aun lo poco que poseíamos en ese entonces” agregó la Madre Caridad.

Ya que era la amiga de la obediencia, la Madre Caridad no podía aceptar que las Hermanas no obedecieran el sonido de la campana. Decía a las Hermanas, “Madrecitas, el sonido de la campana es la voz de Dios”

Frecuentemente nos hablaba de santos que, mientras escribían una carta, al toque de la campana, sin haber terminado aún, la dejaban y cuando regresaban, encontraban la carta terminada escrita con oro. Algunas de las Hermanas respondían que ellas habían obedecido la campana muchas veces, sin embargo, nunca habían encontrado la carta escrita en oro. La Madre Caridad respondía, “No importa, si la carta la encuentran o no escrita en oro, pero estén seguras que las encontraran escritas en oro en el cielo.”

Siendo fiel a su propia enseñanza al primer toque de campana dejaba sus ocupaciones.

Una de las Hermanas maestrarecogió la lana sobrante en el costurero, cuidadosamente remendó sus calcetas y hasta tejó unas nuevas. Al regresar a la Casa Madre durante el tiempo de vacaciones, felizmente dio las nuevas calcetas a la Madre Caridad como regalo y ella las aceptó agradecida. Pero cuando supo que había actuado sin el permiso de la superiora, inmediatamente las quemó, ya que consideraba la obediencia mucho más importante que cualquier regalo hecho sin el permiso de la superiora de la fraternidad. Con esto, ella corrigió muchos de los malos conceptos que se tenía de la vida religiosa

No sólo esperaba que las Hermanas obedecieran. Ella misma lo hacía fielmente. Como Superiora General decía, “Desearía mucho más obedecer que ordenar.”

En sus últimos años, cuando ya no era superiora, inspiraba ver como ella obedecía a los deseos de sus superiores con gozo y puntualidad. Cuando fue vicaria de la nueva Madre General, frecuentemente preguntaba a sus Hermanas, “¿Qué haremos? ¿Sera esto o aquello? ¿Sera esto lo que la Madre Aquilina desearía?”

Otras veces decía, “Escribámosle a la Reverenda Madre para preguntarle entonces haremos lo que ella nos sugiera.”

En el año 1935 un carro pasó por el pequeño pueblo de Lichtensteig, Cantón de St. Gall y se detuvo en frente de la iglesia. El conductor salió del coche y llamó al párroco, el Padre Paul Brader.

Se sorprendió al ver a su tía-abuela, la Madre Caridad, en el asiento posterior.

“¡Qué alegría recibir su visita!” dijo él. “Venga, entre a la casa. Tendrá muchas cosas que contarme sobre Colombia, también necesita refrescarse

Pero ella respondió, “He sido enviado a Suiza por mi superiora a buscar candidatas y no recibí permiso para visitar a mis parientes.”

“Quizás su Superiora General no le haya dado permiso; pero estaría contenta que usted visitara a los miembros de su familia

‘Puede ser, pero si no tomo la Regla seriamente, no lo puedo esperar der las otras Hermanas. No sería un buen ejemplo para ellas,” respondió la Madre Caridad.

Permaneció en el coche mientras hablaba por un tiempo con el Padre Paul; y después continuó su viaje.

Mientras que el Padre Paul miraba el coche alejarse, conmovido se dijo, “Yo noté que deseaba entrar y seguramente sus superiores se lo habrían permitido pero su sacrificada y fiel observación de la Regla influirá y animara a sus hijas espirituales a imitarla.”



La última semana de su vida, tenía que permanecer bajo el sol durante varias horas. El día antes de su muerte, se sentía muy cansada y deseaba irse a la cama. Una de las Hermanas notándolo, le preguntó, “Madre, ¿porque no se va a la cama?”

“No, no.” respondió ella, “La enfermera me ordenó que debería permanecer bajo el sol. Uno tiene que obedecer.”

Este era un sacrificio heroico para la Madre Caridad quien se sentía extremadamente cansada, pero para ella la obediencia era más importante que el necesario descanso.

Ella escribió en su Testamento:

1. Las Hermanas deben obedecer fiel y humildemente.
2. Deben meditar en la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo como lo ordenó nuestro santo padre san Francisco en su testamento. Observaran la costumbre de hacer la meditación cada hora como lo aprendieron en el noviciado.
3. Desde el fondo de mi corazón ruego y animo a las Hermanas apreservar en la simplicidad, la sinceridad y el espíritu de la humildad, el cual nuestro Padre Francisco imprimió en su Orden. También preservaran fielmente las costumbres de la vida religiosa, las cuales se han observado en nuestra Orden como medios de santidad durante siglos. Deberán ser santas, amadas y apreciadas por todos.

A este Testamento, verbalmente añadió la siguiente promesa en caso de peligro en la hora de la muerte: “Si observan fielmente estos deseos de mi corazón, no temeré por la congregación y podre morir en paz.”

La Madre Celina escribió sobre otra de sus experiencias:

Mi hora de adoración la tenía yo de las 10 a las 11 de la noche. Durante la tarde de ese día, fui a revisar el tablero de adoración para ver quien tenía la hora después de mí. Para mi sorpresa, decía, ‘11-12 Madre Caridad.’ Poco antes de las 11 fui a su celda y dije, ‘Alabado sea Jesucristo,’ como es la costumbre de levantar a la Hermana para su hora de adoración.

Sorprendida, la Madre Caridad se sentó y dijo, ‘¿Quién esta allí?’

Le mencioné mi nombre y le dije, ‘He venido para llamarla para la hora de adoración.’

‘! Ah! bueno,’ respondió. ‘Está bien; está bien; como Dios lo quiere.’

Después de unos minutos llegó a la capilla y yo me fui a dormir.

La mañana siguiente, me encontré con la enfermera en las gradas. Me miró de tal manera como queriendo matarme. Disgustada me dijo, “¡Novicia tonta! Antes de llamar a la siguiente persona para la adoración se revisa el tablero y no se entra a la celda de la Hermana como una sonámbula.”

Me quedé como una roca. ¡Yo había revisado el tablero el día anterior! Y para asegurarme de que la acusación era injusta, regresé al tablero.

Para mi sorpresa, vi que en lugar de la Madre Caridad estaba escrito el nombre de una novicia. En mi amargura por haber despertado a la Madre Caridad, quien no se había sentido bien por un tiempo, corrí a su celda para pedirle perdón. La Madre Caridad me respondió amablemente, ‘No me sentía muy bien. Es por eso que pedí el remplazo. Usted no tiene la culpa. Prohíbo que alguien te corrija por esto.’”

Entonces pensé, ‘!Cómo así!’ es por eso que la enfermera me regañó en plural para no fallar contra la obediencia. Y para empeorar mi pesar, supe que la Madre Caridad había sufrido otro doloroso ataque de cólicos como a las 9 de la noche con los cuales sufría los últimos días de su vida. A las 11 de la noche cuando fui a levantarla, quizás acababa de quedarse dormida. A pesar de todo esto, no me dejó llamar a su reemplazante; solo me dijo que no se había sentido muy bien. Tan débil como estaba, se fue silenciosamente a cubrir su hora de adoración, obedeciendo las palabras de una novicia.

## UNA BUENA MADRE

La Madre Caridad tenía un amor maternal para sus hijas espirituales. Se preocupaba para que un amor verdaderamente fraterno uniera a las Hermanas; no sólo las Hermanas suizas, también las colombianas y las de otros países. No toleraba el regionalismo entre ellas. Sabía cómo unir a las Hermanas, a pesar de la diferencia de idiomas, culturas y nacionalidades.

Veía un gran beneficio cuando se reunían las Hermanas en la Casa Madre para los retiros espirituales cada año y durante los meses de vacaciones. No escatimaba cualquier gasto para este propósito. Ella sabía que las ocasiones de compartir siempre renovaban el espíritu comunitario y el amor entre las Hermanas.

Valoraba el retiro anual como medio de gozo y de felicidad espiritual. Al autor de este libro ella le expresó lo siguiente, “Mismo si este tiempo de gracia no tiene ningún efecto temporal, será una gran ganancia el tener el consuelo de decirse a sí mismas ‘He puesto todo en orden durante mi último retiro.’

La Madre Caridad se regocijaba especialmente cuando podía dar un gusto a los demás, como pocas personas saben hacerlo. Trataremos este punto en otro de los capítulos. Mencionaremos aquí sólo algunos de los ejemplos.

De muchas de las misiones establecidas le mandaban a la Madre Caridad muchos regalos para Navidad y para su onomástico que le serían de gran beneficio personal. Pero prefería dárselos a las Hermanas que venían para el retiro. Daba todo lo que podía y no dejaba que las Hermanas de las misiones se fueran con las manos vacías.

Ya en su edad avanzada, padecía mucho de sus pies, caminaba con gran dificultad y enormes dolores. Las Hermanas le mandaban hacer zapatos especiales para aliviar su dolor. Pero tan pronto estuviera en sus manos un par de zapatos cómodos se los regalaba a la Hermana cocinera que misionaba en Putumayo.

Varias veces sus familiares en Suiza le mandaron zapatos especiales, pero ella con una sonrisa se los daba a la Hermana que los necesitara.

Esto también lo hacía con su ropa y otras cosas. Su ropa nunca estaba segura en su armario ya que siempre se la regalaba a otras.

Una postulante relató lo siguiente: “Una noche tenía mi hora de adoración en la capilla. Congelada del frío, me retire a la celda para calentarme y dormir. Pasaba por el oscuro corredor cuando sentí que una mano me agarró para dirigirme hacia la dirección contraria. Después de unos cuantos pasos, pude reconocer bajo la luz de la lamparita, el rostro de la Madre Caridad.

¿Hacia dónde me lleva a estas horas de la noche? Me pregunté. Para entonces nos detuvimos en frente de su celda y entramos. Pronto examiné mi consciencia para ver si había

cometido una falta. Pero me miró con sus penetrantes ojos, de pies a cabeza, y me preguntó, ‘¿tienes frío?’

‘Si, Madre.’

Se dio la vuelta y tomando algo de su cama me dijo, ‘Toma esta bolsa de agua caliente, devuélvemela en la mañana pero que nadie te vea.’

‘Dios la bendiga, Madre,’ le dije y corrí hacia mi celda contenta con mi bolsa de agua caliente dispuesta a dormir.

Como sabía que tenía que guardar el secreto, seguí recibiendo la bolsa varias veces y me enteré después que otras habían tenido también la misma suerte.

Cuando una de las Hermanas se enfermó, la Madre Caridad cuidó de ella. Remplazó a la enfermera y permaneció con la enferma todo el tiempo necesario.

Cuando se le informaba que una de las Hermanas, de las misiones, se encontraba enferma, se ponía de viaje al día siguiente y no regresaba hasta que la Hermana estuviera fuera de peligro. Permanecía a su lado día y noche cuidando de ella. La Madre Caridad conocía todo tipo de trabajos que existían en el convento por eso, cuando era necesario, ella podía reemplazar a cualquier Hermana.

A pesar del amor mutuo entre las Hermanas y su amor para cada una de ellas, la Madre Caridad era estricta cuando lo exigían las circunstancias. Declaraba la guerra frente a los resentimientos, al mal humor y a las manifestaciones del mal temperamento. Cuando alguna de las Hermanas demostraba resentimientos o terquedad se encontraba con la firmeza de la Madre Caridad y no se le dejaba en paz hasta que le devolviera el gozo a su rostro.

Con los años, la Madre Caridad se volvió menos exigente, sin embargo, sentía que debería ser firme en los momentos necesarios.

Por ejemplo, se dio cuenta que una de las Hermanas usaba un delantal que nadie más podía utilizar. Un día la Madre Caridad le dijo, “Toma tu delantal y échalo al fuego y permanece allí hasta que veas sus cenizas.”

La Hermana X se sanó de sus apegos y las demás Hermanas que supieron de este incidente recobraron nuevo fervor para práctica la santa pobreza y el desapego de las cosas terrenas.

Cuando una Hermana había sido corregida y no demostraba alguno resentimiento, todo seguía bien y la Madre Caridad seguía la conversación para reconstruir el puente que conecta alma con alma y dirige hacia el camino de la comprensión mutua.

Una de las grandes penitencia que daba a una Hermana culpable era que no le permitía estar presente junto con la fraternidad para recibir su bendición. La Hermana sentía que ese era el

peor castigo, pero hacía milagros especialmente, cuando se recibía una carta y en ella la Madre Caridad dirigía unas palabras de ánimo para la Hermana castigada.

La fundadora era no toleraba los chismes ni las críticas. Ante estos ella no se reservaba los castigos los cuales eran temidos en la comunidad. Cuando la Madre Caridad sentía que había sido muy estricta, se arrepentía y aplicaba la misma penitencia para sí, aunque las Hermanas hubieran preferido cumplir las penitencias solas y no tener que ver a su madre practicar la misma humillación.

Cuando la Madre Caridad veía en sus Hermanas debilidades pero a la vez la buena voluntad de cambio, no se cansaba en animarlas para que corrigieran sus faltas. “Yo sé que tienes la buena voluntad, pero el carácter no se puede cambiar de una día para otro,” solía decir. “Uno tiene que trabajar en esto toda su vida. Por eso el dicho que dice, ‘genio y figura, hasta la sepultura.’ Así como no podemos cambiar nuestra figura, tampoco el carácter se puede cambiar fácilmente; tenemos que trabajar en esto hasta la muerte. Entonces, podremos llegar a ser santas.”

La Madre Caridad nunca descuidó el progreso de sus Hermanas. Cuando ellas regresaban a la Casa Madre para el retiro anual, frecuentemente decía de una u otra Hermana, “Ella no es la misma.” Se entristecía cuando veía un retroceso y se alegraba al ver el progreso en ellas.

Como fundadora de la congregación y como la superiora, se sentía obligada a formar en las almas, confiadas a ella, una vida sólida fundada en las virtudes. Leía los rostros de las Hermanas como un libro abierto y con naturalidad les señalaba los puntos que tenían que mejorar.

Al dejar a las Hermanas en Pasto para viajar a Panamá para la cirugía de las cataratas en 1937, les rogó que rezaran por ella para el buen éxito de la misma si era la voluntad de Dios que ella volviera a ver “porque” decía, “Cuando las miro a los ojos, puedo claramente leer en qué condiciones se encuentran.”

Con frecuencia podía notar desde lejos, el peligro físico y espiritual en el que se encontraban sus Hermanas.

Por ejemplo: en una de las misiones, una Hermana sufría mucho interiormente y deseaba inmensamente hablar con su Superiora General. Entonces se decidió, “Hoy pediré permiso para escribir a la Madre Caridad”, aun sin decir nada, cuando durante el recreo la superiora de la fraternidad leyó una carta de la Madre Caridad a las Hermanas para su sorpresa al terminardijo, ‘Hermana, aquí tienes papel, tinta y un sobre para que le escribas a la Madre Caridad. ¡Ella desea que lo hagas!’” Inmediatamente, la Hermana encontró una paz y consuelo interior porque sabía que la Madre Caridad no había recibido alguna información sobre ella.

La Madre Caridad solía decir, “Cuando en misión una Hermana se encuentra en problemas, lo presiento y hago todo por acudir en su ayuda.”

Una vez ocurrió que algunas de las Hermanas tenían que viajar de Pasto a Túquerres. Cansadas de cabalgar, empezaron a caminar. Cuando de repente escucharon un tremendo ruido que bajaba de la montaña. Instintivamente empezaron a correr y tras ellas cayó un toro. Mugió enojado, se dio la vuelta y siguió cayendo por el precipicio. Las Hermanas dieron gracias a Dios porque por el ruido del toro Él las había salvado.

Al llegar a Túquerres, la Superiora General las esperaba ansiosa. Sus primeras palabras fueron, “¿Por Dios, que pasó con ustedes? ¡Todo lo que me he angustiado por ustedes! Constantemente me paseaba de mi celda a la capilla sin poder descansar porque presentía que estuvieran en peligro.”

En otra ocasión, la Madre Caridad se detuvo en medio del recreo y pidió a las Hermanas que fueran a la capilla a pedir que la misericordia de Dios impidiera un peligro que presentía. ¿Qué sería? ¡Sólo Dios sabía!

Algunos días después, las Hermanas recibieron las noticias, que a esa misma hora, el barco en el que viajaba la Hermana Agustina había sufrido un naufragio en el Rio Putumayo y casi se ahoga, pero milagrosamente se salvó.

## AMOR SANTO

La Madre Caridad había inscrito las palabras, “In Te Domine speravi, non confundar in aeternum,” en la parte inferior del crucifijo que colgaba de su cama. Estas palabras fueron su apoyo durante tantas noches de insomnio a causa de tantas preocupaciones y penas.

Era un alma de oración. Oraba en las alegrías y en las penas, en las dificultades y en los éxitos, pero especialmente en las agonías y las necesidades, dudas, tentaciones y caídas.

Así como el girasol se gira hacia el sol para recibir su luz y calor, así también lo hizo la Madre Caridad. Dios siempre fue el centro de su corazón y su ocupación favorita, el coloquio con su amado.

De igual manera, deseaba ella que sus hijas espirituales no sólo fueran activas, sino también almas de oración. Estaba convencida que las actividades pastorales solo tendrían éxito a través la oración; y sólo por la oración el mundo sería preservado de la corrupción y la destrucción.

Es por eso que enfatizaba mucho en la santificación del domingo. Es el día que se debe dedicar sólo para la oración y las actividades religiosas. Decía, “en el domingo uno tiene que recuperar las fuerzas para cumplir fielmente las tareas de la semana.” Es por eso que no permitía que las Hermanas trabajaran los domingos sólo que esto fuera absolutamente necesario. No se les permitía lavar su hábito diario o preparar las clases durante el domingo por la mañana. Estas también, tendrían que esperar para la tarde. “El domingo le pertenece a Dios y al alma,” repetía frecuentemente.

También nuestro cuerpo tiene que beneficiarse del domingo. Las Hermanas podían dormir una hora más y los recreos, llenos de alegría, se prolongaban.

Después del rezo del “Angelus,” añadía tres “Gloria al...” y estaba feliz que pudiéramos dar el honor a nuestro todo Poderoso, el honor que muchos le niegan especialmente aquellos que de Él se olvidan.

Daba una atención especial al rezo del Oficio Divino. Exigía un gran celo, puntualidad y exactitud y ella daba ejemplo de ello. Al comenzar, recomendaba un perfecto recogimiento y devoción en la oración. Y después enfatizaba en la buena pronunciación de cada palabra. En sus enseñanzas enfatizaba que la negligencia en la oración podía prolongar nuestro Purgatorio. La oración comunitaria tenía que hacerse con una voz clara, en un mismo ritmo observando todas las pausas e instrucciones litúrgicas prescritas. La oración tenía que ser real, digna y reverente.

Nuestra Madre solía decir, “Sentémonos en unión con todos los religiosos, religiosas y sacerdotes de todo el mundo, quienes son mil veces más santos y dignos que nosotras; quienes cantan para Dios un maravilloso canto de amor. No queremos interrumpir este bello concierto con nuestras distracciones y errores.”

La Madre Caridad no perdonaba cualquier error cometido en el rezo del Oficio Divino. Imponía penitencias por ello imponiéndoselas a ella misma por sus propios errores o en nombre de toda la fraternidad como un acto de humildad y reparación.

Una Hermana relató lo siguiente, “Era Cuaresma. La Madre Caridad pidió a las novicias que prepararan las antífonas, las lecturas y las oraciones durante el recreo. Ya se les había explicado antes.

Llegó la hora para la oración. Nosotras pensamos que preparar para las clases era más importante que la preparar para la oración.

La superiora se dio cuenta y sin decir palabra reemplazó a las dos acólitas con dos de las Hermanas que estaban preparadas, sin darle alguna penitencia a las culpables.

Cuando llegamos al comedor, nos sorprendimos al ver a la Madre Caridad cargando un Breviario grande. Tan pronto terminamos la oración después de la comida, la Madre Caridad se arrodilló ante toda la comunidad, sostenía con reverencia y con mucho amor el Oficio Divino sobre su pecho y pedía perdón por haber rezado el Oficio sin reverencia y atención.

Todas lloramos. Nadie se movió. Un sentimiento de vergüenza y reverencia nos envolvió. Finalmente una de las Hermanas mayores le pidió a la Madre Caridad que se sentara, pero ella respondió, ‘usted se puede sentar, yo me quedaré aquí solapara cumplir mi penitencia.’ Y permaneció en el suelo todo el tiempo durante la comida. Todas estábamos avergonzadas y edificadas por este ejemplo; hubiéramos aceptado cualquier humillaciones que descuidar la preparación del Santo Oficio en el futuro.”

Aunque los ojos de nuestra virtuosa Madre estaban principalmente dirigidos hacia Dios, su gusto por la creación de Dios se fue enriqueciendo durante todos sus viajes. Su espíritu se expandía al contemplar la creación. Las montañas, los ríos, los valles eran muy conocidos por ella. Conocía los nombres de todos ellos y las leyendas que la gente contaba relacionadas con ellos. Las bellezas de los varios encampados eran para ella como cuerdas de un violín que la invitaban a entonar himnos a su Creador. Hasta las gotas de agua le recordaban de alabar al Señor. Llena de amor le gustaba cantar el Benedictus, el cántico que los tres jóvenes en el fuego entonaban; incidente relatado en el libro de Macabeos. Las bellezas de la naturaleza eran para ella como un pregonar de la visión de Dios.

En una ocasión, una Hermana joven que dejaba la Casa Madre por primera vez acompañó a la Madre Caridad en uno de sus viajes. Se sentó a su lado, y por reverencia no se atrevía a decir una palabra y a mirar a su alrededor, pero rezaba un rosario tras otro. Finalmente la Madre Caridad la tomó de la mano y le dijo, “Querida Hermana, también el contemplar la creación de Dios es oración, y quizás una de las mejores.”

Le señaló los bellos paisajes que iban pasando y le comentaba sobre algunos detalles interesantes de las historias de sus fundaciones y las experiencias de sus viajes. La joven Hermana nunca olvidó la lección de la santa.



Aunque la Madre Caridad mantenía sus ojos abiertos al mundo que la rodeaba nunca se envolvía en las curiosidades y exageraciones. Siempre mantuvo una sobriedad, una calma, un juicio verdadero en todo momento y no buscaba las cosas superfluas. Si buscamos algunos milagros, visiones o éxtasis en su vida, en vano lo haremos.

En un tiempo cuando se hablaba mucho de la santidad de Monseñor Moreno, surgió otro rumor en el país: que san Francisco se había aparecido en una roca en el pequeño pueblo de Espino. Espino estaba situado a dos horas de distancia de Túquerres pero el rumor ya había llegado a oídos del Señor Obispo de Pasto. Algunas personas pedían al obispo que examinara el caso y lo reconociera eclesialmente. Él les contestó irónicamente, “Si la Madre Caridad lo ha visto, entonces podrán creerlo.”

Pero la Madre Caridad ni lo vio ni creyó en el rumor lo que resultó siendo una ilusión.

Desde sus inicios en Túquerres, la Madre Caridad introdujo la adoración perpetua privada del Santísimo Sacramento siendo ella la primera adoradora de día y la noche.

Una vez, una novicia tenía la hora de adoración desde las once hasta las doce de la noche. Existía un gran silencio en la capilla y ella, siendo muy temerosa a la oscuridad sólo contaba con un trozo de candela para pasar por los corredores. Al final de su hora escuchó pasos detrás de ella, tronó el reclinatorio y se abrieron algunos libros. La novicia no se atrevía a levantar la vista. ¡Fantasmas, fantasmas! Era todo lo que pasaba por su mente. Cerró los ojos y se tapó los oídos y las manos para no ver ni escuchar nada, esperando que los fantasmas se fueran.

De repente una mano fuerte le levantó su cabeza y alguien le dijo, “¡Novicia, así no se reza! ¡Está dormida! váyase a dormir.”

No era un fantasma sino la Madre Caridad que había llegado para su hora de adoración.

Una Hermana que vivió por décadas con la Madre Caridad relató,

“Cuantas horas pasó la Madre Caridad arrodillada delante de Jesús Eucaristía en el Santísimo Sacramento! Cuantas noches delante del tabernáculo; cuando experimentaba alguna ocasión difícil; en momentos de enfermedades o al substituir alguna Hermana docente enferma; cuando las dificultades de la escuela la preocupaban constantemente. Nunca la vi llegar al recreo sin el rosario en su mano o sin mover sus labios en oración. Con una disposición gozosa, ella cumplía con el tiempo prescrito para el recreo alegrando a sus Hermanas, sin embargo, la oración era para ella la vida de su alma tan necesaria como el aire es para la vida.”

Le encantaba enseñarnos que deberíamos tener una relación íntima y una confianza firme en el Sagrado Corazón de Jesús. Es imposible que nuestro Padre celestial nos niegue algo cuando se lo pedimos en el nombre de este Sagrado Corazón. El Padre tiene un inmenso placer en este Corazón que es más grande que todos los tesoros del mundo. Él es el océano de perfección que contiene todas las virtudes y los méritos, los cuales quiere compartírnos o darnos si se los pedimos con confianza.

Una vez nos dijo, “Cuanto más conozcamos a Jesús Eucaristía, mas crecerá nuestra confianza en El.”

En espíritu de amor, ella trataba de conocer todos los lugares donde se encontraba Jesús presente en le tabernáculo. En sus visitas canónicas a los varios conventos, su principal preocupación era la capilla. Revisaba la limpieza, la condición de las vestimentas y otros objetos para el uso del culto divino. Una vez comentó, “No me preocupo por el dinero que se tenga que gastar para la capilla. Dios es primero ante todo.” Ayudaba generosamente a la iglesia pobres, les ofrecía las vestimentas y artículos nuevos o restaurados para el culto divino.

En su primer viaje a Suiza, trajo tela para las vestimentas, candelabros y otros artículos para la capilla. Para un Jueves Santo, construyó el monumento lo mejor posible para la adoración diurna y nocturna.

El miércoles antes de la fiesta, el monumento se incendió y todo se volvió cenizas. Grande era la tristeza de todos, pero la Madre Caridad respondió a sus quejas y expresiones de lástima, “Dios lo permitió; Dios sea alabado; mejor esto que hubiéramos cometido un pecado mortal.” Y con toda paciencia volvió a construir el monumento con las sobras que quedaban.

En una ocasión cuando recibió una bella imagen de la Santísima Virgen, hecha de yeso de Paris, se alegró mucho junto con sus Hermanas. Un altar se construyó en la capilla para la estatua pero cuando los hombres la levantaron para colocarla en su lugar cayó por tierra haciéndose pedazos. Todos se entristecieron, pero la Madre Caridad dijo, “Mejor esto que haber cometido un pecado.”

El hecho que la Madre Caridad consagraba todas sus fundaciones a la Virgen María es prueba de su gran amor para María. Escribió a las Hermanas en María Hilf, Altstätten enero 21 de 1905, “Ahora tenemos cuatro casas. Todas bajo varias advocaciones de la Santísima Virgen: la de Ipiales a Nuestra Señora de Las Lajas; la de Pupiales a la Inmaculada Concepción; la de Pasto a María Redención de los Prisioneros; la de Túquerres a María Perpetuo Socorro.

San José también era para ella un santo de especial veneración. Ya en 1900, la Madre Caridad pidió al Señor obispo permiso para tener al Santísimo Sacramento expuesto el día 19 de cada mes en honor de san José. Ella confiaba en su ayuda para todas sus necesidades materiales; según el testimonio de la Madre Agnes, él le había ayudado milagrosamente en varias ocasiones.

Monseñor Schumacher escribió a la Madre Caridad lo siguiente, “Me alegró mucho el saber que usted había puesto a su querida congregación bajo la protección de san José. Estoy seguro de que el gran y poderoso patriarca y padre putativo de Jesús nunca la abandonara.”

En una ocasión una Hermana entró a la celda de la Madre Caridad para hacerle una pregunta, pero para su sorpresa, fue la Madre Caridad quien le preguntó, “¿Que sería lo primero que usted diría al entrar al cielo?” La Hermana se quedó en silencio por un momento. Después de un momento, recordó que en el convento ellas solían saludarse de la siguiente manera, “¡Alabado sea Jesucristo! Ese sería un buen saludo en el cielo también.” Contestó la Hermana.

El rostro de la Madre Caridad se iluminó lleno de gozo y alegría y dijo, “Sí, sí, está muy bien, y toda la corte celestial responderá, ‘Ahora y para siempre’”.

Mirando a la joven Hermana le dice, “Recuérdame esta tarde, quiero contarle a las Hermanas la belleza de esta respuesta.”

La congregación tiene la costumbre de asignar Hermanas de oración el primer día del año quien ofrece sus oraciones y sacrificios por la Hermana de oración en particular. Una vez a una Hermana le toco el nombre de la Madre Caridad como Hermana de oración. Humildemente, la Madre Caridad se le acerco prometiéndole, “Te ofrezco cada Lunes del año, todas mis oraciones, sacrificios y buenas obras de ese día,” y con una sonrisa agrego, “Quiero que sepas que los lunes todavía estoy bien porque hago el buen propósito semanal los domingo; es por eso que soy más fervorosa al principio de la semana que al final

Este incidente demuestra un alma que en toda sinceridad busca la perfección, está unida a Dios y es muy generosa y abnegada.

Una para la fiesta de Corpus Christi, la Madre Caridad quería adornar el monumento ella misma. Se propuso cortar las rosas para este propósito. Concentrada el solo pensar en Jesús y su fiesta, prácticamente termino con los rosales sin dars cuenta que sus manos que sangraban heridas por las espinas.

Una Hermana que pasaba por el jardín de las rosas le ofrecía su delantal diciéndole, “Pero, Madre, tan siquiera use este delantal para cortar las rosas para que no se lastime sus manos.”

“Oh, quien podrá ser tan sensible cuando el amor paga al amor. Jesús fue herido por espinas peores que estas,” contesto ella.

Los conventos deberían ser casas de oración, con santa Teresa de Ávila, la Madre Caridad estaba convencida que un convento donde las Hermanas oran y aman según el deseo de Dios, tiene por paredes cristales por donde la luz mejor que las palabras de miles de predicadores. Es la fuente y el hogar de la santidad.

¿Quién podrá describir el gozo que sintió la Madre Caridad el 22 de agosto de 1928, fecha cuando se bendijo la capilla de la nueva casa madre?

El santuario estaba bellamente decorado para la entrada del gran Rey. La Madre Caridad y la Madre Agnes hicieron las velas que se consumirían ante el Amor de sus almas. El altar estaba cubierto de flores. Uvas y trigo, símbolos de la Santa Eucaristía, adornaban las 12 velas hechas de cera pura, la cual las Hermanas habían colectado durante años, fruto del cultivo de las abejas, para esta ocasión. Cada vela representaba una fundación que se uniría a las oraciones de las adoradoras de Jesús Eucaristía.

Eran las tres de la tarde, las campanas empezaron a sonar y el Señor Obispo Pueyo del Val apareció acompañado de innumerables sacerdotes. El sumo sacerdote habló sobre la

devoción y ternura del corazón de un padre y del espíritu de un maestro a la comunidad que escuchaba atentamente. A la vez, les daba sugerencias prácticas para la visita y compañía al Santísimo Sacramento quien como un amigo fiel, los acompañaría en sus valles de lágrimas. Después de haber recibido la bendición con la custodia y Jesús se quedó perpetuamente expuesto sobre el altar, las piadosas adoradoras, se sintieron en el cielo.

Las Hermanas cantaron el *Adoremus in Aeternum* con mayor entusiasmo y fervor. La Madre Caridad, con sus manos en posición de oración y con los ojos bañados en lágrimas, por la alegría que experimentaba ya no se sintió en este valle de dolores. Le parecía ser transportada, de la vía dolorosa a las alturas del Monte Tabor mientras que su corazón cantaba, “Este es el día en que actuó el Señor, regocijémonos y demos gracias.”

El motive principal para la adoración perpetua que la Madre Caridad presentó a la Santa Sede el 19 de Mayo de 1927 fue: “Todas las Hermanas de nuestra pequeña congregación desean de todo Corazón la Adoración Perpetua principalmente para interceder ante nuestro Señor por las necesidades de la Santa Iglesia y su siervos, los sacerdotes, y por las necesidades de las Hermanas de la congregación y las diferentes diócesis donde están ellas presentes.”

Ese día después de la bendición el Dr. Rosero ofreció la primera santa Misa en la capilla.

Otro maravilloso día lleno de alegría le esperaba a la feliz fundadora.

La capilla de la cual hemos hablado era provisional mientras que la capilla grande del convento se construía. Esto pasó el 28 de diciembre de 1930, dos años y medio después de haber empezado la Adoración Perpetua en la pequeña capilla.

El Dr. Rosero consagro la nueva capilla y celebro la primera santa Misa. Después el Santísimo Sacramento se llevó en procesión de la capilla provisional hacia la capilla de la nueva iglesia.

El Pange Lingue fue entonado. Cuando el sacerdote celebrante apareció a la entrada de la iglesia con la custodia, la banda municipal toco el himno nacional.

Las Hermanas acompañaban al Santísimo Sacramento con las vela; y afuera, una multitud de gente se unía a la procesión. El camino de la procesión estaba marcado con arena blanca; las flores habían sido esparcidas; arcos triunfales habían sido erigidos; a la derecha y a la izquierda se habían plantado árboles y arbustos; niñas vestidas de ángeles desparramaban flores frente al Santísimo Sacramento.

La procesión se detuvo frente un altar que había sido erigido en un amplio campo. El sacerdote colocó la custodia en el altar mientras que las Hermanas cantaban el *Adorote Devote*. La se impartió la bendición solemne y la procesión continuó.

Los hombres más elocuentes de Pasto sostenían el canopy que cubría al sacerdote que llevaba al Santísimo Sacramento. Una llegada la procesión a la nueva iglesia, las Hermanas cantaron un *Tantum Ergo* festivo.

Del coro llovían ciento de tarjetas que contenían mensajes inspiradores sobre el Santísimo Sacramento para todos los presentes. Estas tarjetitas les recordarían las maravillas de esta hora de gracia.

Ahora Jesús descansaba sobre su nuevo trono donde sería expuesto sin interrupciones. La Madre Caridad ya había decidido de ser la adoradora y amiga principal de nuestro Señor. Su corazón lleno de alegría cambió desde esa hora en una luz perpetua deseosa de consumirse en un amor continuamente ante su Amado.

Pocos meses después, una nueva sorpresa llenó su Corazón de alegría. El Señor Jacob Sutter, un gran bienhechor suizo de la congregación, donó para la adoración perpetua una inmensa custodia bellamente adornada. Esta custodia, en la cual Jesús quedara día y noche entronado, tendrá también presente todos los adoradores de su país.

Mismo si Dios era para la Madre Caridad el Todo de su vida, no dejó de amar a su familia y presentaba sus necesidades al Señor.

El 27 de Noviembre de 1936, la Madre Caridad escribió a su primo, Joseph –Fäh de Kaltbrunn diciéndole, “Para esta Navidad y Nuevo Año deseo para ti, el primo Meinrad y su familia unas felices pascuas. Que el Niño Jesús derrame sobre ustedes sus ricas bendiciones y gracias. Que les preserve en buena salud y les de la felicidad y la paz aquí y en la eternidad. Los pongo junto con estas intenciones en el pesebre. También quiero agradecer al buen Dios por todos sus favores que les ha concedido y les concederá en el futuro. Los recordare a ustedes y sus necesidades ante el Santísimo Sacramento.”

## UNA GRAN VENERACION POR LOS SACERDOTES

Debido a su grande y profunda fe, la Madre Caridad tenía un amor cristalino por los sacerdotes pues veía en ellos a Cristo. Para ella, no existía mayor dignidad en el mundo que la del sacerdocio. Aun el más pobre o el más cruel merecía una gran veneración.

Si llegaba a saber de un estudiante que se sentía llamado al sacerdocio, pero no tenía los medios para pagar sus estudios, ella lo ayudaba generosamente. La Madre Caridad llegó a ser la madre espiritual de muchos sacerdotes.

Nunca tolero que se hablara mal de los sacerdotes. Era cuidadosa en su juicio acerca de un sacerdote y no aceptaba ninguna broma acerca de ellos. Quería que este respeto por los sacerdotes fuera una característica de toda la congregación.

Su trato hacia estos siervos de Dios era tierno, pero sobrenatural. Es por eso que los Obispo que la conocían bien, apreciaban sus tesoros, sus Hermanas.

En la primer parte de este libro contamos como la Madre Caridad cuidó del exiliado Monseñor Schumacher. De igual manera, actuó generosamente con el Señor Obispo Perea de Pasto. En una de sus cartas escrita, el 13 de marzo de 1911, a las Hermanas de María Hilf dice:

El venerable Pastor se enfermó en la recámara de nuestro capellán durante su visita a Túquerres. Cuidamos de él durante seis semanas. Después tres de nuestras Hermanas lo acompañaron a su casa en Consacra, donde esperamos se recupere en ese clima cálido. Repetidamente nos rogaba que no lo abandonáramos. Él no tiene ningún familiar por estas tierras ya que es originario del norte. Las personas que conocen las costumbres de América comprenden esto. En Europa a un obispo se le trata y cuida mucho mejor.

Naturalmente nuestras Hermanas permanecieron con él. También nuestro capellán, el Padre Herbrand fue a Consacra, que está a un día de viaje de Túquerres, y asistió al moribundo obispo hasta su muerte el siguiente viernes, Febrero 17.

El Padre Herbrand tenía muchos problemas para llevar el cuerpo del Señor Obispo a Pasto. El camino cruzaba una montaña a 4,000 metro de altura a bajo nivel de temperatura. Llegó a al convento de las Hermanas a la una de mañana empapado de agua y de lodo. No pudo montar el caballo a causa de la oscuridad y el frío teniendo que viajando a pie durante cinco horas tropezando y cayendo dentro de huecos llenos de agua y de lodo.

Así como el santo Obispo Schumacher prometió interceder por nuestra comunidad, también el Obispo Perea prometió, con lágrimas en sus ojos, recompensarnos en el cielo. Su último gozo fue la llegada del Padre Herbrand.

Después de la muerte del Señor Obispo Perea, el periódico del Seminario Comercial de Pasto decía lo siguiente:

Las venerable Franciscanas, este grupo de ángeles de la caridad, con quienes contamos en varios lugares, nunca abandonaron al Señor Obispo en su cama de sufrimientos. A través sus piadosos sacrificios, su calurosa simpatía, como la de una madre, y su eficiencia, ellas fueron más que enfermeras. Fueron como la Divina Providencia durante los últimos días de Monseñor.

Mismo después de la muerte del Obispo, el cuidado de la Madre Caridad no terminó ella continuó cuidando de su mamá y de su Hermana, a quienes ella servía de Consuelo y de apoyo. Es por eso que el Señor Obispo Perea trataba a la Madre Caridad con una gran veneración durante su vida. Ella experimentó su ayuda y su milagrosa protección en varias ocasiones después de su muerte.

Se necesitaría un largo capítulo para contar toda la ayuda que la Madre Caridad brindó a los sacerdotes. Mencionaremos solo su maternal amor para los sacerdotes del seminario de Pasto a quienes cada mes mandaba una contribución.

No es una sorpresa que cada ordenación era para la Madre Caridad una gran fiesta. Eran días de exaltación para ella. Para muchos de estos sacerdotes ella proveyó los ornamentos para este día. En ocasiones como esta ella repetía, “En mi casa solíamos decir que para la ordenación de un sacerdote deberíamos usar un par nuevo de zapatos.”

Cuando escuchaba sobre un sacerdote que deshonoraba su vocación, o dejaba el sacerdocio lloraba de pena. Ella, junto con sus Hermanas multiplicaba sus oraciones por los sacerdotes. A las Hermanas que profesaban les pedía que con gran fervor y confianza rezaran por los sacerdotes porque creía profundamente que en ese día la Hermana profesada obtenía muchas gracias del Señor.

Una vez un joven sacerdote europeo se dejó influenciar por las cosas del mundo dejó el sacerdocio y se casó. La Madre Caridad rezó durante décadas por su conversión y pidió a sus comunidades que intercedieran por él.

Finalmente Dios escuchó sus oraciones; el hijo pródigo decidió regresar. Para que esto fuera posible, la Madre aceptó a sus hijos gratuitamente en el colegio, así, el arrepentido sacerdote pudo regresar a la Iglesia y celebrar la santa Misa. Poco después murió una muerte santa para Consuelo de la Madre Caridad y sus Hermanas que tanto pidieron por él. Ahora pedirían a Dios que tuviera misericordia de su alma.

Las necesidades de los sacerdotes eran sus necesidades. Donde la ayuda material faltaba la oración y el sacrificio la suplían. Recomendaba a sus Hermanas orar por los sacerdotes. “Oren mucho por los sacerdotes. Nada es más agradable a Dios que pedir por ellos. Ellos son luz del mundo; ¿cuándo esta luz se apaga ¿cómo podremos encenderla? Ellos, son la sal del mundo. Cuando la sal se vuelve sosa, ¿con qué podremos sazonar las cosas de nuevo?”

La Madre Caridad también apoyaba las obras apostólicas de los sacerdotes con alegría. El autor de este libro lo ha experimentado varias veces; durante una misión de ocho días en una mina de oro; en una de sus expediciones a los bosques vírgenes del Océano Pacífico con los Indios Guayqueres, expedición que duró cuatro semanas; y en otra ocasión en un área cerrada del vecino pueblo de El Espino donde se evangelizaba cada domingo durante mucho tiempo.

La Madre Caridad ponía a su disposición: caballos, líderes, provisiones y dinero. Se alegraba por el bien que realizaban los sacerdotes para la salvación de las almas y la construcción del Reino de Dios.



Kirche im Mutterhause zu Pasto



## CRISTO EN LOS HERMANOS POBRES

La portera del convento de Maridíaz solía contar muchas anécdotas referentes al amor que la Madre Caridad tenía hacia el prójimo. Decía, “Es imposible contar sobre todos los actos de misericordia que yo veía que la Madre Caridad practicaba cada día en el recibidor. Allí muchos recibieron ayuda, sin mencionar las limosnas y regalos que se entregaban para la Navidad y para la primera Comunión de muchos de los niños que venían a las instrucciones religiosas. También es imposible contar todas las limosnas que la Madre Caridad hacía en secreto. Eran simplemente innumerables. La benevolencia de la Madre no tenía límites.”

“Tenemos muchos gastos,” se le escuchaba decir, “somos tan pobres como los ratones de iglesia.” Y con gozo continuaba, “Pero para los pobres todavía tenemos algo. Créanme; no me importaría que fuéramos pobres como los mendigos al tener que dar todo a los pobres. Al contrario, eso sería una alegría.”

Enfatizaba, “Si alguien tiene necesidad, díganmelo.” Siempre que iba a ella me daba más de lo que le pedía.

Aún más, ella siempre daba con alegría. De hecho, cuando se le pedía algo para los pobres era como darle a la Madre Caridad una alegría ya que ambicionaba amar a Cristo en los pobres.

Sí, era con un espíritu de fe, que ella veía a Cristo en el pobre. Ciento de veces me dijo, “Sea buena con los que sufren. ¡Pobrecitos, cuanto tienen que sufrir! ¡Cuántas necesidades han de aguantar! Cuantos desprecios han de experimentar! Hermana, tenemos que ver a Jesús que sufre en ellos.”

Con frecuencia probaba ella misma la sopa para los pobres para asegurarse que estaba bien preparada. Me preguntaba, “¿Has probado la sopa? ¿Has tomado el café que es para los pobres? ¿Están sabrosos?” y con amor maternal añadía, “Siempre tiene que probarlos. Tiene que ver que la comida este sabrosa y que sea suficiente. Si algo se necesita, por favor venga conmigo y yo se lo daré.”

Una vez con gracia me dijo. “Yo sé que la gente dice que soy muy buena, absurdamente buena, pero si Dios nos da, nos da para que lo compartamos con los pobres. A Dios nunca se le gana en generosidad. Si damos a los pobres y somos buenas con ellos, él nunca nos dejará en los momentos de necesidad. El mismo lo dijo, ‘Den y se les dará.’”

Se regocijaba cuando escuchaba que muchos pobres venían a pedir ayuda; pero se preocupaba cuando eran pocos los que se acercaban. Con frecuencia me decía, “Los pobres son una bendición de Dios. Lo que damos a los pobres, se lo damos a Cristo. Seremos juzgadas de acuerdo a nuestras obras, él dijo, ‘lo que hagan a estos de mis pequeños, a mí me lo hicieron.’”

Nunca debemos mandarlos con las manos vacías. El darles limosnas por el amor de Dios es un acto de misericordia, aunque algunos piensen, que esto no es necesario.”

En otra ocasión dijo a una Hermana, “Vaya y díglele a la cocinera que una sirvienta vendrá a pedirle comida; que prepare para siete personas de lo mejor que tenga porque es para una familia noble que se encuentra en necesidad.”

Durante la guerra civil, cuando el convento se convirtió en un hospital, el prefecto mandó a un soldado gravemente herido. Los que lo llevaban lo dejaron a la entrada y se fueron. Cuando la Madre Caridad supo de lo sucedido, tomó la colchoneta de paja, las sábanas y la almohada de su cama, y colocó al herido sobre ellas cuidando de él con amor misericordioso.

Una mujer pobre junto con su hija tocó a la puerta pidiendo medicamentos para curar a su marido quien se encontraba gravemente herido. La enfermera le dio lo necesario pero no pudo contenerse en decirle que era él quien tenía la culpa de estar herido por haberse peleado con otro hombre. Cuando la Madre Caridad supo del incidente corrigió severamente a la enfermera, “¿Porque regaña a la pobre mujer? ¿No ve que la pobre ya ha sufrido suficiente con la cruz que Dios le ha dado? Hubiera sido mucho mejor si le hubiera dado un regalito a la pequeña niña.” Le ordenó que ayudara con más generosidad a esta pobre gente.

En una de las misiones en donde se encontraba de visita, una niña pobre vino a saludarla justamente cuando se encontraba comiendo el almuerzo antes de irse a la misión. Recibió a la niña, la atendió como una buena madre y dijo a la superiora de la casa, “Dele una buena comida, la pobre niña tiene hambre.” Al darse cuenta que no tenía un paño, susurró a la superiora, “Por favor, dele algunos paños. Le doy el mío como recuerdo.”

La Madre Caridad era de la opinión de no negar la ayuda a nadie aun cuando llevaran una mala vida, “porque” decía, “Jesús también amó a los pecadores y les hacía el bien. Con amor, los dirigimos más fácil a Dios, que con nuestras palabras.” Al pasar de los años, la realidad comprobó que la Madre Caridad tenía razón. Varias de las personas que llevaban una mala vida se habían convertido.

Una mujer pobre estaba abandonada en una esquina. La Madre Caridad la vio, y preguntó, “¿Sera que no podremos llevarla con nosotras?” Pero como le contestaron que eso sería imposible, se aseguró para que se le llevara a un refugio donde cuidarían de ella. Dijo, “Pregunte cuanto costara,” y ordenó “yo lo pagaré, pero no le diga a nadie,”

En ocasiones la Madre Caridad pagaba por la renta, los medicamentos, por el cuidado de algún enfermo o herido, o por el refugio de algún mendigo. Ella solía pagar dinero extra para que los enfermos pobres fueran bien atendidos. Otras veces pagaba por el ataúd o por el entierro digno de alguna persona pobre.

Una vez escuchó que unas personas no tenían suficiente ropa. La Madre Caridad preguntó, “¿Que podremos darles?” y levantándose, les dio algo de lo que tenía.

En una ocasión tomó varias de sus prendas, las envolvió y poniéndolas bajo el brazo del portero dijo, “¡Ahora váyase; pero no deje que nadie lo vea!”

Repetidas veces decía a la portera, “En el cajón de mi escritorio tengo un sobre con fotos, pero no de santos. Tráigame uno, dos o tres y dáselos a tal y tal persona, pero cuide de que nadie lo sepa.” Aquellas fotos, eran billetes.

Como las Hermanas sabían que la Madre Caridad era muy generosa con los pobres, las superiores de varias de las fraternidades, en lugar de mandarle regalos para su onomástico o Navidad, le mandaban algún dinero para que gozosamente lo compartiera.

Cuando le agradecían por el favor, contestaba, “No me agradezcan porque lo que doy se lo doy a Dios.”

Si alguien comentaba sobre la miseria inhumana de alguna persona decía, “¡Pobre! La razón por la cual lleva una vida así es por su ignorancia y su pobreza. Deberíamos rezar por ella y ayudarle a comprender que eso no es lo mejor, pero esto tiene que hacerse con un amor de madre; consuelen y animen porque eso vale más que las migas que dan.”

Cuando se enteraba de la muerte de una persona pobre, decía, “Esta pobre alma quizás no tenga a nadie que rece por ella o que ofrezca una santa Misa.” Entonces se preocupaba para que una santa Misa se celebrara por el alma del difunto.

En su esfuerzo para ayudar a todos, pidió al autor de este libro que se preocupara de manera especial por las “empleadas” en Túquerres y que les diera una hora de catecismo o alguna instrucción religiosa cada domingo por las tardes.

Ya que la Madre Caridad se preocupaba por las necesidades espirituales, morales y físicas de sus vecinos, también se preocupaba por los empleados del convento. En su bolsa siempre cargaba algún refresco o galletas para ofrecerles. Insistía que recibieran la misma comida que las Hermanas. Muchas veces murmuraba a sí misma, “Siento compasión por estos pobres chicos. Ellos se sacrifican mucho por nosotras.” Y por su trato benevolente y su actitud afable se ganaba el amor y la admiración de ellos. Decían, “La Madre Caridad es una santa. Una segunda Madre Caridad será difícil encontrar.” Acerca de sus viajes contaban, “en muchos de los lugares donde nos deteníamos la gente decía, ‘Esta es una santa mujer.’ Por donde quiera, mujeres y hombres venían a pedir su bendición.”

La Madre Caridad también recordaba a las personas que durante sus viajes le habían dado alojamiento. Eran casi siempre los pobres Indígenas y Negros. Y como ya lo hemos visto en la primera parte de este libro, la Madre Caridad pedía a sus Hermanas que cocinaran por la familia en donde se hospedaban.

Su amor era universal. Acogía y abrazaba toda la miseria y el sufrimiento de los que la rodeaban. Era como el Buen Samaritano del Evangelio. Se quejaba con frecuencia diciendo, “Me duele mucho cuando no tengo nada que dar a una persona que sufre. La caridad y amor a

Dios es la misma cosa. ¡Sean siempre generosas y misericordiosas! Una obra de caridad puede hacer milagros en el alma de una pobre persona. Todo pasa; solo Dios es eterno y Él, es amor.”

Algunas veces le recordaba a sus Hermanas, “Uno tiene que juzgarse a sí misma más estrictamente que a su prójimo. Húyanle a las faltas contra la caridad con el mismo horror que con el pecado contra la castidad.”

Una Hermana relató lo siguiente, “Un día yo ya estaba cansada de la repetida desobediencia de una estudiante. La llevé con la Madre Caridad y la acusé de su conducta y su irresponsabilidad para hacer sus tareas. Yo esperaba un buen regaño para la niña. La Madre Caridad fijó su mirada en la niña y me dijo al oído, ‘La pobre niña tiene hambre. Mira sus oídos, están prácticamente transparentes. Llévala a la cocina para que coma un buen desayuno y veras como mejora su comportamiento.’”

Esta era un alma maternal, una psicóloga observadora y una sabia educadora.

Naturalmente, a veces se abusaba de la ilimitada bondad de la Madre; especialmente por los padres de las estudiantes que, no queriendo pagar la matrícula, se refugiaban en la Madre Caridad pudiendo pagar fácilmente la cuota.

También para los huérfanos era ella una madre. Durante la Revolución de 1899 un padre de familia murió dejando huérfana a su hija de seis años, quien en ese tiempo era interna en Túquerres. Una Hermana le comentó a la niña de la muerte de su papá, la tomó de la mano y la llevó a la capilla para que ofreciera a Jesús su dolor. Al comprender la niña lo serio de su pérdida, empezó a llorar amargamente. La Hermana se la llevó a la Madre Caridad, quien trabajaba en el jardín, ella amorosamente tomó a la niña y le dijo, “No llores más; desde este momento yo seré tu madre.” La niña dejó de llorar y la Madre Caridad se hizo cargo de ella desde ese momento.

En un día frío de octubre, una familia proveniente de Bogotá llegó a Túquerres donde la muerte arrancó a la joven madre de familia dejando a su marido y sus tres hijas en una gran pobreza. La Madre Caridad aceptó a las tres niñas como sus hijas y las educó en la escuela del internado. Todas recibieron el diploma de maestras. Años después, dos de ellas ingresaron a la comunidad. Ellas escribieron la biografía de la Madre Caridad en español después de su muerte. Mucha de la información contenida en este libro proviene de estas biografías.

La Hermana Celina, una de estas tres hermanas escribe una graciosa historia.

Durante nuestros primeros años de estudios, teníamos que llevar los informes de nuestras notas a la Madre Caridad cada trimestre. Era para nosotras un gran sacrificio ya que ella era muy estricta cuando no obteníamos buenas notas. Una vez fui a ella en compañía de mi pequeña Hermana de cinco años, quien empezaba a hablar. La Madre se encontraba sentada en el jardín remendando algo. Tan pronto nos vio dijo, “Pero Mitche, ¿qué es lo que escucho de ti? Ni siquiera tu comportamiento es bueno. No me gusta para nada.” La pequeña reaccionó con una vivacidad increíble y dijo,

“A mí tampoco, me gusta portarme bien.”

Al escuchar esta respuesta de la niña, la superiora no sabía que contestar. Se le dificultaba contener la risa. Acaricio a la pequeña y nos dejó partir; nunca olvidó este incidente ella nos cuidaba como un ángel guardián.

Pasados muchos años, cuando Mitche, ya casada, traía a sus hijos a la Madre Caridad para que los bendijera ella le preguntaba con una sonrisa, “¿Cómo estas Mitche, te gusta compórtate ahora?”

Una de las Hermanas Pereira testifica, “Cuando de pequeña vi a la Madre Caridad tenía la impresión de estar frente a un ángel de amor. Ella me aceptó, una huérfana, como su propia hija y me proveyó de lo necesario. Al finalizar mis estudios me aceptó en su jardín soleado de su comunidad donde encontré mi felicidad.”

Otra Hermana relata, “Cuando todavía muy joven, yo estudiaba en la escuela del internado en Túquerres. Era muy tímida, que hasta las cosas más pequeñas me daban miedo y me causaban lágrimas. Una vez impacienté a mi maestra a causa de mi escritura. Me envió a la Madre Caridad para que le mostrara mi pizarra esperando que me diera una buena regañada. Me escondí detrás de la puerta y la esperé. Ella caminaba por el pasillo rezando el rosario. Al voltear, me armé de valor y salí de mi escondite, pero tan pronto dio la vuelta hacia mí, volví a mi escondite detrás de la puerta. Pero luego, salió mi maestra del salón. Recuperé mis fuerzas y caminé temblorosa hacia la Madre Caridad y le dije, ‘Por favor, vea mi escritura; la Hermana me mandó a que se la mostrara.’ Se dio cuenta de mi temor y probablemente pensó que ya se me había castigado lo suficiente. Tomó mi pizarra, la vio y dijo, ‘¡bueno, bueno ya sabes cómo escribir! Está bien, ven conmigo.’ Me llevó a la cocina y me dio un pedazo de pastel. Este incidente fue para mi maestra una buena lección. Nunca más me mandó a enseñarle la pizarra a la Madre Caridad.”

La Madre Caridad solía decir, “El amor cubre una multitud de pecados. Es la única indulgencia que podemos ganarnos sin preocuparnos por ciertas oraciones y prescripciones.”

Su amor crecía especialmente cuando trataba con los enfermos. El mes de Abril de 1935, una terrible epidemia de disentería se desató con fuerza que reclamó ciento de vidas. Con inmensa compasión, la Madre Caridad supo de la noticia. Había llegado de Suiza; así es que la primera carta que escribió fue a las Hermanas de esa región. Las animaba a realizar grandes sacrificios. Como una buena madre les pedía que cuidaran también a los enfermos del poblado lejano de San Andrés, donde no había ni doctor ni alguien que les ayudara. Siguiendo sus consejos, enviaban a los enfermos, a Santiago, donde había un hospital bajo el cuidado de las misericordiosas Hermanas Franciscanas. La Madre Caridad por su parte, desde Pasto les mandó una enfermera, medicamentos, alimentos y ropa. En sus cartas, la Madre Caridad recomendaba a las Hermanas que sobre todo, tuvieran en sus mentes la gloria de Dios y el bien físico, moral y espiritual de todos los enfermos.

Su caridad era de verdad noble, sencilla y humilde cuando trataba con los pobres. Tenía mucha comprensión con las madres de familia que le confiaban sus pesares. Su amor era sin límites para sus Hermanas y santo para los sacerdotes.

Hubo ocasiones en las cuales ella perdonó las injurias heroicamente. Una novicia dejó la comunidad porque no le gustó el trabajo que se le había asignado. No le importó calumniar a la fundadora en todo el pueblo. La Madre Caridad se mantenía en silencio. Después de un tiempo, la ex novicia, quien había caído en una gran miseria, decidió rogarle a la Madre Caridad que la recibiera de nuevo. Ella la aceptó con brazos abiertos, le dio alojamiento, comida y todo lo que necesitaba y le permitió que trabajase como laica comprometida hasta su muerte. La Madre Caridad era respetada y amada por todos.

Con gozo, la Madre Caridad devolvía las ingratitudes con compasión. Con su consentimiento, muchos estudiantes en sus colegios recibieron becas para que se educaran y luego pudieran sostener a sus familias.

Un padre de familia, quien había causado una gran pérdida en la comunidad, perdió su trabajo y quedó en una gran pobreza y miseria de tal manera que no podía mantener a sus hijos. La Madre Caridad no le reprochó la pérdida que había causado sino que aceptó a sus dos hijas en el colegio y educarlas para que luego pudieran ellas ayudar a su padre.

La Madre Caridad practicó toda esta caridad, porque veía a Cristo en sus hermanos y trataba de glorificarle a través su benevolencia hacia sus criaturas.

Para la celebración de su 60 aniversario de profesión, el Dr. Justino Mejía escribió, “Su nombre es Caridad y ella misma es caridad. La reina de todas las virtudes es la fuente de su vida; es el escudo de su corazón; la brújula de su búsqueda; y el bello y verdadero sueño de sus 83 años de vida. Cuando muera podremos escribir en su lápida, ‘Caritas, caritatendocet’ – Madre Caridad enseña la caridad. ¿Será que pedimos mucho al decir, ‘Ella es la imitación de Dios, de quien se dice, ‘Deus Caritas es’ – Dios es Amor?’”

## ALEGRIA EN EL CONVENTO

Quizás a pesar de su pobreza o tal vez por ella, san Francisco de Asís era un Hermano “Siempre Alegre,” como pocos otros santos. La Madre Caridad era su discípula fiel al seguir las huellas de Francisco. Ella quería que sus hijas fueran unas Hermanas felices. Solía decir, “El Poverello de Asís fue el más alegre y simpático de los santos. Aun en las más severas penitencias y contemplación, era feliz. Hasta con las criaturas más irracionales él hablaba. El Hermano cuervo y el Hermano Lobo recibieron su cariño. Los pájaros, sus hermanos y hermanas, escuchaban sus sermones mientras que la Alondra competía con él en las alabanzas a Dios. A sus hermanos, el aconsejaba que fueran alegres con su prójimo. Acuérdense, ustedes los llevan a Dios más fácilmente con alegría que con cualquier sermón.”

La Madre Caridad vivió este mismo espíritu y animaba a sus Hermanas a hacer lo mismo. Poseía una risa particular que proyectaba una alegría sana y libre de ansiedades la cual manifestaba un alma que caminaba en la presencia de Dios dependiendo en su bondad y misericordia. Su sonrisa contagiaba a las personas que vivían con ella. Seguido nombraba a san Francisco de Sales, diciendo, “Un santo triste es un santo triste.”

“Una Buena religiosa,” les enseñaba, “tiene derecho a ser feliz. Puede reírse con ganas y sin escrúpulos cuando la regla no prescriba silencio. Quien quiera que esté en estado de gracia, es amada por Dios y tiene el derecho de la ciudadanía del cielo. Y entonces, ¿quién se pondrá triste? Además, la risa es buena para el cuerpo y el alma.”

En su alegre disposición, frecuentemente tenía ideas preciosas que sorprendían a todas por su originalidad las cuales brotaban de su alegría interior.

Una vez entró al comedor inesperadamente donde se encontró con una formanda que hacia la limpieza. Se detuvo frente a una foto, y señalándola le pregunta, “¿Que santa es esta?” Sin pensarlo la formanda le contestó, “Esta no es una santa es sólo Usted.”

Y en realidad era una foto de ella. Al escuchar la respuesta de la postulante, no pudo contenerse e irrumpió a carcajadas. Sólo después, la postulante reconoció lo que había dicho.

En uno de sus viajes, un joven conversaba sobre el origen del hombre. Estaba convencido que el hombre desciende del mono. Para comprobar su argumento, daba varias similitudes que tiene el hombre con el mono. La Madre Caridad lo escuchaba con atención. Cuando el joven terminó de hablar preguntó a la Madre si ella estaba de acuerdo con él. “Si tu estas orgulloso de haber descendido del mono, tienes toda la libertad, pero yo me niego a tener algo que ver contigo.”

Una Hermana se quejó que las cartas de la Madre Caridad eran siempre muy cortas y le pidió que le mandara una más larga la próxima vez. Después de un corto tiempo, ella recibió una carta de dos metros de largo y tres centímetros de ancho. Casi todas las palabras tenían que estar separadas, era cansado leerla pero causaba mucha alegría.

Una vez una niña se acercó a las Franciscanas y les dijo, “Cuando yo veo a una Hermana reír me dan ganas de ser una religiosa también.”

Y esto era lo que la Madre Caridad deseaba. Ella quería que la gente en el mundo supiera que la verdadera alegría consistía en ser una hija de Dios, una esposa de Cristo y poder servir a Dios en el convento.

Algunas veces la Madre Caridad decía en sus visitas, “En la última misión que he visitado, son muy pobres; no tenía algo decente para darme de comer; pero no piensen que me hace falta algo. En la siguiente misión quizás diga lo mismo de ustedes.” Todas rieron alegremente.

Con simplicidad de una niña escondía los huevos para el domingo de Pascua. Era una gran celebración cuando las Hermanas salían a buscarlos en todas las esquinas del convento y en los arbustos del jardín. Al encontrarlos, se los traían victoriosamente a la Madre.

Solía decir, “A Dios le agrada quien da con alegría.” En particular amaba a las Hermanas alegres especialmente escondían sus sufrimientos y sus dolores bajo el velo de la alegría. Le encantaba escuchar a las Hermanas contar chistes durante los recreos. Los errores que cometían las Hermanas que estaban aprendiendo el español añadían a la alegría y la risa sana.

Al contrario le disgustaba cuando una Hermana pasaba pasiblemente los recreos. Cuando regalaba algún confite o chocolate, a ellas les daba una doble porción esto ayudaba a aumentar la disposición gozosa del ambiente. Trataba de cualquier manera de quitar la melancolía y la tristeza. Ciertamente, ella quería que sus Hermanas fueran recogidas pero no egocéntricas. Si encontraba a una Hermana que estuviera desanimada o sola, no la dejaba en paz, pues sabía que la tristeza es contagiosa y obstaculiza la práctica de la virtud y la oración como el freno de un coche. Tampoco le gustaba que una Hermana preocupada les quitara el gozo a las otras.

Las oraciones y las prácticas religiosas también debían ser practicadas con alegría pero ella no regocijaba de añadir otra tipo de devociones a las ya prescritas, particularmente en las casas de misión.

En una de sus visitas a una de las misiones, la Madre Caridad respetando todo el horario de la fraternidad se dio cuenta como, a la visita del Santísimo Sacramento, la superiora añadía dos o tres novenas de varios santos antes del almuerzo para recibir de ellos los favores por las necesidades de la casa. Mientras que algunas de las Hermanas manifestaban molestia. Y al final se rezaba la oración del Papa Benedicto XV por la paz durante la Guerra mundial de 1914 que empieza con las palabras, “En las agonías y necesidades de la guerra.”

La Madre Caridad se sentó cansada emitiendo un largo y profundo suspiro. Al llegar al comedor dijo, “Yo también estaba en agonía y cansada por esta manera de rezar.” Les pidió que no agregaran más oraciones que las prescritas “porque,” dijo “Es mejor que la comunidad rece menos pero con alegría que sin gusto.” Las Hermanas de esta casa al igual que en otras realizaban esto con gran alivio.



Con una preferencia especial, a la Madre Caridad le encantaba llegar de sorpresa en sus visitas. Esto lo hacía por dos razones; la primera, para dar a las Hermanas una alegría infantil; la segunda, para ver en realidad como se vivía el espíritu y el orden diario.

Cuando las Hermanas esperaban su llegada, preparaban ansiosamente toda para el recibimiento. Naturalmente uno podría tener una percepción equivocada de la situación real. Así que, ella pensaba que el llegar de sorpresa sería bueno en algunas circunstancias.

Una vez informo a una comunidad que llegaba. Todas limpiaron y prepararon todo para una digna bienvenida antes de las vacaciones de Navidad. Inesperadamente les llegó una larga carta en la cual la Madre Caridad les escribía un mensaje específico para cada Hermana y les manifestaba su maternal consejo para todas.

Las Hermanas estaban muy desilusionadas. Hablaban entre ellas que quizás no llegaría después de haberles escrito a cada una por separado. Se decían, “No vale la pena prepararse más.” Dejando todo como estaba.

Pero, la Madre Caridad apareció de sorpresa una tarde riendo alegremente de haberles jugado una broma.

En 1920 quería sorprender a las Hermanas en el distante Cartago, pero como el puerto del Río Cauca estaba muy lejos, la Madre Caridad mando un telegrama a un caballero conocido para que la recogiera en el aeropuerto.

Don Carlos Hoyos sospechaba que ella quería jugar una broma. Y para asegurarse, se fue inmediatamente a hablar con las Hermanas. Conversaron un poco y entre la conversación pregunto si habían recibido noticias de la Madre Caridad. A lo que ellas contestaron, “No, pero hemos escuchado que se encuentra en Tuluá.”

¿No podría ella llegar sin informarles primero? pregunto Don Carlos.

“Imposible,” contestaron las Hermanas, “Porque necesitaría un coche o un caballo y ella nos lo pediría.”

Don Carlos sabía lo suficiente. Se despidió de las Hermanas y se dirigió al puerto sin informar a nadie.

Antes de una hora, el coche de Don Carlos se encontraba dentro del estacionamiento del convento y la Madre Caridad, quien parecía haber salido de la tierra, y tratando de contener su risa, se encontraba frente a sus Hermanas.

En Ipiales las Hermanas estaban comiendo el almuerzo tomando su caldo y escuchando la Imitación de Cristo. De repente la superiora con la cuchara en la boca fijo su mirada en la puerta.

Una voz pregunto, “¿Que vieja entra a nuestro comedor?” Ella vestía un saco negro, portaba un sombrero de paja y una canasta en su brazo.

Todas miraron hacia la puerta y alegres empezaron a gritar, “¡Madre Caridad! – ¡Que! ¡Es Usted!

Se tuvo que sentar para reírse de la broma que les había hecho a las Hermanas.

Una vez las Hermanas celebraron el primero de Abril, la fiesta de los Santos Inocentes, como lo hacían en Suiza. La Madre Caridad pidió a la cocinera que preparara panecitos para la ocasión. Para la sorpresa de todas, la Madre Caridad dispensó la lectura durante la comida y disfrutaron una conversación agradable mientras cortaban sus panecitos festivos.

Pero un ruido extraño se escuchaba sobre los platos mientras que trataban de cortar “esa cosa,” ¡qué pena! Los panecitos era solo algodón cubierto de chocolate, cuando se percataron todas se echaron a reír.

A las novicias recién llegadas de Suiza se les había prometido un picnic en una finca de Pasto. En un tiempo oportuno la Madre Caridad les dijo, “Ahora nos vamos a la finca. ¡Apúrense! Pónganse sus sacos, lleven las sombrillas y su fiambre en sus bolsos. Acuérdense de llevar una taza, porque tenemos unas hermosas vacas suizas.

No se les dijo dos veces. De prisa prepararon todo y se dirigieron hacia la Madre Caridad por su bendición para el viaje. Algunas Hermanas las siguieron.

La Madre Caridad también estaba lista para salir. Dirigió al grupo por un largo pasillo. Al final se encontraron con un bello paisaje de pintura al óleo con un gran letrero “La Hacienda”. La líder explico, “Gracias a Dios ya llegamos. Aquí tienen la finca; vean, ahí tiene el establo; aquí las vacas y los becerros. La que venga del campo puede empezar a ordeñar la vaca. Después se echó a reír como una niña de sus travesuras.

En una de sus visitas al Norte, la Madre Caridad llegó a Cartago en la vigilia de Navidad. Para esta fiesta, tenía la costumbre de dar a la superiora de la casa algún regalo. Pidió a alguien que le llenara una botella de agua amarga y se la sellara. El día de la Navidad, solemnemente, le entregó la botella a la superiora y dijo, “Tenga, le traigo una botella del mejor licor que jamás haya probado. Lo puede tomar para celebrar el Nuevo Año en mi honor. ¡Feliz Navidad y Prospero Año Nuevo!”

Las Hermanas estaban muy agradecidas y prometieron hacerlo así. Para tristeza de ellas la Madre viajó al día siguiente.

Llegó el Año Nuevo y las Hermanas pidieron la botella. La superiora la abrió con mucha dificultad. Gustosamente llenó los vasos y entonaron el canto como de costumbre, “Langesollsleben...” (Que viva una larga vida...) “Que viva felizmente,” contestaron todas. Después de probar aquel licor tan raro se dieron cuenta de la broma que la Madre Caridad les había preparado.

A pesar de lo tanto que le gustaban las bromas y la risa, nunca toleró una que fuera indigna de una religiosa. Menos aceptaba los chistes referentes a las cosas sagradas. Si alguien

los contaba, ella decía, “Eso no es bueno. Las cosas sagradas no son para reírse de ellas. Hagan todo bien, en el lugar apropiado y de la manera correcta.”

Una de las fuentes de su alegría era, sin duda, la fiel observancia de la Santa Regla; porque los pequeños sacrificios diarios requieren cambiarlos en gozo aquí en la tierra y hacen la vida del convento un lugar feliz. Sobre todo, una religiosa puede estar feliz sabiéndose cerca de Dios como su hija y como esposa de Cristo. Frecuentemente cuando la Madre Caridad contemplaba las maravillas de la tierra, belleza de Dios, se dibujaba una sonrisa sobrenatural en su semblante como si estuviera en otro mundo.

Una tarde las Hermanas en Túquerres admiraban el cielo. El sol se había escondido detrás de las oscuras montañas. El firmamento y las nubes vislumbraban un oro radiante. Las Hermanas llamaron entonces a la Madre Caridad diciendo, “¡Madre vea, que bello está el cielo aquí!” Pero sus ojos parecían perderse en una interminable distancia con una expresión de paz y de gozo, y dijo, “Dios es ciertamente más inexplicable que este bello firmamento.”

## LAS HORAS DEL GÓLGOTA

Como lo hemos visto ya, la Madre Caridad no sólo experimentaba gozos sino también una grande parte de sufrimientos. La fundación y la animación de muchas misiones exigían un tremendo trabajo, el cual estaba acompañado de tanta preocupaciones, dificultades y desilusiones de toda clase, si solo pensáramos sobre los viajes tan peligrosos descritos en la primera parte de este libro; la inmensa pobreza de la cual ella escribió en varias ocasiones; las tres guerras que hicieron imposible la comunicación con su tierra natal y las dificultades para traer a las nuevas candidatas. Además, las dificultades presentes en los colegios, la educación de las maestras; las enfermedades y las muertes; los males entendidos y los fracasos de todo tipo. Dolorosos en particular eran las deserciones que se daban en la congregación.

Quien quiera que fuere que se pone frente a una organización siente, personalmente, los gozos y los dolores de una madre de familia.

Cuando pensamos en la Madre Caridad como la madre de sus Hermanas, podemos deducir que sufrió mucho pero valientemente cargo con su cruz. Alegraríamos mucho el relatar sobre tantos sucesos, nos limitaremos a algunos.

Una de las Hermanas fundantes del grupo de Túquerres relata: “La Madre Caridad pasó los primeros años en este lugar en medio de muchas dificultades, pero trataba de esconderlas frente de sus jóvenes Hermanas con una valentía heroica. Solo lo sabíamos cuando pasaba media noche en oración en la capilla. De vez en cuando sufría dolores de muelas, pero usaba excusas para esconder su dolor. Pocas fueron las veces que desde el fondo de su corazón nos pedía, “Por favor, recen por mí.”

Sufría enormemente cuando una persona ingrata y con malas intenciones divulgaba el cuento de que las Hermanas suizas eran religiosas falsas. También su capellán de descendencia suizo sufría las mismas calumnias, esto causaba mucho daño al convento y al colegio.

Las Hermanas no podían desmentir la acusación ya que en ese entonces no se necesitaba pasaporte o algún documento para viajar. Tampoco contaban con algún testigo que pudiera defenderlas. Solo les quedaba sufrir y orar.

Solo cuando el Señor Obispo Schumacher y sus sacerdotes huyeron del Ecuador y llegaron a Túquerres se silenciaron los rumores ya que fue el mismo quien pidió la ayuda de las Hermanas desde Suiza. El las conocía personalmente y las defendió con todas sus fuerzas.

Ya vimos la pobreza que se vivía en el pequeño convento, pobreza que duro por muchos años en la naciente congregación la cual causó muchas noches en vela a la Madre Caridad. Ya desde sus comienzos se vio forzada a endeudarse para solventar las necesidades de sus Hermanas. Lo hacía con la esperanza de pagar las deudas en poco tiempo pero a veces no lo lograba.

En su primer viaje a Europa con el objetivo de buscar y promover las vocaciones, compró tela para los hábitos y material para el colegio todo a crédito. Pero cuando la guerra se desato en Colombia durante tres años no se podía mandar dinero a ningún otro país. Los comerciantes suizos no podían entender esto y públicamente declararon que la Madre Caridad era incapaz de pagar sus deudas. Esto le dolió mucho. Ella pertenecía a una familia de muchos recursos económicos y ahora era públicamente acusada. La dote que ella había traído consigo al convento se usó en Ecuador.

En esta necesidad se refugió en san José quien no la decepciono. Una vez que en 1903 finalmente se calmó la Revolución, una vez más pudo viajar a Europa y pagar todas sus deudas. Esta lección le sirvió para nunca más comprar a crédito en el futuro.

Es de admirar como era capaz de esconder valientemente los sufrimientos. Cuando en sus conversaciones hablaba del tema se hacia la señal de la cruz sobre sus labios y callaba. Hacia lo mismo con sus Hermanas cuando ellas hablaban de sus sufrimientos o se quejaban por alguna cosa.

Poco después de la Navidad de 1929, el Liceo de la Merced en Pasto sufrió una depresión económica. El Padre Herbrand se encontraba gravemente enfermo. Cuando un telegrama trajo tristes noticias a la Madre Caridad en Túquerres causo en el corazón de la madre un gran dolor ya que el sacerdote, quien se encontraba en el lecho de la muerte, había sido un amigo y guía de la fundadora durante 30 años. Mientras que esperaba el coche que la llevaría hasta el, se arrodillo frente al tabernáculo rogándole a Jesús que lo mantuviera con vida hasta que ella llegara. Ella y la Madre Agnes, quien era Superiora General en ese entonces, viajaron rápidamente.

Al llegar al lugar donde yacía Monseñor, el 27 de diciembre, un rayo de gozo iluminó el rostro del moribundo sacerdote sin poder hablar más. La madrugada del 29 de Diciembre, el sufriente sacerdote, rodeado de sus amigos sacerdotes y de las Hermanas entregó su alma a su Creador, honrado y llorado por todos. Este fue para la Madre Caridad uno de sus días más tristes.

Otro de sus tristes días fue cuando tuvo que dejar Túquerres pequeño pueblo mercantil situado en las planicies de los Andes que en una vez gozosamente había acogido el grupo de Hermanas suizas. Aquí la pequeña plantita creció en un gran árbol con el aumento de Hermanas y llegando a ser la casa madre de la pequeña congregación. Aquí las Hermanas habían trabajado arduamente, experimentado gozos y dolores, hecho mucho bien y sembrado las semillas que cayeron sobre tierra fértil, especialmente entre la juventud. Es por eso que las Hermanas estaban enamoradas de este lugar.

La Madre Caridad consideraba este lugar como su segundo hogar. Su corazón estaba ligado a él con mil cadenas. Fuertemente lo sentía así que creía que solo la muerte podría separarla de él.

Pero a pesar de todo, ocurrió lo inesperado.

Una Hermana, originaria de este pueblo, murió de tuberculosis. Al mismo tiempo el joven capellán, suizo, que estaba substituyendo al Padre Herbrand en el convento y en el colegio se enfermó de neumonía y pleuresía después de un refriado. Estaba al borde de la muerte pero el cuidado eficaz y excelente de las Hermanas pudo recuperarse. El doctor que lo había atendido divulgó la noticia que el sacerdote tenía un hueco en los pulmones, que sufría de tuberculosis y que era un peligro de contaminación para la comunidad, el colegio y la ciudad.

El sacerdote no podía comprobar lo contrario. Por lo tanto, un grupo compuesto por los hombres más influyentes del pueblo oficialmente publicó que el joven sacerdote no podría más, debido a la tuberculosis, predicar ni en el convento, ni impartir clases en el colegio, ni confesar, ni distribuir la Santa Comunión. Bajos estas circunstancias, el sacerdote suizo, autor de este libro, juzgó apropiado que debería regresar a su país. Al pasar por Panamá, se hizo examinar por el Dr. Herreck, un especialista y lo declaró totalmente sano.

Pero esto no resolvió el problema para las Hermanas. Las autoridades civiles ordenaron un examen médico de todas las Hermanas. El resultado: todas estaban sanas excepto una. Se le transfirió a Ipiales y allí se la declaró sana.

A pesar de que las Hermanas hacían todo lo posible por evitar el contagio, la tormenta contra ella no cesaba. Las personalidades influyentes de ese pueblo (masones) ferozmente trabajaban contra las Hermanas, el colegio, las maestras y hasta contra las estudiantes. Como resultado, todas las actividades académicas sufrieron todo tipo de dificultades poniendo todo lo académico en peligro. La Madre Caridad sufría enormemente bajo estas realidades. Por tanto, la ingratitud de muchas estudiantes, sus padres y otros quebrantaba su corazón.

La situación se empeoraba día tras días. Finalmente, uno podía pensar que era inútil trabajar bajo estas circunstancias. El Gobierno General decidió, después de recibir la aprobación papa, transferir la casa madre a Pasto, lugar que en realidad era más favorable que Túquerres. Por decisión del obispo de Pasto, silenciosamente se construyó un gran convento que fuera lo suficiente grande para alojar a las consejeras generales, un creciente noviciado y un grupo de Hermanas mayores que no podían más trabajar en las misiones.

La Madre Caridad, quien amaba Túquerres y conocía allí mucha gente que la respetaba honestamente, no podía apartar su apostolado de ahí. Sentí como si tuviera que cortar su corazón con cuchillos afilados al separarse de ese lugar.

En uno de sus viajes a Pasto durante la construcción del nuevo convento al descender las altas montañas y al divisar la futura casa madre en Maridíaz, se sentó en una roca y lloró amargamente.

Durante las vacaciones del verano de 1927, las Hermanas de las cercanas misiones llegaron a Túquerres para el retiro anual donde pasarían sus días en solemne silencio y oración. La mayoría de ellas no conocía el secreto que el convento de Túquerres encerraba pero tenían un extraño presentimiento al ver la sombra de angustia que cubría el rostro de su fundadora, quien por naturaleza, era alegre y llena de ánimo. Nadie en el pueblo debería conocer lo que se planeaba hacer ya que se temía que la gente sencilla tratara de evitar que las Hermanas se fueran. Es por esta razón que ni las misma Hermanas lo sabían.

Después del retiro, cuando todas las Hermanas habían regresado a sus lugares de misión, una gran actividad empezó en el convento. Las Hermanas, los empleados -mujeres y hombres- corrían sin parar, cargando muebles, sacos, cuadros, vajillas y materiales didácticos empacándolos en cajas. Uno podía escuchar el sonido del martillo y clavos. El interior del convento y sus corredores daban la impresión que la guerra se había desatado.

La Madre Caridad no era capaz de ayudar. Inclínada por la tristeza y el dolor, se encontraba arrodillada en la capilla.

Se podía escuchar el ruido de muchos coches. El gobernador del Departamento, generosamente había ordenado a sus choferes que transportaran todas las pertenencias de las Hermanas a Pasto.

Rápidamente todos los muebles, las cajas y cajones fueron montados en los camiones. La gente solos se percató de lo que pasaba al ver los camiones circular por la calle principal. La gente se reunió y se dirigió al convento. Algunos estaban disgustados por el actuar de las Hermanas; otros lloraban y rogaban a las Hermanas que se quedaran. ¡Los pobres estaban inconsolablemente tristes!

Todos querían ver a la Madre Caridad y hablar con ella. Pero sus consejeras generales querían evitarle la tristeza de dar a la gente una respuesta negativa. Ya le habían ordenado que partiera lo más pronto posible.

La Fundadora obedeció controlando el dolor indescriptible que anidaba en su corazón. Se preparó para la salida. Una vez más regresó al comedor se arrodillo ante el crucifijo que por décadas había sido su consuelo en sus muchas necesidades, alegrías y penas. Con lágrimas amargas en sus ojos se dirigió a la capilla por última vez y pidió a su Amado la fuerza para partir.

Finalmente se levantó, se resignó y salió, acompañada de una novicia y algunas Hermanas, por una de las puertas posteriores. Montaron al coche que las esperaba y partió dejando para siempre este amado lugar que había sido para ella su segundo hogar. Después de pocos días se terminó por completo la salida del convento.

La Madre Caridad, pesar de su dolor, pudo ver en el doloroso pasado los misteriosos designios de la Providencia Divina, quien dirigía todo para traer a las Hermanas a un clima más sano, construir allí el noviciado y una capilla lo suficiente grande para la posible adoración. La Divina Providencia se hizo más notable aun cuando en 1935 y 1936 la ciudad de Túquerres fue parcialmente destruida por un terremoto. Iglesias y casas terminaron en montañas de escombros. También, la antigua casa madre de las Hermanas fue dañada severamente que era imposible repararla.

Mientras tanto la Madre Caridad no estaba exenta de sufrimientos en Pasto.

Los doctores habían declarado la presencia de la fiebre tifoidea en noviciado. Estas noticias preocupaban inmensamente el corazón de la Madre. Se pasaba noches enteras ante el Santísimo Sacramento orando por las enfermas. En su agonía, pedía a las Hermanas que agradecieran a Dios por las tribulaciones pero que le pidieran que detuviera la plaga si era su santa Voluntad.

Por esta razón, la Madre Caridad, en nombre de la congregación, prometió que los primeros viernes de cada mes se celebrara una Misa solemne y que se hiciera una hora santa con todas las Hermanas.

A pesar de todas las oraciones y el mejor cuidado, seis fueron las novicias que murieron después de pocas semanas. Ellas fueron:

Blandina Germann de Hauptwil,	Cantón Thurgau
Damascena Hoffmann de Baden,	Cantón Aargau
Adolfina Gerschwiler de Rach,	Cantón Thurgau
Policarpa Jud de Bischofszell,	Cantón Thurgau
Patricia Seiler de Weinfelden,	Cantón Thurgau
Feliza Metzger de Stein,	St. Gall

Todas eran mujeres jóvenes que hacía poco habían dejado su patria y sus seres queridos para server como misioneras en tierra extranjera. Ahora, una tras otra morían destruyendo la

esperanza de fortalecer la joven congregación. Las primeras novicias podían profesar en su lecho de muerte. Las otras dos, Novicias Patricia and Feliza, quien habían recibido el sacramento de los enfermos, no podían hacerlo ya que sufrieron unas temperaturas altas que las dejó inconscientes. Ellas fallecieron en la Fiesta del Sagrado Corazón. La Hermana Peregrina Schech de Hessler, Bayern, Germany, enfermera, que había sido llamada para cuidar de las enfermas en Pasto, fue víctima de la fiebre y también murió.

La Madre Caridad parecía la madre de los Macabeos, quien entrego a sus siete hijos como sacrificio al Señor. Grande era su dolor pero lo acepto con amor heroico por amor a Dios. Frecuentemente rezaba, “Señor que se haga tu voluntad, aunque duela mucho. Todo como tú lo quieras, Sagrado Corazón de Jesús.”

Cuando venían los maestros del Liceo de la Merced a presentarle su pésame, la Madre Caridad agradecidaañadía, “Aunque estas pérdidas sean difíciles de aceptar, prefiero sufrirlas a que alguien en la comunidad cometa un pecado. Jesús se ha llevado unas fuerzas maravillosas, pero para ellas ha sido una gracia de dar sus vidas al Señor en la flor de su juventud y en el primer fervor de la vida religiosa. Sin duda nuestro Señor las ha recibido, ‘vengan esposas de Cristo entren a la boda eterna preparada para ustedes.’ Nos gusta pensar más en lo que ellas han ganado que en lo que nosotras hemos perdido.”

La ceguera para la ilustre Madre Caridad fue una cruz. Con tristeza, veía como las personas y las cosas parecían hundirse en una media oscuridad, no pudiendo leer sus libros espirituales, la Santa Regla y las cartas de las Hermanas. Le dolió mucho el hecho de tener que preguntar a las Hermanas sus nombres cuando entraban a su celda.

Era conmovedor verla humildemente sentada junto con las Hermanas en la sala de la comunidad escuchando la lectura espiritual que ella misma había pedido a una consejera que lo hiciera en su lugar. De vez en cuando, interrumpía la lectura para hacer algún comentario. No caía en la cuenta que ella misma era un ejemplo vivo para las Hermanas. Aunque todo fuera noche a su alrededor, ella no omitía cumplir con las obligaciones prescritas en las Constituciones. Su enfermera tenía que decirle los puntos de la meditación, ella comentaba siempre, “Haz la meditación según el método que se te ha enseñado. No olvides las reglas que los santos nos han dejado en su vida de oración y los resultados que adquirieron. Si tenemos una buena disposición, Dios nos ayudara siempre a hacer una buena meditación.” Uno de sus mayores sacrificios era su incapacidad para leer y contestar las cartas de las Hermanas. Para sus hijas espirituales era difícil escribir de manera confidencial como lo hacían antes. En lo posible dejaba que le dijeran el contenido de las cartas y dictaba las respuestas.

Era inmensamente agradecida por cada favor que recibía de las Hermanas. Estuvo muy agradecida con una Hermana que le procuró un breviario con letras grandes.

Debido a su ceguera, quiso renunciar a su oficio, pero las Hermanas no se lo permitieron. Sabían que seguía siendo capaz sin el uso de sus ojos y que podían seguir confiándole sus secretos. Bromeaba diciendo, “Ahora las Hermanas pueden hacer lo que quieran porque no las puedo ver.”



A los 77 años, se sometió a una cirugía de los ojos en Panamá. Como no podía ver, el viaje se hizo muy difícil. Tenía que dejarse guiar como a una niña, pero agradecía a su compañera por el mínimo servicio. Se olvidaba de ella misma pensando solo en la Hermana que la acompañaba como su guía. Seguido le preguntaba si podía hacer algo por ella y pensaba en algo para complacerla. Interrumpía su constante oración solo para preguntar dónde estaban. Era para las Hermanas un ejemplo vivo.

La operación, aunque dolorosa, tuvo éxito. Cuando pudo ver de nuevo el rostro de las ansiosas Hermanas que la rodeaban, pudo experimentar un gran gozo. Su primera palabra fue, “Gracias Dios mío.” Y tomando la mano del doctor le dice, “Que Dios le pague.”

## HACIA LA CONSUMACIÓN

El 22 de agosto 1932 la Madre Caridad celebró sus Bodas de Oro en Pasto. Cada una de las misiones envió una representante para honrar y expresar el amor a su amada fundadora, madre y superiora y presentarle sus regalos. Fue un día inolvidable para las 150 Hermanas que compartían con ella su inmenso gozo.

El Señor Obispo Hipólito Agudelo de Pasto fue quien celebró al Solemne Misa Pontifical asistido por 25 sacerdotes. Los altos funcionarios de la ciudad de Nariño estaban presentes. El Padre Mejía, rector del Colegio de los Jesuitas y famoso orador, predicó la homilía que se atesoro como perla del más bello sermón religioso.

Durante la celebración después de la santa Misa, una serie de poemas, cantos, música instrumental y discursos dejaron a los presentes con una impresión inolvidable.

El clímax de toda la celebración fue el telegrama enviado por el Santo Padre Pío XI, quien congratulaba a la festejada y le enviaba su bendición apostólica.

Cuando todo había terminado, una de las consejeras preguntó a la Madre Caridad si le había gustado la homilía. Pero ella contestó, “No escuche nada de lo que dijo, porque normalmente en estas ocasiones dan muchas alabanzas así que me recogí interiormente y rece durante todo el sermón.”

Otra de sus fiestas fue cuando celebró sus 60 años de profesión la cual por diferente circunstancia se transfirió a la fiesta de la Asunción en lugar del 22 de agosto.

Una semana antes escribió a la Madre Agnes en Wartensee:

Si Dios lo quiere, en ocho días estaremos de fiesta. Quisiera que ya hubiera pasado. Usted sabe bien que estas celebraciones no son para mí porque lo que tengo son solo mis faltas y la vergüenza de ellas, por lo que tengo que pedirle perdón a Dios y hacer reparación por haber fallado en darle a él y a la congregación el honor que se merecen. Así que, a usted también le pido perdón.

Algunas Hermanas llegaron para la celebración esta semana. Trabajemos para adquirir una profunda unión con Dios y meditemos mucho en su santidad. Así nuestra vida será santa y en la hora de nuestra muerte un gozoso ir a la casa de Dios. Cuando no administramos nuestra vida para adquirir la santidad, tratando constantemente de hacernos como Cristo, sería mejor que...les deseo la gracia que las hará más agradables a Dios.

Ese maravilloso día llegó el 15 de agosto. Parecía que hasta la naturaleza quería unirse a la familia del convento. Ese día empezó con un cielo puramente azul y el sol vestía las montañas con un oro radiante. Hasta el orgulloso Galeras el cual era temido por la gente quien frecuentemente experimentaba angustia y terror se encontraba quieto y parecía saludar la casa madre de las Franciscanas que estaba situada a sus pies. Las Hermanas con su oración intercesora lo habían calmado repetidas veces.

En los pasillos se habían congregado sacerdotes, seminaristas, superiores de varias comunidades. Las campanas y el órgano acompañaban a 140 franciscanas en la capilla. Cada Hermana cargaba una vela. Primero entraban las jóvenes, les seguían las mayores y por último aquellas que habían trabajado con la fundadora. Desde el coro se escuchaba el canto solemne del, “Veni Sponsa Christi.” La última en entrar fue la Madre Caridad, que portaba una corona de rosas sobre su cabeza y era ayudada por la Madre Aquilina, Superiora General y una consejera. La procesión parecía una sucesión de vírgenes que acompañaban a la esposa para su boda. Esto recordaba a las Hermanas del Salmo 44, que describe las bodas de la esposa con el gran rey, el cual la Iglesia interpreta como la unión mística de Cristo con su Iglesia.

La Madre Caridad durante esta fiesta festiva renovó sus votos. Mientras que el celebrante volteando hacia la asamblea levanto la Hostia consagrada la festejada en clara y alta voz renovó los votos que había profesado hacia 60 años. Un gran silencio la invadió después de recepción la Santa Comunión. Uno sentía como si los ángeles volaban sobre la asamblea que cantaban, “Gloria a Dios en las alturas y paz a su pueblo en la tierra.”

Después de la celebración de la Eucaristía las Hermanas dirigieron a la festejada al comedor, donde recibió los saludos y felicidades de sus Hermanas y los invitados. Ella con su simplicidad y sinceridad les agradeció.

Un momento interesante fue la lectura de innumerables telegramas enviados por las Hermanas y los amigos de la Madre Caridad.

Esta para la Madre Caridad fue la última fiesta en la tierra.

Dos años antes, durante el Capítulo General se había elegido a la Madre Aquilina Wernle de Herznach, Cantón Aargau, como Superior General esto para la Madre Caridad fue un gozo. Tan pronto se terminaron las formalidades de la elección, la Madre Caridad se dirigió hacia la capilla, vació la banca tomando sus libros y pertenecía con gran gozo que se podía notar la alegría de dejar su lugar de honor.

La nueva Superiora General entró a la capilla cuando al terminar de cantar el Te Deum. La Madre fue la primera en arrodillarse a los pies de la superior, besó su anillo prometiéndole su amor y su obediencia. Esto lo hizo con una actitud de simplicidad aunque su sucesora fuera 45 años menor y a quien ella había recibido a la congregación años antes.

La nueva superiora testificó después: “El ver a mi fundadora fue para mí un motivo de veneración. Me sentía confundida cuando ella entraba a mi celda y se humillaba ante mí como una de las Hermanas menores. Muchas veces quería esconder y huir de ella. Me sentía indigna de tanta estima por el hecho de saber que era yo quien debería ser un instrumento de la práctica de su humildad. Con que simplicidad de niña venía a verme para que le diera la bendición cuando por razones de salud se veía obligada a irse a la cama más temprano. Mi mano temblaba cuando le hacía la señal de la cruz en su frente.

Una vez la Madre Caridad había dado una orden que contradecía una sugerencia que yo había presentado en forma de deseo. Cuando ella lo supo, vino a arrodillarse ante mí para pedirme perdón, aunque le pedía que se pusiera de pie.

Estaba hambrienta para santificarse constantemente. Las notas y propósitos que ella escribió durante los retiros me sirven como medio para mis meditaciones. Muchas veces los estudio en la presencia de nuestro Señor Eucarístico.

Los últimos días de su vida, escribió, “Me propongo a obedecer como una niña, pedir permiso para todo. Usare cada oportunidad para hacer actos de obediencia. Prefiero morir que de ser desobediente en lo mínimo contra la voluntad de mi superiora a quien estimo mucho.

Sus propósitos los cumplía literalmente. Dios, en su Divina Providencia, me escogió para que fuera la superiora de mi fundadora quien fue para mí una fuente de confusión pero para ella una fuente para practicar todas las virtudes.

Con un espíritu de obediencia quería siempre agradar a Dios y en espíritu de sacrificio dejar todo lo que le costaba mucho, especialmente renunciar a su idioma materno. Así es que se propuso a hablar solo en español. Me edificó mucho al saber cuánto le costaba este propósito a nuestra anciana Madre.

Aunque estaba ya físicamente muy cansada por tantos años de sufrimiento, su alma gozaba de una constante juventud. Su mente se mantuvo clara hasta el final de su vida. Recordaba los lugares en donde había estado. Recordaba el nombre de cada una de sus Hermanas, sus talentos, sus inclinaciones, sus caracteres; gozosamente repetía sus chistes. Tampoco olvido a sus amigos y bienhechores de la comunidad.

Con celo juvenil vivía la Santa Regla y las Constituciones y se proponía a vivir la vida comunitaria en lo posible hasta el final, ‘Con la gracia de Dios, mantendré el orden del día y asistiré a todos los ejercicios comunitarios fielmente.’ Todas las Hermanas son testigos de lo fiel que fue para realizar sus propósitos aunque tuviera que arrastrar sus pies y ser ayudada por una Hermana, con una sonrisa en su rostro y rosario en su mano.

Trabajó hasta el final para alcanzar la perfecta humildad. Tomo a Jesús como su modelo y se propuso, ‘Deseo ser olvidada y vivir como Jesús vivió en la tierra como un hombre ordinario. Como El, quiero vivir, trabajar, desaparecer.’ Estas últimas palabras expresaron el grado más alto de la humildad. En lo profundo de su corazón, se consideraba a sí misma como la última, la menor y la más inútil. Ya no quería visitar con los de afuera sino trabajar de una manera silenciosa y escondida en su celda. Remendaba calcetas y medias para las Hermanas. De vez en cuando respondía la correspondencia de las Hermanas, asistía a la superiora a resolver problemas de la congregación y seguido iba a la capilla a orar.

Se esforzó hasta el final por enriquecer su corona y se proponía para mantener el silencio fielmente, nunca decir una palabra desfavorable acerca de alguien y rechazar cualquier pensamiento que la llevara hacia ello.”

LA MUERTE A LA PUERTA

La Madre Caridad sintió ya desde hacía un tiempo la cercanía de la muerte. Se preparó para ella como una de las vírgenes prudentes del Evangelio tratando de llenar su lámpara con el aceite de la gracia. Escribió en su libro de propósitos, “Quiero hacer mi confesión como si fuera mi última en la vida. Quiero cuidarme para no cometer una falta voluntariamente. Me preparare día tras día para la muerte.”

La muerte no la asustaba. Arreglo las cosas para cuando ya no viviera. Como una madre que sabe que tiene que dejar a su familia, dio los últimos consejos y recordatorios. Ella escribió, “Tengo que partir. Sigán con las buenas obras de la congregación. Den limosna. Amen a los pobres y tengan un gran amor para sus Hermanas. Honren a los obispo y a los sacerdotes como representantes de Dios. Trabajen cada una según sus posibilidades para que la congregación crezca en el futuro. Su desarrollo y crecimiento sea solo por el honor y la gloria de Dios y por la exaltación de la Santa Iglesia.”

Las Hermanas sabían que ella se preparaba para la muerte y que se debilitaba cada días, pero no pensaron que se fuera tan pronto. Ella las había recibido en la congregación y las había educado; estaban tan acostumbradas a tenerla a su lado. Nunca pensaron que el día en que escucharan, “LA MADRE CARIDAD HA MUERTO” llegaría.

Solo la Madre Caridad no se engañaba pues sentía que Dios la llamaría pronto. Lo que llamó la atención de las Hermanas que trabajaron cerca de ella, no fue su edad, fue su estrecha unión con Dios una cierta madurez divina que apuntaba a la partida de este mundo. Su sola preocupación era el que pudiera separarse de su divino Amado a causa de una debilidad o falta. Por eso ella escribió un propósito lleno de amor, “Prefiero morir mil veces que cometer la más pequeña falta.

Ya que la Madre Aquilina estaba ausente visitando las diferentes misiones durante un buen tiempo, la Madre Caridad le escribía con un amor y obediencia de una niña pidiéndole su consejo y su permiso. Notamos en seguida algunos de sus escritos:

Carta escrita el 22 de enero de 1943:

¡Cómo nos regocijamos en su próximo onomástico! Siento que no estará aquí para su día. Querida Madre, le deseo lo mejor: muchas gracias del Señor y consuelo por sus muchas preocupaciones y dificultades. Que experimente la ayuda de Dios como lo ha sentido hasta ahora y haga de usted otro Cristo; que crezca en sabiduría y en virtud como también en edad. Por esta intención rezo por usted, querida Madre Aquilina, al igual que lo hace toda la congregación. Desde lo más profundo de mi corazón le agradezco su amor con el cual usted trata de cumplir mis deseos aun antes de que yo los exprese y también por darme alegría en mi ancianidad. Lo hace de una manera que me pregunto, ‘¿Sera que todavía puedo hacer algo para ganarme el cielo?’ en su bondad, por favor perdóneme por todas las veces que la he ofendido haciendo su cruz más pesada en lugar de hacerla más liviana. De verdad me arrepiento, porque todo lo que deseo es darle gozo y consuelo.

Escribió el 28 de diciembre de 1942:

Le agradezco de todo corazón por la tarjeta de Navidad y sus mejores deseos. Que Dios la recompense por soportarme y por su paciencia con mis faltas; gracias por todo el amor y la bondad con los que me hace feliz. Que Dios le pague ya en esta tierra y aún más en el cielo. Guardé la tarjeta en mi libro de meditación y lo primero que hago es pedirle a Jesús que la bendiga, consuele y la ayude.

Como un guardián constante del santuario, la Madre Caridad mantuvo su hora de adoración desde las 7 a las 8 de la mañana. Nunca la descuido hasta su muerte. Cuando terminaba su hora de adoración se iba al coro y se quedaba allí en oración ante el Santísimo Sacramento hasta las 9. Cuando una Hermana o alguna correspondencia le exigían su presencia en su celda cumplía fielmente con ello sino, se esforzaba por regresar a la capilla hasta la hora del almuerzo. Cuando experimentaba alguna preocupación o una cruz, se escondía detrás del altar y a los pies de la Madre Dolorosa, unía sus dolores con los dolores de la Virgen María en el Calvario mientras que oraba. Las Hermanas algunas veces adivinaban sus dolores secretos cuando la encontraban escondida y veían las señas de las lágrimas en sus mejillas.

La Santísima Madre era el refugio de su vida. Ella preservaba una tierna devoción a la Virgen y trataba de propagarla, cuando podía, en particular entre las Hermanas y las estudiantes. El Rosario era su arma preferida en sus batallas y sus pruebas, su medicina en sus tristezas y su acompañante inseparable en la vida.

Escribió a una Hermana:

Una vez leíste en un bello libro, ‘No podemos amar a Jesús sino amamos a su madre.’ Usted, querida Hermana, era una hija fervorosa de María estando en el mundo, pero ahora como esposa de Cristo necesita aún más de su ayuda para ser fiel a sus propósitos y llegar a alcanzar la santidad. Esto, no es el trabajo de un día sino el esfuerzo de toda una vida. Se requieren muchas batallas. La vida religiosa está basada en la obediencia y el amor ella nos enseña como nuestro queridísimo ‘yo’ tiene que morir y el mejor medio para lograrlo es amor a Dios y amor al prójimo, este doble amor siempre exige que muramos a nosotras mismas a través una constante mortificación del ‘yo’. Pero querida Hermana, esto es en realidad lo que le traerá la verdadera paz, y la bendita convicción de haber cumplido siempre con la voluntad de Dios.

La Madre Caridad oro y sufrió mucho por tanta gente, no solo por los cercanos y los que pertenecían a la congregación. Deseaba ardientemente llevar muchas almas a Dios. Hasta en su avanzada edad, su corazón ardía de celo apostólico. Ella comprendió, sintió y quiso incluir toda la miseria humana, y deseando ayudar a todos. Su mayor deseo era dirigirlos a todos su amado Jesús. Con frecuencia decía a sus Hermanas, “Hemos sido escogidas entre miles de almas, para que a la vez ayudemos a salvar a miles y miles más.”

Oraba mucho por sus hijas espirituales y por todos los miembros de su congregación. Así como una madre quiere tener los más bellos y mejores hijos, la Madre Caridad quería tener las mejores religiosas. Oraba incesantemente para que ninguna se perdiera, sino que creciera constantemente en santidad, y que cada una preservara el espíritu de la congregación.

En sus últimos días, a pesar que la enfermera y otras Hermanas trataran de persuadirla, ella iba a la capilla donde pasaba 2 o 3 horas en oración. Tenía hambre de Jesús. Cuando una Hermana le llamaba la atención por su pobre salud, ella le respondía, “¿Qué hago? Si no puedo dormir, cuando menos déjeme rezar.”

Pero a pesar de todo esto, seguía siendo una Hermana humilde. Aun después de todo el trabajo que había realizado, no quería escribir nada sobre ella misma. Había escrito una crónica de la congregación, sin embargo, siendo ella la protagonista de la mayoría de los sucesos ninguna palabra se refería a ella. El autor de este libro trato sin conseguirlo hacer que la Madre Caridad escribiera un resumen histórico de su vida; al igual que sus Hermanas. Su superiora le pidió que escribiera su autobiografía pero todo fue en vano. Por obediencia tomo un pequeño pedazo de papel y empezó a escribir, “La Hermana Caridad, Carolina Brader, nació en Kaltbrunn, Suiza. Sus padres fueron Sebastián Brader y Carolina Zahner...”

Unas pocas líneas relataron sobre su educación y su escrito terminó allí. Ese papel quizás se perdió. Por petición constante de sus Hermanas, tomo un Segundo papel y empezó de nuevo a escribir, “La Hermana Caridad, Carolina Brader, nació en Kaltbrunn.” Nos dejó dos comienzos con otras cuantas líneas, es por eso que conocemos muy poco sobre su juventud teniendo que desistir del deseo de tener un recuento cronológico de su vida.

Muchas otras congregaciones tienen una buena descripción sobre la vida de su fundadora que les sirve como fuente para su biografía. Siendo para el proceso de canonización una fuente importante para el estudio. Las pobres Franciscanas de Pasto no tienen dicho material. Sólo cuentan con el consuelo de que su fundadora fue un alma de profunda humildad, un alma que quería mantenerse pequeña ante Dios y los hombres.

Hasta su muerte, la Madre Caridad solo se preocupó por dos obligaciones: la santificación de sus miembros y la educación de la juventud. En una de sus últimas pláticas que dio a sus Hermanas, incluyó, “Sean obedientes a las autoridades civiles obedezcan en todo lo que no contradiga la voluntad y la ley de Dios.”

Alcanzo un alto grado de obediencia heroica. Días antes de su muerte dijo con humildad a sus Hermanas, “Cómo desearía ayudarle a la Madre Aquilina, pero soy una inútil y ya no puedo hacer nada. Por eso lo que puedo hacer es ofrecer a Dios mi vida para que le ayude en todo su trabajo. Deseaba morir como sacrificio de amor y obediencia. Quizás sea por eso que Dios no permitió que muriera en la presencia y en los brazos de su superior, un deseo que expreso varias veces durante los últimos días de su vida.



En otra ocasión dijo, “Dios escucho mi oración. Le rogaba siempre que no me dejara morir hasta que la congregación estuviera en las manos de una buena superiora. Ahora la tenemos; puedo ya morir en paz. Todo estará bien.”

En 3 de Febrero, días antes de su muerte, escribió a su Superiora General, “Puedo morir feliz porque veo que Dios la está ayudando, y como usted, querida Madre, está ayudando a la congregación. Que Dios le pague por todo: pediré siempre por usted.”

A Madre Caridad fue muy agradecida por cada detalle; agradecía hasta por la más pequeña atención. “Que Dios le pague,” les decía a las Hermanas que cuidaban de ella. “Que Dios le pague mil veces. En el cielo rezaré por usted y si no tengo el privilegio de entrar allí pronto, lo haré en el purgatorio. Perdóneme todas las molestias que le causo.”

El 26 de Febrero de 1943, la Madre escribió a las casas de Panamá de no mandar más correspondencia pidiendo información sobre su salud. Como de costumbre paso horas delante del Santísimo Sacramento ese día. Hasta dio una plática sobre la ascética a las Hermanas de la casa madre. Parecía estar muy cansada pero nadie sospecho que sería lo último que escucharía de ella. El día siguiente era sábado. Debido a las órdenes estrictas del doctor, ella, en espíritu de obediencia, permaneció en la cama. Con gran fervor recibió los sacramentos de reconciliación y la Santa Eucaristía, que la prepararon para su encuentro con Dios. Sin embargo, nadie pensó que serían los últimos que ella recibiría.

Ella deseaba ver a la Madre Aquilina una vez más, pero Dios quería que hiciera todo el sacrificio. Permitió que los telegramas y cartas enviadas a la superiora le llegaran inexplicablemente tarde.

Una de las consejeras la visitó a las 3 de la tarde. Alegrementemente compartieron y hablaron de la fundación en Ecuador que les habían pedido. Una vez más se escuchaba la risa de la fundadora. Con un alegre adiós se despidió de la Hermana dándole su bendición para ella y las Hermanas del Liceo.

Momentos después, la enfermera entró a la celda para administrarle el medicamento a la Madre Caridad; inesperadamente se sentó en la cama y dijo, “Jesús me muero.” Las Hermanas de la casa corrieron a su celda y se prostraron ante ella. El capellán, Padre Harzer, le administró la unción de los enfermos, le dio la absolución general y rezó las oraciones para los moribundos. La Madre Caridad respiró profundamente varias veces y cerró sus ojos para siempre sin sufrir ninguna agonía. En los brazos de Dios se durmió a una mejor vida.

Cuando las Hermanas del Liceo llegaron, encontraron a su querida Madre sin vida. Su cabeza yacía inclinada. La posición de su mano derecha parecía decir, “Todo por Amor a Dios y como Él lo Quiere.” Una paz se reflejaba en su rostro, como el rostro de un peregrino cansado que después de una larga y peligrosa jornada ha llegado a su meta para finalmente descansar.

Las Hermanas sentían la necesidad de que su madre las mirara una vez más, que abriera sus labios para que les diera su último consejo. Besaron su mano, esa mano que tanto bien les había hecho.

El reloj de su celda marcaba las 3:30 de la tarde. Su cuerpo permaneció en el pasillo al lado de la capilla de la Adoración Perpetua. Con el permiso de Señor Obispo, más bien por iniciativa suya, innumerable Misas se ofrecieron por el descanso de su alma.

Tan pronto llegó la noticia de su muerte a la ciudad de Pasto empezó un movimiento inusual. Una masiva migración empezó su peregrinar hacia Maridíaz; sacerdotes, religiosas y religiosos, rico y pobres que llegaban a rezar a su lado. Tocaban su mano sin vida con sus rosarios, medallas, flores, etc. para llevárselos a sus casas como preciosas reliquias. Cada mañana, la gente adornaba su féretro con flores y coronas, pero por las tardes no se encontraban pues los visitantes sacaban las flores y las hojas y tocaban su cuerpo para llevárselos a sus casas. Algunas Hermanas oraban y lloraban constantemente al lado de su Madre. Era un constante venir e ir de jóvenes y ancianos.

Era el domingo por la tarde cuando la Madre General por fin llegó. Había viajado desde Silvia bajo una constante lluvia y con una angustia inmensa por la cruz que cargaba. Ningún lapicero podrá describir con que sentimientos dolorosos se encontró con la difunta madre.

Varias representantes de las misiones vecinas llegaron para despedirse de su fundadora. El funeral se llevó a cabo el siguiente martes, 2 de marzo. Eran las 7:30 de la mañana cuando su cuerpo fue transportado a la catedral. Allí un grupo de sacerdotes cantaban los himnos litúrgicos para la que en vida los veneraba y había enseñado a sus hijas a practicar la misma vida y veneración al sacerdocio.

La Misa de funeral fue muy festiva. Las pobres franciscanas nunca pensaron que tal honor y gloria acompañaría a su fundadora hasta la tumba. El Señor Obispo celebró la Misa Pontificia. Los seminaristas tocaron y cantaron. Después de la celebración en la catedral, una multitud de gentes acompañó el cuerpo de la gran misionera suiza de regreso a la casa madre Maridíaz. El gobernador había ordenado que todos los colegios públicos y privados se cerraran y acompañaran a la difunta amiga de la juventud, la madre de las escuelas en su último viaje. Algunos grupos rezaban el rosario; otros escuchaban las tristes melodías de los instrumentos musicales. Pero uno tenía el presentimiento que no era una procesión fúnebre sino una triunfante entrada a la eternidad.

Muchos sacerdotes rodeaban el ataúd, seguidos por muchos seminaristas y miembros del colegio de los Capuchinos. Después de ellos seguían las Hermanas Franciscana, dirigidas por la Superiora General y su consejo y las novicias con sus velos blancos.

El Padre Dr. Manuel López dio una bella homilía y el Dr. Andrade, presidente nacional, habló en nombre de la ciudad y toda la República de Colombia presentó un profundo agradecimiento en reconocimiento a la Madre Caridad quien había hecho mucho por toda la nación.

La Madre Caridad encontró por fin su lugar de descanso a la entrada de la capilla de la adoración perpetua por la que ella tanto había trabajado. Miles de Misas fueron celebradas por ella, quien en su vida había orado y sufrido por las almas del Purgatorio.

## ALTOS RECONOCIMIENTOS

El Señor Nuncio de Bogotá y muchas otras misiones compartieron la tristeza y expresaron su más dolido pésame.

El Vicario General, Dr. Rosero de Pasto escribió el 27 de Febrero de 1943:

La Madre Caridad era pobre, casta, mansa y humilde de corazón. La corona de blancas rosas que porto en su 60 aniversario de profesión nunca se marchitara. En su corazón siempre tuvo un ramo de lirios que despedían una fuerte fragancia alrededor de ella. Su alma estaba penetrada con el espíritu del seráfico Padre, San Francisco. Consagro completamente su vida a su Esposo, Jesucristo, para amar y servir solo a Él. La Madre Caridad se fue feliz, en paz y sonriente a la eternidad convencida que escuchara a la puerta del cielo las palabras, “Ven Esposa de Cristo, recibe la corona que tu Señor te ha preparado para la eternidad.”

A pesar de su muerte, la Madre Caridad continuara viviendo aún más en todos los conventos y misiones que ella ha fundado. Ella acompañara y guiara a sus 504 Hermanas quienes al presente componen la familia Franciscana. Ella protegerá a los colegios privados y públicos, a los internados que sirven para educar a las mujeres que habían sido guiados por sus eficientes docentes.

Tuve la fortuna de haber conocido a la Madre Caridad en 1906 cuando fui asignado como capellán y profesor en el Liceo de la Merced. Así como la vi entonces hace 40 así, la encontré pocos meses antes de su muerte, porque la Madre Caridad nunca envejeció, espiritualmente físicamente. Ella era la misma, siempre valiente, siempre irradiando la inocencia infantil. Con su profundo y penetrante espíritu, su corazón abierto y simplicidad, estaba siempre lista para ayudar como un inmenso mar de bondad.

La Madre Caridad era baja de estatura, de frente amplia, cara redonda, ojos café claros y pequeños, los cuales eran llenos de vida, expresivos y penetrantes. Sus pequeñas manos casi siempre permanecían escondidas bajo su escapulario de su hábito, casi siempre juiciosas con el rosario entre sus dedos. Tenía dificultades expresar sus ideas en español y en sus últimos años sufría su reducida capacidad para oír.

Cuando tenía algún negocio de mucha importancia que tratar con la Madre Caridad me tenía la sensación de estar hablando con una gran santa como Teresa de Ávila. Tengo que confesarlo, que cuando trate de descubrir su espíritu y entrar en las profundidades de su alma, ella se refugiaba en las virtudes inimitable de los santos y se cubría con un velo impenetrable; después de algún rato tenía de nuevo

ante mí a la sencilla y buena Madre Caridad, quien me mostraba su dulce y comprensiva sonrisa.

En buena hora, la gente ha nombrado a Suiza como la cuna de los mejores pedagogos del mundo. La Madre Caridad había recibido su educación en los mejores centros educativos de ese país y la había rodeado un excelente grupo de maestras. Tuvo éxito al formar los mejores docentes que dieron honor al departamento de Nariño específicamente a nuestra ciudad de Pasto.

Un sello característico que la Madre Caridad imprimió en su congregación fue que se ganó la clase alta de la sociedad y a la vez la niñez de la clase baja y pobre para quienes abrió colegios y centros educativos.

Muchas veces me he preguntado, ¿de dónde obtuvo la Madre Caridad el valor para empezar y llevar a cabo tantas obras? No encuentro respuesta excepto esto, “Su alma estaba siempre unida a Dios, y con frecuencia, durante toda su vida, se arrodillaba a los pies de su amado Esposo. Solo esto puede explicar el inmenso trabajo que ella realizó.

Monseñor Luis Andrade Valderrama, Señor Obispo de Bogotá escribió lo siguiente:

En la Madre Caridad, encontramos un alma enteramente enamorada del Evangelio. Era una autentica hija de su Santo Padre Francisco de Asís, a quien con frecuencia trató de imitar. No podré olvidar la impresión que causó en mí la primera vez que la conocí ya está anciana, rica en méritos, había hecho mucho por la educación de la juventud en nuestra tierra. Su alma que siempre sentía el joven gozo de los que viven para la eternidad se reflejaba en su inmensa bondad y amor heroico. Se había olvidado de sí misma completamente y pensaba solo sacrificarse por los demás.

Cuando aprendí a conocer esta celosa religiosa y ejemplar superiora más de cerca, y a escucharla hablar con profundidad de la vida espiritual pude ver la perfección de su alma. Ya en su temprana edad, había consagrado su corazón a Dios y sintiéndose inspirada para transformar sus ideas en acciones evangélicas.

Dios la doto con maravillosos dones de temperamento, carácter, dones espirituales y virtudes para usarla como instrumento de tantas almas apostólicas en nuestro continente; y la hizo la madre de muchas hijas, quienes formadas en su espíritu, continúan la gran labor de educar a la mujer en Colombia.

Toda persona que haya tenido la suerte de conocerla más íntimamente a la Madre Caridad permanece impresionada por la nobleza de su ser que estaba lleno de un amor ejemplar para su prójimo. Lo más impresionante en su vida era su vida espiritual y su devoción y el amor al Santísimo Sacramento. Sin olvidar

todas sus virtudes morales de sinceridad, apertura, tolerancia, prudencia, energía y sus cualidades naturales de alegría con las cuales guiaba los corazones delicados de los niños y los corazones tormentosos de la juventud.

Usamos los siguientes escritos de la carta escrita por el Señor Arzobispo Dr. Maiztegui de Panamá:

Nacida en la cuna de Suiza, la tierra de montañas y lagos, la Madre Caridad llevo su alma en las aguas dulces de las inmensas cordilleras, la transparencia de un alma inocente y la grandeza de un corazón heroico.

Como una blanca paloma que sale de los nidos del cielo, voló sobre los países del Ecuador, Colombia, Panamá, y Norteamérica traía todos con los que ella o sus Hermanas tuvieron contacto el mensaje del amor que todo lo abraza, de la verdad celestial, y de la divina gloria.

Dotada con un alma como una azucena y rosas en su corazón desparramó el dulce olor de Cristo por donde quiera mientras que llenaba el mundo con el olor de su humildad, con el incienso de su oración y la mirra de su penitencia.

Sus pies como fundadora caminaron por el camino estrecho de la perfección, en el camino del Calvario de la vida religiosa dejando tras ellas huellas de sus virtudes, su piedad, su trato amable con el prójimo; huellas de un generoso pero firme y estricto carácter, siempre animada por la santidad evangélica.

A ejemplo de María, supo pasar los días y las noches en oración y meditar en las verdades eternas sin omitir la imitación de Marta, ocupándose de las tareas de las casas, de los colegios, del recibidor, la correspondencia y otros asuntos referentes a la educación de la juventud.

Como una de las vírgenes prudentes del Evangelio, cargó en sus manos puras la lámpara dorada de su corazón, repleta con el aceite de sus buenas obras, las virtudes de la vida religiosa, y encendida con la flama de la fe y el amor y la luz de la esperanza.

Como una trabajadora incansable en la viña del Señor, comprendió que tenía que cumplir con las obligaciones sobrenaturales con la disponibilidad alegre del alma que se prepara para la primera hora y persevera hasta la gloriosa puesta del sol de sus 83 años de vida.

Nosotros que tuvimos la dicha de conocerla y tratar con ella, nos regocijamos por el consuelo de poder presentarla como un ángel de todo bien, como silueta de una vida religiosa ejemplar, como perfil de una estupenda fundadora. Que nuestro Dios Trino adorne su frente con la corona de la santidad

aquí en la tierra, como en fe creemos que la adornará con la aurora de la alegría eterna en el cielo.

La inscripción que se encuentra sobre la tumba de la Madre Caridad dice:

AQUÍ DESCANSA LA QUE FUE:  
DE LOS POBRES PROTECTORA,  
DE LOS INFIELES MISIONERA,  
DE SUS HIJAS SANTA MADRE  
DE LA JUVENTUD MAESTRA  
DEL SANTISIMO SACRAMENTO CUSTODIA

Y la que nos espera en el cielo, como heredera de la Gloria eternal.

Su lugar de descanso es visitado por muchas personas quienes poniendo a sus pies sus intenciones y necesidades, le piden su ayuda y su intercesión. Tienen la confianza que, aquella quien en vida deseaba ayudar a todos, ahora intercederá por ellos como una madre ante el trono de Dios Todopoderoso. Con ansias esperan la hora cuando su devoción por la Madre Caridad recibirá el reconocimiento eclesial ya que la consideran una santa.

## CONTENIDOS

### PARTE I

#### LA FUNDADORA DE MUCHOS CONVENTOS

El llamado de Dios	11
Hacia las Misiones del Mundo	15
En los Altos de los Andes	19
Golpeadas en la Tormenta	25
Con los Negros en Barbacoas	30
Entre la lluvia de Balas	35
Entre sembrados de Naranjos y Bananos	40
Al Pie del Volcán	43
A Orillas del Lago Constancio (Bodensee)	46
Al Centro de Colombia	50
En la Costa entre Dos Océanos	55
Exiliadas en una Isla	65
Bajo La Bandera Estrellada (EE.UU)	69
Entre los Pelirrojos del Putumayo	71
Bajo el Ecuador	77
El Camino de los Apóstoles	80
El Papa Habló.....	92

### PARTE II

#### LA FORMACIÓN DE SUS HERMANAS Y SU VIDA DE VIRTUD

Gran Maestra de la Vida Religiosa	94
Sobre Todo, Una Fundación Sólida.	101
La Obediencia Habla de la Victoria	110
Una Buena Madre	114
El Amor Santo	120
Una Gran Veneración por los Sacerdotes	130
Cristo en los Hermanos Pobres..	135
Alegría en el Convento	143
Las Horas del Gólgota	150
Hacia la Consumación	158
La Muerte a la Puerta	162
AltosReconocimientos.....	171



## BIBLIOGRAFIA

La mayoría de los eventos mencionados en este libro provienen de libro escrito en español, “LA MADRE CARIDAD” Apuntes para su biografía, Pasto, 1944.

Después de la muerte de la Madre Caridad muchas de las Hermanas escribieron lo que habían observado en y de ella, lo que personalmente habían experimentado o lo que habían escuchado por parte de la Madre u otras Hermanas. Algunas Hermanas escribieron los sucesos de testigos oculares para la bibliografía antes mencionada.

El autor de este libro escrito en alemán, “MUTTER CARITAS BRADER” – Eine Grosse Schweizer Missionarin, Uznach 1951, tradujo las partes que podrían interesar más a las personas y las escribió resumiendo la vida de la Madre Caridad. Ya que él ha trabajado como capellán en la casa madre en Túquerres desde 1921 hasta 1925 y ha colaborado con la Madre Caridad en toda la congregación conociendo personalmente a las Hermanas, él ha visto muchas de las cosas y sucesos contenidos en este libro.

Más aun, después recibió otra información de las innumerables cartas escritas por esta gran misionera enviadas a María Hilf, en Altstätten y otros lugares, así él pudo complementar mucha de lo ya escrito.

De acuerdo con el decreto de su Santidad el Papa Urbano VIII, los sucesos que describen las virtudes y los favores recibidos descritos en este libro, podrán ser aceptados con fe, pero están completamente sujetos al juicio de la Iglesia.

El Autor

Otros libros escritos en alemán por el mismo autor:

Vom gleichen Verfassers erschienen:

<<Arnold Dobler>>

(2 Auflage, 64 Seiten)

<<Aufgeschaut, auf Gott vertraut!>>

(3. Auflage, 48 Seiten)

<<Wenn du noch eine Mutter hast>>

(2 Auflage, 51 Seiten)

<<Gossau-Panama-Túquerres>>

(75 Seiten)

<<Aus dem Missionsleben in Südamerika>>

(365 Seiten)

<<Ruinen und Urwälder>>

(194 Seiten)

<<Bei den Indianern am Putumayo-Strom>>

(302 Seiten)

<<Ruth>>

(2. Auflage, 64 Seiten)

<<Esther – Die Heldentat der Königin>>

(123 Seiten)

<<Judas Makkabäus – Ein Kleinvolk kämpft um Glaube und Heimat>>

(378 Seiten)

<<Elias – der Gottesstreiter>>

(230 Seiten)